

**LOBOS EN ESPAÑA**  
**ESTUDIO POLÍTICO-RELIGIOSO**  
Miguel Giménez Igualada

A mi padre  
Miguel Giménez Sáez  
labrador en las largas besanas  
de la ancha Castilla.

Usted y yo sabemos, padre mío, como alienta su vida en estas páginas; usted, que nació para sembrar trigo en las tierras y amor en los corazones, y yo, cuyo único orgullo es el de ser *Su hijo*.

A LOS CAMPESINOS ESPAÑOLES, MIS HERMANOS

A José Muñoz Cota  
y  
Alicia Pérez Salazar  
extraordinaria pareja de cepa mexicana.

Tanto te respeto y quiero, que te emparento a mi padre, honrado labrador de mano abierta y de sonrisa limpia.

M. G. I.

...y en sus altas madrigueras sus colmillos, y bajaron al valle, y cayeron sobre sus habitantes, y destrozaron sus rebaños y anegaron sus tierras trigueras con sangre de hombres...

**VUELTA AL HOGAR**

Heme aquí, España; heme aquí, Madre.

Me arrancaron malos hermanos de tu seno y vuelvo a tu regazo.  
Heme aquí, España; heme aquí, Madre.

No me importa que al verme sonrían los soberbios que medran en tu costra; sí me importa que lloren los humildes que viven en tu entraña.

A los que ríen, les dejarás reír, sabiendo, como sabemos todos, que un día han de llorar; de los que lloran, recogeré sus lágrimas: las beberé, para que refresquen y fecunden mis sementeras.

Más allá de la risa y el llanto se encuentra tu pobreza. Y por encima de ella vive el rencor de los que mal te quieren. Su odio me disparó al mundo como piedra de honda.

---

\* México, D. F., 1967. Digitalización: KCL.

De la herida que en mis carnes abrió tu desamparo me nacieron alas para volar a ti, y era tal mi ansia de abrazarte que he venido a ser semillita de amor en tu polvo y granito de bondad en tu barro, para recomenzar en ti y contigo el quehacer del hombre mientras llega el reposo.

Cuando los hijos que no viven en ti supieron que venía a mezclarme en tu polvo y a ser grano en tu barro, me pidieron que trajera las simientes de hombría que echaron en mis alforjas de caminante.

Y sabe, Madre, que las besaron y humedecieron con lágrimas antes de depositarlas en mi cujón, y sabe, además, que me rogaron que las hundiera bien en tu entraña para que sea posible buena germinación, que el mundo está sin hombres y necesita nuevos brotes de hombría, pues los que diste los pisotearon los bárbaros.

Ya sabes a lo que vengo, Madre: a envolverme en los desprecios con que el mundo te asedia, para que sufras menos al compartirlos; a estarme en ti y contigo; a hacer siembra de esperanza y de amor en tus campos, estos fértiles campos que vieron nacer a tantos hombres y en los que los malos hermanos exprimen corazones.

Ya sabes a lo que vengo, Madre: a no abandonarte, aunque mi sangre se derrame en tus tierras, y mejor si las riega para que den nuevas plantas de amor.

Heme aquí, España; heme aquí, Madre.

¿Qué te tiran piedras cuando entras en Madrid pregonando que el mejor pan es el de buena harina de buen trigo candeal? No te importe, muchacho, y sigue pregonando que la harina de trigo, para que dé buen pan, no puede tener mezcla, y ser, además, del mejor candeal, porque si te acobardas y paras tu pregón, recibirás lo mismo las pedradas y nunca sabrá nadie que el pan que tú repartes, que es pan de libertad, está amasado con la mejor harina de buen trigo candeal.

Los panaderos que, cuando amasan, mezclan en sus artesas (entiéndase aquí libras) harina de centeno y de escaña con la de trigo, para tapar su mal cuidada honra les tiran piedras a los que gritan por las calles que el mejor pan es el de harina, sin mezcla, de buen trigo candeal; pero continúa, muchacho, continúa repartiendo tu pan, porque es bueno que sepan las gentes que algunos panaderos, los que venden más pan, le mezclan harina de centeno y de escaña a la de trigo y les tiran piedras a los que reparten pan de buena harina de buen trigo candeal por creer que de esa manera ponen a buen recaudo su averiada honra.

Anda, muchacho, continúa, sin miedo, repartiendo tu pan, aunque los panaderos que gozan del favor oficial, griten, tiren piedras y den botes de lanza, porque hace falta que las buenas gentes vayan conociendo lo que es el pan, sin mezcla, de buena harina de buen trigo candeal.

## PRÓLOGO

### CRUZADOS Y ROMANCES, LABRADORES Y LITERATOS

Lo que tengas que decir, dilo, pues si siendo, como eres, hombre honrado, templeas tus pensamientos en las aguas lustrales de tu corazón, tu palabra, aunque amargue, ha de ser bienhechora.

Mucho se ha escrito sobre la última guerra de España tenida entre españoles, y se ha escrito mucho, quizá demasiado, porque cada español, dolorido, necesitó echar fuera de sí su dolor y su llanto, tirando su palabra al viento; pero entre todo cuanto he leído no he encontrado nada en que su autor demostrara haber ahondado hasta la raíz por haber escarbado, con uñas anhelantes, y buscado con el corazón en sangre y la mente en ansia para desenterrar su idea primaria y germinal.

Encasillados unos hombres en una doctrina, creyeron, quizá de buena fe, que los que habían declarado enemigos, eran unos malvados; encerrados otros en los sótanos de una creencia, consideraron perversos a aquellos a quienes se dispusieron a combatir como a contrarios. Y tales creencias, que no fueron verdades de tono humano, causaron y causan hondos trastornos, porque sólo alimentaron odios, pues si unos, sin ser malvados, cometieron muchas maldades, otros, sin ser perversos, cometieron muchas perversidades, ya que los hombres, cuando se despojan de sus mejores atributos de hombría, se atacan como lobos.

En anteriores épocas, no tan lejanas porque casi las alcanzamos con la mano, la cábala, la magia, la piedra filosofal, los elixires de vida, figuraban entre otras muchas arraigadas creencias. Y si, en lo español, se considera al siglo XVI, llamado el siglo de oro porque en él florecieron sus mejores poetas, deseando, sólo por tal motivo, tomarlo como patrón de vida para ésta nuestra actual, también fue el siglo de la Inquisición, bajo cuyo mandato se prohibió pensar, y el de la conquista de América, llevada a cabo, como cruzada, bajo el signo de la cruz, y donde se cometieron muchas y muy grandes e inhumanas atrocidades. Por mucho que nos hablen de tal siglo, como si los habladores tuvieran la intención de distraernos para que pasemos por alto los problemas de hoy, la verdad es que aquel siglo no puede enamorarnos. Y si algunos de sus admiradores, no sólo del XVI, sino del XIII, que los hay en abundancia, tratan de sujetar a los hombres presentes a una norma de vida igual a la de entonces, perturban el avance de los españoles, deteniendo y desviando el curso normal de su vivir.

Afortunadamente, pasaron los siglos XIII y XVI, como pasará este XX en que vivimos, y pretensión loca sería la de los que viviendo mañana en el XXV, se esforzaran en que sus contemporáneos pensaran y vivieran como los hombres de hoy. Porque cambia el hombre, cambian con él su ciencia y su creencia y como consecuencia el curso de su vivir. Aun siendo el mismo, por ser una ininterrumpida continuación, el de hoy es otro y diferente al de ayer, teniendo la certeza de que el de mañana ha de ser diferente al de hoy. Ayer aceptaba ciegamente las ideas de sus filósofos y más ciegamente todavía las de los Padres de la Iglesia; hoy las desmenuza, las analiza y hasta se atreve a rechazarlas, deseoso de saber, cómo y por qué suceden ciertas cosas entre los hombres, incluidas en las cosas esos movimientos violentos que llaman revoluciones. Y porque quiere saber, no da término a su indagación, a su investigación.

Ese deseo de saber que nace con el hombre y le acompaña hasta el morir, me ha traído aquí, a este pueblecillo manchego, porque se ve mejor a los hombres cuanto más cerca los tenemos, y

ese sentimiento de español es el que, como primer móvil, me impulsa a querer saber por qué murió un millón de españoles en una guerra infraterna entre españoles, por qué unos españoles odian con odio feroz a otros españoles y por qué ese odio se prolonga en el tiempo haciendo a unos enemigos irreconciliables de otros, pudiendo ser hermanos; pero si como hombre español estoy interesado en llegar a la raíz de ese mal, que estuvo a punto de hacer que se secase el árbol genealógico de la raza, mi interés no es menos al sentirme hombre planetario, o, mejor, hombre humano -y no es redundante el adjetivo-, pues si llego a saber por qué mataron los españoles a un millón de españoles, conoceré también los motivos de esas dos terribles guerras universales sostenidas por unos hombres contra otros -y véase por qué no uno aquí a la palabra hombres el adjetivo humanos- y en las que hubo millones y millones de muertos y de inútiles, y el fundamento de esta guerra asiática que podría extenderse al planeta. Porque si sé por qué un hombre odia a otro hombre, sabré por qué diez hombres odian a otros diez hombres, y por qué diez millones o cien millones o mil millones de hombres pueden odiar y odian a otros tantos millones, comportándose en sus arrebatos y en sus ferocidades más como lobos que como criaturas pertenecientes a la humanidad. Y eso explica el título del libro, al que no le di el de **Lobos**, sino *Lobos en España*, es decir, hombres que obraron como lobos.

Porque veo a los españoles, que no a España -España es geografía y los españoles son humanidad-, ir cuesta abajo, alocados o asustados, que es lo mismo, corriendo como un rebaño acosado por los lobos, a hundirse en la más torpe de las decadencias, considero bueno, por necesario, que se den unas cuantas fuertes voces de atención, aunque sean desentonadas, como estas mías, para ver si antes de caer al precipicio, del que difícilmente se sale, se detienen y, ya sin miedo, emprenden una nueva ascensión, encaminándose con serenidad y valor al puerto de la salud, que es el de la libertad; y me atrevo a dar las mías, sin importarme que los sabios oficiales que las escuchen, si es que a ellos llegan, me motejen de indocumentado y atrevido, y sin temor a que algunos otros me tiren piedras por no haber puesto mi voz a tono con la suya, pues yo no pretendo que nadie le dé a su palabra el tono de la mía, ya que ni formo ni pertenezco a grupo político ni a secta religiosa alguna. Pero quiero hablar, necesito hablar, pues las continuas torturas y las constantes zozobras que sufren mis hermanos me tienen en desazón perpetua.

Nací, me crié y viví en los campos castellanos, entre pastores y labriegos, con lo que quiero decir que soy un hijo de la tierra, y aunque mis palabras sean a veces tan duras como secos terrones, confieso que no tengo intención de descalabrar a nadie con ellas, sino, sencillamente, decir a los que sufren que se fortalezcan, y decirles también a los que hacen sufrir que dejen de sentirse lobos, obrando como tales, y recuerden que son hombres para conducirse con hombría con sus hermanos. Porque nadie puede negar que los campesinos tenemos también derecho a hablar, a lanzar al aire nuestras verdades, que son muchas y grandes, si bien procurando que no molesten ni escuezan, pero si molestaran o escocieran, ni las molestias que causen han de ser de la categoría de las que sufrimos, ni los escozores han de levantarles ampollas, porque son mayores las miserias y desprecios a que se nos condenó y condena que la rozadura que en la epidermis puede producir una palabra áspera. Si gritamos que vivimos en total desamparo y en permanente desnutrición mental, decimos verdad; pero si se nos contesta que tenemos nosotros la culpa de nuestra torpeza y de nuestra pobreza, no se dice verdad, pues si los sabios hacen examen de conciencia y los políticos se sonrojan un poco de sus acciones, verán que son ellos los causantes de nuestra carencia de educación y de la miseria en que nos debatimos, porque si los que dicen gobernar, tiranizan; si los escritores, acobardados, o por convicción o interés, ponen sus plumas al servicio del tirano; si los maestros enseñan a sus alumnos que ellos y sus padres son "indomesticables", que a eso equivale decirles que son ingobernables, necesitando de una mano de hierro que los someta; si los frailes sólo rezan para que los que reinan sean felices, cambiando oraciones por monedas; si las universidades, que nosotros también sostenemos sin recibir beneficio alguno por nuestro pago, son centros político-religiosos en los que los catedráticos limitan sus acciones a cobrar su soldada; si, en fin, las únicas personas de relieve cultural y moral que se envía a los pueblos son los cobradores de

contribuciones, que despojan sin misericordia a quienes por enfermedad o malas cosechas no pueden pagar al fisco, la culpa, la gran culpa no la tenemos los hombres del campo, ya que no es humano culpar de vejamen al vejado ni de ladrón al robado. Necesitamos, por lo menos, hablar, aunque también quiere negársenos ese derecho que está más allá de los códigos por ser derecho de hombres.

Y a hablar he venido. Y en España estoy. Y de España, en Castilla. Y de Castilla, en un pueblecillo asentado en su corazón. Y aquí, en este pueblecillo, que es casi una aldea, tomado por mí como centro del mundo, me propongo montar un alambique para destilar sentimientos, ideas y creencias, teniendo buen cuidado de que no se confundan los caldos de ideas con los de creencias, porque engendran sentimientos contrarios, y si se confundieran, no podríamos saber nunca cómo y por qué se lleva a cabo el gran crimen ni cómo ni por qué ayudaron a prepararlo y propararlo los intelectuales.

Ahora bien, que, comprobados hechos, llame traidor al traidor no ha de tornarse como insulto y mucho menos como calumnia, pues calumniar no es de hombres bien nacidos ni, por consiguiente, de los que honradamente traten de conocer las conductas de quienes originaron la última tragedia que nos tocó sufrir, ni, por lo tanto, de las ideas, creencias y sentimientos de quienes la promovieron, realizaron y aplaudieron.

Verdad verdadera es, no hay duda alguna, que Francisco Franco, General de la República, había jurado, bajo palabra de honor, defenderla; verdad, que no sólo no la defendió, sino que hizo armas contra ella, buscando cómplices en el extranjero, de donde importó tropas mercenarias; verdad también que a ese acto se le llama traición, y verdad que no puede dársele otro nombre, porque tan adecuado, justo, completo y cabal no existe en nuestra lengua.

Verdad -y esto no es menos verdadero- que, don Miguel de Unamuno, hombre al que muchos españoles tenían por guía seguro, leal e incorruptible, aplaudió públicamente la traición de Franco siendo diputado republicano, traicionando por ese motivo no sólo a los hombres con quienes había jurado defender la República, cuya Presidencia ambicionaba, sino a la misma España liberal, de la que se había convertido en pregonero, actitud poco edificante para quien como él, maestro de maestros, debió de haber sido en todo momento la rectitud moral personificada.

Otra verdadera verdad es la de que la desdichada, infraterna y feroz guerra española -que pareció sorpresivo ataque de lobos en manada a indefensos pastores- no fue una guerra civil, como se dice por quienes tratan de desvirtuar, o torcer o tapar sus orígenes, sino una guerra religiosa, fundamental y esencialmente religiosa. Por eso, los guerreros, sintiéndose cruzados en sus conciencias, la llamaron y la llaman cruzada, por la cruz, que llevaban en la mano y en la mente los sacerdotes católicos que azuzaban, como a lobos a sus huestes para que se entregaran con fruición, a la matanza, siendo continuación de aquellas otras que se llevaron a cabo contra el infiel mahometano, si bien los acusados de infieles no fueran turcos ni moros sino republicanos. Y que obraron como lobos lo demuestra no sólo la ferocidad que emplearon, carentes, como estaban, de todo sentimiento humano, contra quienes no habían cometido otro delito que el de pensar, como hombres, en su libertad, sino en que una vez sometido el pueblo a hierro y fuego, los alobados cruzados hicieron desaparecer hasta los más insignificantes vestigios de lo que significara enseñanza no católica, por lo que retrollevaron la cultura a los antiguos tiempos de la Edad Media.

(De averiguar es, y yo me prometo destilarlos en mi alambique, si los gritos de ¡Mao, Mao, Mao!, que en estos momentos dan por las calles de Pekín las juventudes chinas enloquecidas, pueden relacionarse moralmente con los de ¡Franco, Franco, Franco!, que daban por todas partes los individuos enloquecidos de las falanges españolas, ya que las muchedumbres fanatizadas se comportan de igual manera en todos los lugares del planeta. Los que, por

explosión fanática estallan en violencias contra sus prójimos, obran en todas partes como los locos, debiendo ser considerados como responsables de esos desbordamientos de odio, no los enloquecidos, sino quienes los enferman fanatizándolos y enloqueciéndolos).

Si deseamos conocer los motivos que tuvieron, o las ideas y sentimientos que movieron a unos españoles para destrozar con ferocidad -es justo el término- a otros, españoles, debemos mantenernos serenos, sin lo cual nos será imposible clasificar los materiales que hemos de llevar a nuestro alambique, y, por consiguiente, conocer a conciencia los jugos destilados. Auscultándonos nosotros, podremos saber cómo se originan ciertos sentimientos que llegan a desear el mal del prójimo; pero sabremos más: cómo se reprimen, cómo se dominan acallando a la fiera que en nosotros ruge, para que, dominada, no pueda prohibir el paso a los sentimientos cordiales que, por humanos, son los que nos acercan a los hombres. Así que con hablar constantemente de la guerra, gozando al pintar con la palabra escenas horribles de matanzas y culpando de ellas unos a otros, según la posición política o religiosa que adopte el culpante, no se logra la tranquilidad necesaria para leer, con ánimo sereno, en los acontecimientos pasados. Hace falta, pues, que quien trate de ver con ojo claro, se limpie de todo tinte político o religioso que le enturbie la mente, y se coloque en posición humana, única manera de poder juzgar con imparcialidad. Todos necesitamos curarnos; todos, lavar bien nuestros sentimientos para poder elevarnos con ellos limpios a los altos planos de la serenidad y saber no solamente por qué nuestro hermano quiso matarnos, sino, y esto es importantísimo, por qué, en algún momento, también quisimos matar nosotros.

Idealmente, para este estudio, que tanto me preocupa, por ser a la vez que conocimiento de los otros, conocimiento de mí, mejor que en un plano desde el que percibir la vida y leer la historia, me sitúo en el punto central de una esfera por considerar que desde él contemplaré mejor el panorama de España y del Mundo. De esta manera, todo lo tendré más cerca de mí que si lo considerara colocado al final de una recta. Así, a Platón y a Unamuno, valga el ejemplo, los tendré siempre a la misma distancia radial de mi conciencia, ya que el tiempo no es un valor humano; pero también veré junto a mí y con los mismos ojos al más lejano labriego y a su vapuleador Machado. Al primero que removió la tierra con conciencia de sembrador por haber intuido o pensado que una semilla podía transformarse en planta nutricia, quizá primer genio humano o primer maestro de agricultura, lo traigo a mí de la mano con Baraja, quizá también el primer hombre sacrílego que a su hermano labriego le llamó gentuza, pues no tienen origen distinto. En la huerta está el rudo hortelano cavando, sembrando, cosechando y llevando a casa del aristocrático carlista Valle-Inclán el alimento con que ha de nutrirse para poder mantenerse en ocio el cantor de las princesas histéricas, a las que ama, y de los personajes reales, a los, que admira, considerando que entre los que dan a la humanidad alimento, y, por lo tanto, realce y brillo, se encuentra el huertano. Pero también por esos radios ideales de mi ideal esfera, hilos conductores del mundo a mí y de mí al mundo, llegan a mi conciencia -percibo: conciencia es percepción- las imágenes de Hitler y de Franco, aliados para el mal, y, como rosario de noticias, sus acciones, sus crímenes.

Y ya que he nombrado a Machado y tengo presente a Esteso, a quien acabo de ver en casa de mi vecino y amigo Colica, hago saber que esta noche el cómico ingenioso y andariego recitará en el teatrejo del pueblo, entre otras cosas hilarantes y sabías, un romance de ciego que él mismo ha compuesto, *El crimen de Cuenca*, que en noches anteriores ha tenido gran éxito, pues el actor da a entender, con gestos graciosamente trágicos, las actitudes de los forajidos en el momento de cometer su alevoso crimen, y las gentes sencillas e ingenuas se entretienen y aplauden, ya que son las únicas manifestaciones de arte y de cultura que llegan a los pueblos; así, ante las posibilidades de ganarse unos céntimos, continuando las representaciones -es invierno, hace frío, los caminos, por las nieves, están intransitables y el artista está cómodamente alojado en casa de Colica, protector sempiterno de cómicos-, Esteso anuncia, con gesto risueño, que les dará a conocer otro romance, trágico, sanguinoso, que, según frase suya, “pone los pelos de punta”, *La tierra de Alvargonzález*, en el que figura que los propios

hijos asesinan infamemente al padre. Su autor, les adelanta, es un gran poeta, el más grande poeta de España, Antonio Machado. Por tal motivo, esta noche, después de cenar, los campesinos irán al teatrejo a escuchar el romance con sus mujeres y con sus críos. Yo también he de ir; mi alambique necesita alimento.

En la sala hay gritos, silbidos, chistes de color subido, algazara, risas, que en algo han de entretenerse estos hombres que gozan de muy pocos momentos de esparcimiento. Por fin, se levanta el telón y aparece Esteso vestido de ciego romancero. Despliega con mucha parsimonia un lienzo sucio, pintado con almagre y negro humo, empuña un viejo violín, al que le arranca sonidos carraspeantes que, al parecer, quieren ser melodía, y empieza el recitado.

Los campesinos escuchan con recogimiento, se van poniendo nerviosos y pálidos al imaginarse estar presenciando el horroroso crimen con sus propios ojos, por lo que sienten como si les estuviera escarbando en lo más hondo de sus entrañas, pues en el lienzo se ve una mancha roja, que el cómico asegura que es un cadáver, y señala unos bultos negros, los criminales, que huyen queriendo esconderse entre unos árboles. Y Esteso, gesticula, y el violín se queja, y el auditorio empieza a horrorizarse por causa de aquellos dos hermanos que han matado alevosamente a su padre.

El actor, que representa magistralmente al ciego, va dejando caer despacio los bien cortados versos del romance, con voz ronca, cavernosa, ahuecada, y entre otras muchas cosas de su declamatorio canturreo, lanza ésta que cae entre las gentes que llenan el teatro como una exhalación: ... mucha sangre de Caín tiene la gente labriega... refiriéndose, se supone, a los inventados labradores que en el romance figuran como los criminales que acaban de matar a su padre.

Un viejo labrador, sintiéndose ofendido, como movido por un resorte, se pone de pie gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "¡No!, ¡no! ¡Mentira!, ¡mentira!... ¡Los labradores no somos caínes!", con lo que en el teatrillo empieza el alboroto. "¡Fuera!, ¡Fuera!", gritan otros entre silbidos. "¡Que se calle!", rugen allá arriba, en el gallinero, y, puestos todos de pie, se arma la tremolina, en la que intervienen los hombres, las mujeres, los mozos y las mozas y los críos con sus llantos y sus gritos.

Con el violín en la mano, Esteso espera, temeroso de lo peor; pero el Sordo, labrador que estaba sentado en la primera fila, salta al escenario cuando ya se hallaban algunos dispuestos a atacar al cómico, se coloca en el centro del proscenio, abre los brazos, que mueve como aspas de molino, y con voz potente trueno, que no habla, "¡Silencio!" "¡Silencio!" Al ver que se detienen los amotinados, suaviza el tono y continúa: "Sosiégúense, paisanos, sosiégúense... Siéntense y aprovechemos la ocasión que este romancero nos ha proporcionado para que hablemos nosotros como nunca hemos hablado. ¡Siéntense!, ¡siéntense!... -Y cuando los ve a todos sentados y tranquilos, les dice-: El cómico no tiene la culpa de lo que ha dicho, ni ha querido ofendernos. Se gana así la vida, recitando romances por los pueblos, y este que les ha molestado, que nos ha molestado, no es suyo. Así que quien nos ha insultado por su boca no ha sido él, sino el otro, el autor, el poeta que, según asegura, es el mejor de España, Antonio Machado. ¿Comprenden, hermanos y paisanos? Sin que los hombres del campo sepamos por qué, nadie nos quiere, ni aun los poetas. Nos desprecian todos. Y lo que es peor, hasta en los romances se nos insulta. ¿Qué hacer? Y es lo que debemos pensar. ¿Insultar también? Creo que con eso no resolveríamos nada. No debemos, pues, contestar al insulto con insultos ni al ultraje con ultrajes. Lo que sí debemos saber es si tienen razón para insultarnos. Veamos: los poetas son hombres que se ganan la vida haciendo versos; nosotros somos labradores que sembramos y cosechamos trigo del que se hace el pan y si el verso agrada y entretiene, el pan sirve para que todos nos alimentemos. No nos tengamos por desgraciados: cambiamos pan por versos; es decir, damos mucho más de lo que recibimos. Ese que está ahí, Antonio el hortelano, que cava la huerta, no vale menos que Antonio el poeta, que ha hecho esos versos. Podrán

decir en Madrid que no son iguales el pan y el verso, porque el pan vale menos que el verso; pero eso lo dicen porque los hombres de la ciudad ignoran lo que cuesta el pan en dolor y en trabajo. Si se lo retiráramos, verían que no pueden vivir sin pan como nosotros podemos vivir sin versos y que si mucho los necesitáramos, haríamos nosotros nuestros versos... y ahora a dormir, a descansar tranquilos para tener mañana fuerza para hincar el arado y hacer surco hondo que críe buena espiga. Tenemos que alimentar a nuestros hijos, pero también a los poetas, a todos los poetas para que, descansados y bien alimentados, compongan versos que nos hagan reír cuando no llorar o maldecir".

Se han ido mis ingenuos, sencillos y bondadosos paisanos a descansar y yo me voy a continuar trabajando en mi alambique. ¡Hay tanto que destilar si se quiere llegar a saber por qué los poetas insultan a los hombres del campo y porque, luego, otros los asesinan por no saber o no poder o no querer pensar como sus asesinos!...

## **CAPÍTULO I**

### **HOMBRES DE ESPAÑA**

¡Qué bellezas y encantos hallarás en los hombres de España, español, si los miras con ojo claro y corazón amante!

Es noche ya avanzada, estoy solo en mi porche, montando mi alambique y pensando, gustando y regustando la lección de hombría que un mozo de mulas nos dio hace unas noches en el teatro de este pueblecillo. Pero pienso más: en que como él hay muchos sembrados en todo el territorio patrio: hombres que al parecer, y sólo al parecer, son duros, hoscos, pero que cuando muestran su "humanidad" lo hacen tan virilmente y también tan pudorosamente como no podrían hacerlo muchos que se dicen filósofos.

Porque pienso constantemente en esos españoles, en esos mis hermanos españoles, encerrado aquí en mi porche paso revista, silenciosa y recogidamente, a los hombres de España, ya que de ellos quiero hablar un día en voz alta.

Pero... traslado al papel mi soliloquio.

**¡VIVA LA REPÚBLICA!**

Primavera de 1931.

Andalucía, tierra de promisión que el sol calienta y el campesino riega con sudores, está vestida de gala; se despereza la huerta valenciana envuelta en el immaculado manto de sus azahares; anunciando que se acerca mayo, se hinchan las yemas de los rosales que durmieron durante el largo invierno castellano; revientan los pimpollos en los abrigados valles catalanes, llenos de olor a resina que baja de los grandes pinares serranos; juegan al amor los felices parajillos que hicieron sus nidos en las arboledas que alimenta el Ebro; los picos pirenaicos se van quitando uno a uno sus caperuzas blancas deseosos de saludar a la bienamada; se sosiega el Cantábrico, cansadas las furias invernales de molestarlo; los robledales vascos, que pasaron enteleridos los últimos meses, hacen ofrenda de sus tiernos brotes al sol que los acaricia y reconforta, y los mirlos gallegos desgranar en los verdes prados, donde apacientan sus vacas



las rapaciñas, las dulces y melodiosas canciones de sus amores. Todo en España es alegría. Cantan las aguas del Duero una despedida tierna, cual si sintieran tristeza por tener que abandonar las tierras zamoranas y las recias parlas de Castilla; esponjosa y relimpia, la Extremadura cuida sus trigos, alimenta sus rebaños y llena sus encinares de florecillas blancas; la alegría, el ansia del vivir gozoso se extiende desde el Guadiana, que, titubeante, no sabe si volver a su regazo o huir a Portugal, hasta el Tuna, cuya sangre beben las acequias valencianas, y desde los últimos pueblecillos oscenses, escondidos en las más altas quebradas pirenaicas, hasta Tarifa, la ciudad mora, cuyas mujeres, guardan en sus negros ojos el ansia infinita de las noches islámicas.

Empavesados los corazones, se empavesan los pueblos, retozando los chiquillos por campos y plazuelas al ver que la alegría desborda por todas partes, llevándola los hombres en los labios, de los que brotan canciones, y en sus corazones los viejos, cuyos ojos ríen con la sosegada satisfacción de los que esperaron largamente el bien soñado, y, en el siempre renovado anhelo de sus amores, las mozas que olvidan por un momento sus grandes pasiones.

Un grito, uno solo, llena los ámbitos de España. Sube de los corazones, llega a los labios y, contrayendo los pechos, como para que la voz al salir con fuerza la recoja el viento y la transporten las aguas llevando al mundo la buena nueva, por todas partes se oye: ¡Viva la República!

Un júbilo inenarrable, indescriptible, se ha apoderado de todos. Vestidas de fiesta la tierra y las criaturas éstas cantan ríen, lloran, suspiran, se alegran, gesticulan, corren, saltan, charlotean, gritan, se abrazan. La República, tan apetecida, tan deseada, ha llegado como mensajera de paz, ofreciéndose a todos los españoles. ¿Puede haber mayor dicha, mayor alegría, mayor alborozo? Ella será la salvadora, la que conducirá la nave a puerto seguro. Dará pan a los hambrientos, consuelo a los afligidos, libertad a los presos, alegría a los tristes. Todo lo curará la República, todo lo resolverá la Bienamada. Es primavera en la tierra y en las almas. Hay esperanza en los campos y en los corazones.

Se me había caído una tuerquecilla de las manos en tanto montaba mi alambique, y mientras la buscaba, ha cambiado de tono mi música interior, pues comparando aquellos lejanos días de esperanza y de holgorio, que tan pronto se fueron, con los de tristeza y llanto que vinieron después, y que tanto duran, mi corazón, siempre sensible, se ha apenado. Pero pronto reacciono, y como si volara, más por encima de las viviendas de mis hermanos que por sobre España, gozo viéndolos y escuchándolos, y pienso que no ha de tardar en que disfruten de días de alegría por gozar de libertad. Porque bien lo merecen.

## **HOMBRES Y LENGUAS**

Si considero como sinónimas las voces pueblo y nación, España es un pueblo, y, por consiguiente, me expreso con propiedad cuando refiriéndome al conjunto de los nacidos dentro de sus fronteras, digo pueblo español. Pero si tengo en cuenta las particularidades raciales de cada región y, sobre todo, las diferentes idiosincrasias de los pobladores del suelo hispano, España no es un pueblo, puesto que la palabra pueblo lleva implícita la idea de homogeneidad y el todo es un heterogéneo conjunto de nacionalidades y mucho más todavía de individualidades.

Catalanes y andaluces, gallegos y murcianos, valencianos y extremeños son diferentes, como lo son los vascos y los astures, a pesar de su vecindad, como lo son también los castellanos de Ciudad Real y los de Santander, los vallisoletanos y los conquenses.

Sobrio y hosco, como los Pirineos que le prestan carácter, es el catalán; reidor y alegre, como sus abrigados y ubérrimos valles, el andaluz; dulce, como sus verdes campiñas, el gallego; triste, como sus polvorientos desiertos que no besa el agua, el manchego; tenaz, el extremeño, y artista, porque desde el nacer hasta el morir se nutre con colores, el valenciano. Las pardas Castillas alimentan al hombre terroso que lleva en su corazón las esencias primigenias de una raza vigorosa, hacendosa y sufrida.

El lenguaje, expresión del carácter, del pensamiento y del sentimiento, adquiere diferentes acordes en cada región. Aquí es fuerte, allá suave; lleno de colorido, como si reflejara los cambiantes de su sol y de sus huertos, en algún rincón, mientras en otro es bronco; seco y recortado, como pico de sierra, en donde no ríe el agua e impregnado de susurros de arroyo en donde el agua canta.

## **CATALUÑA**

Fuerte, recio y nudoso como los pinos centenarios que se elevan en sus montes que batieron mil tormentas y como los acantilados de sus costas bravas que mordió con rabia mil veces el mar, el lenguaje de los habitantes de la Cataluña tiene, como ellos, sonoridades de metal, ruido de peñascal que se descuelga, barriendo las laderas, desde lo alto del Montsant, pero también, a veces, susurro de brisa marina que juguetea entre el follaje de sus verdes pinos, rumor de onda que se duerme suavemente en la playa arenosa y blanca o estruendo de tormenta. Sus danzas, como sus canciones, expresan no lo que hay en la corteza de la tierra -rocas que resquebrajaron los hielos y árboles milenarios que tostaron los soles-, sino la frescura de las aguas que yacen en su entraña y los amores, cuajados de nobles esperanzas, que sienten las criaturas sencillas y buenas.

## **ANDALUCÍA**

El andaluz, en cambio, es dulce como miel que se pega a los labios y querencioso como llamada de mujer amante, teniendo en sus silbidos destellos de pasión y en sus ceceos vagarosidades que dan realce y dulzura al castellano fuerte de la llanura manchega. Y como su lenguaje, que expresa los hondos sentires de la raza, es el hombre: apuesto, chispeante, bullicioso. Sus penas las trueca en cantares que recuerdan la traición sufrida, el dolor sentido por la madre muerta, las lejanas nostalgias de quién sabe qué amores reales o soñados. De ayer hablan sus coplas, pues por vivir en pasado no conoce el presente. Así, no canta lo que siente, que su amor es audacia tan fogosa y fuerte que rompe los versos, canta lo que sintió, lo que sufrió o lo que soñó. Por eso, sus cantares son recuerdos que llevan en su entraña protestas o lamentos, y sus danzas, expresión rítmica de su pasión, quemar y abrasan, cual si deseara consumirse en el fuego carnal de su amor.

## **GALICIA**

El gallego es suave. Sus diminutivos son tan tiernos, tan delicados, hablan tanto al alma transida de amor, que, posiblemente, a no ser el portugués, su hermano, no exista otro idioma en el que las palabras sean pronunciadas con tan dulce acento. Madre es palabra sonora y

amada en todas las lenguas. Pronunciarla nos conmueve, porque en seguida asociamos la palabra a la idea y brinca en nuestro corazón la imagen amada. Pero cuando se quiere expresar no la idea de madre, sino a la madre que besamos y envolvemos en nuestras caricias, madre es poco y madrecita no expresa todavía la inmensa dulzura de nuestro corazón. El gallego, con un dejo de alegría que le inunda y estremece y con una inmensa pena que le conmueve hondamente cuando de ella se acuerda sin poderla besar, dice *miña maiciña*, recordando en su ausencia con el mismo fervor y nostalgia a la tierra adorada, ya que hay muy pocos hombres que se sientan tan pegados como él al solar nativo. Por eso, como todo es allí hijo del amor, también todo es suave: sus rías de plata, los verdes de sus prados y de sus montañas, el idioma que expresa querer, el hombre y la mujer que, pacientemente, van detrás de las vacas y las mismas vacas que les dan su trabajo y su leche nutricia. Primitivo y austero, el gallego es amante de su independencia, motivo por el cual huye de los centros urbanos y levanta sus viviendas en medio de los campos. Y así vive y así sueña, entregado al cuidado de la familia, entre sus verdes prados y entre sus muchos hijos.

## CASTILLA

Cuenca, en el propio riñón castellano, es de suelo pobre. Las nieves serranas y las renegridas rocas que hielos y soles quemaron, ocupan casi toda ella. Al sur ríe un pedazo de Mancha al asomarse a Ciudad Real, la de los pueblos blancos y las llanuras soleadas y ubérrimas, pero, en general, Cuenca es pobre, dura, áspera y fría. Sus hombres, que curtieron los hielos, que conservan y curan si no matan, y los derritientes soles que tuestan la piel y dan vida a los cuerpos, son, como sus rocas, duros, ásperos, filosos, pero también, como sus aguas, claros, serenos, cariñosos y buenos. A su lado, por la ingenua bondad que rezuman los corazones de sus honrados labriegos y el candor primitivo y rudo de sus pastores, se siente correr la vida con el gozo de ser agua cantarina que se descuelga de sus picachos, tal y como si besara, desarrugando el ceño, a aquellos hombres serranos. En sus cumbres, en sus hoces, en sus hondonadas, en sus cerros poblados pinos, en sus llanuras de guijarrosa tierra que cría el pan, en las chozas de sus pastores y en los vergeles de sus riberas, cantan, con cantar impregnado de olor a tomillo y a espliego, la paz, la armonía, la bondad indómita. Porque el conquense es rudo como el que lucha con la naturaleza hasta vencerla, pero riente y claro como riachuelo de agua fresca y pura; filoso y duro como corte de roca, pero blando y suave como arrullo de madre; mudo y sufrido como las peñas que limaron los vendavales mordientes y serranos, y rumoroso y juguetón como silbo del viento entre los pinos. La sequedad de sus tierras le hizo sobrio; la necesidad, trabajador; la sierra, indómito. Es bueno y altivo, duro y mimoso, mudo en la soledad y reidor en la familia. Lo mejor de Cuenca, de esa Cuenca pobre, de suelo rocoso, son sus hombres, sarmentosos por las hambres sufridas, pero amigos de su independencia. Un pedrusco negro semeja allá en la cumbre el pastor; un terrón pardo parece, allá en el valle escondido y en la llanura abierta, el labriego. Bajo sus caparazones rústicas, inhóspitas, que rechazan y hieren, está, como en la entraña de la tierra, una vena de agua clara, su querer, que no se da sino a los que, dedos nudosos y fuertes, saben escarbar hasta la entraña de la dura arcilla, o a los que, amantes y tiernos, saben llegar por las ventanas de los ojos hasta el corazón. Por eso, su lenguaje, duro como sus piedras, seco como sus tierras, es fresco como sus aguas y arrullador como sus hombres.

Y así, como Cuenca, es Castilla, una y múltiple: una en el sufrimiento y multiforme en sus amores, en sus sueños, en sus ilusiones y en sus esperanzas.

## EUZKADI

Vasconia está habitada por raza pujante y florida, y el vasco, idioma milenario, tiene, como sus hombres, honda raigambre en la tierra y en el mar, pues si algunas veces las palabras, por lo firmes, semejan hachazos que abaten el robledo, o rugido de olas que, encrespadas, se entrechocan, otras tienen rumor de regato o parla de gaviotas que juegan, como niños traviosos, con el cresterío de las olas. Y tal como el idioma, viril y dulce, rudo y pacífico, es el habitante de estas viejas tierras. Viriles y castos son sus juegos, y sus canciones, y sus trabajos de tierra y mar que necesitan de recios puños, y viriles sus ancianos, venerados por los fuertes robles que son sus hijos, tal y como si unos y otros -pueblo niño porque es pueblo eterno- teniendo conciencia de su pujanza y de su juventud, quisieran conservarla eternamente.

## LEVANRE

Embriguez de colores es Valencia y embriagado de alegría vive el feliz mortal que habita la región de los huertos que son vergeles y los vergeles que son jardines. Pegada a Castilla vive, y si los que bajan de la meseta hacia el mar por la llanura manchega, no ven en el paisaje más que un cambio de la tierra, se equivocan, porque no distinguen a estas regiones tan cercanas, la llanura seca que muere y la llanura, surcada de rumores canales, que empieza, se distinguen en que en cada una alienta y vive una raza. Aquella, la castellana, altiva en su pobreza, soberbia, en su sufrimiento, es triste, con una tristeza reconcentrada porque es tristeza del corazón; ésta, la valenciana, es alegre y chispeante, tanto por la alegría que le comunican sus huertas que producen sin cansancio, como porque las paneras de casa se conservan siempre llenas. Y es que las tierras de las largas besanas no ríe, ya que cuando no la tuestan los soles, la queman los hielos o la martirizan los granizos, mientras que en Valencia todo es risa porque todo es floración, y como no hay nada que invite al arte tanto como la alegría interior, el valenciano es artista: dibuja sus huertos, talla sus árboles, escribe sus canciones con la fecunda linfa de sus acequias, viviendo bajo la sombra de los árboles que sus manos plantaron y que le ofrecen fresco alimento, fuego para el hogar y madera para sus utensilios, mientras que bajo las arboledas fecundas y nutricias cría a los hijos, que se bañan en agua clara desde el nacer y ofrecen sus carnicillas desnudas para que el sol las bese.

En las primaverales noches de luna, la huerta valenciana es un lugar de embrujo. A bocanadas envían el mar y la huerta sus mil aromas y su frescura, y se puebla el aire de rumores a la vez que de perfumes, como si unos y otros, juguetones y traviosos, salieran a correr, a triscar, a brincar, saludando a su amiguita buena. Y es porque en primavera, los días son magníficos, resplandecientes. Todo crece, todo canta, todo ríe, porque todo es fecundo. Preñados, los naranjos llenan con su olor penetrante de azahar, que emborracha, la tierra y el aire y el mar, y rivalizando en colorido y en fecundidad, florecen todas las plantas que ofrecen a los hombres sus variados perfumes. Momentos hay en esos atardeceres lánguidos y enervantes de la primavera valenciana en que a pesar del lujurioso colorido de sus huertos, y el verde de mil tonalidades sobresale sobre los demás colores, y elevándolo la brisa en sus brazos, lo refleja en el mar, siendo todo verde: el agua, el cielo, el mar, la tierra y la alegría, ya que es el verde el color predilecto de lo fecundo. Y así es el idioma (idioma he dicho): como la tierra, como la flora, como las hembras: fresco, riente, armonioso, sutil.

Y... me voy a dormir, que ya cantan los gallos en el corral de mi amigo y cecino Colica.

## CAPÍTULO II

### UNOS HOMBRES, UNOS LIBROS, UNOS PRÓLOGOS Y UNA DISFRAZADA PERO CONSTANTE INVITACIÓN A LA REVUELTA

¡Cuánto mal pueden hacer a un pueblo los escritores que no son, además, hombres buenos!

Tengo en mis manos la tercera edición de *Vida de don Quijote y Sancho*, de don Miguel de Unamuno, con dos cabezas, quiero decir con dos prólogos: uno, el que figura en primer término, fue escrito expresamente por el sabio rector para esta edición, no habiendo en él cosa de mayor importancia que la contestación que da el autor al profesor Earle, traductor de su obra, quien le hizo ver que había puesto en boca de Sancho palabras que en el texto cervantino figuran en la del bachiller Sansón Carrasco, lo que molestó a don Miguel; pero como el señor rector de la universidad de Salamanca no se amilana ante una observación, que, aun justificada, le haga cualquiera, sea discípulo o traductor, le contesta que el equivocado no es él, Unamuno, sino que fue Cervantes quien leyó mal en el texto de Cide Hamete Benengeli, así que su interpretación es la verdadera y la de Cervantes la falsa, salida de tono que puede parecer gracioso chiste y es descortesía de mal gusto, tanto para su traductor como para Cervantes, al que pregona bien alto tenerle inquina.

El otro prólogo, el segundo, que tituló *El sepulcro de don Quijote*, y que muy poco o nada adelante de lo que ha de ser el libro, tiene más de exabrupto que de presentación de la obra, demostrando que no fue concebido ni escrito para ella, sino que, quizá por temor de publicarlo solo, aislado, se lo encasquetó o atornilló a la fuerza, por lo que más que prólogo resulta un añadijo, una cobertera, un disfraz con el que trató de ocultar o, por lo menos, cubrir su invitación a la revuelta, ya que en ciertos momentos tiene el sabor y el tono altanero, soberbio, excitante, insultante y contundente de la proclama.

A los bachilleres, curas y barberos, dando a entender que en ellos se hallan incluidos todos los españoles, les llama estúpidos, miserables, majaderos y otras lindezas más, y, a lo que se colige, los insulta de esa manera por su cuenta y razón, pues preguntándole a un amigo -y el tal amigo es él, el "único amigo absoluto" con quien puede dialogar-, si cree que *podría intentarse en España alguna nueva cruzada*, le contesta en los siguientes términos, dignos, si no de esculpirse en mármoles, sí de ser leídos, estudiados y analizados con detenimiento, porque en ellos podrá encontrarse, a poco ahondar, la idea germinal de la que un día había de ser la gran tragedia, que este gran tragediante agoró, estimuló y adelantó en idea:

"Pues bien, sí -le dice-; creo que se puede intentar, la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado. Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de *los hidalgos de la razón*. (Y subrayo yo).

"Defenderán, es natural, su ocupación y tratarán de probar con muchas y muy estudiadas razones que la guardia y custodia les corresponde. Lo guardan para que el caballero no, resucite.

"*A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones, estás perdido*". (Y vuelvo a ser yo, para que más resalte, quien al copiar el párrafo, digo que lo

pongan en cursivas, con objeto de que detenga el lector su atención y conozca el pensamiento amoroso-educativo del señor rector de la Universidad de Salamanca).

Ya le habla dicho antes a su amigo -y repito que su amigo es el mismo-, que “esto es una miseria, una completa miseria -y quien para él vive en miseria moral es España entera-, por lo que, asqueado, desea que desande en su compañía el camino que la separa de la Edad Media para ver si, arrancándola de su ambiente y de su centro logra “desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres muchedumbres ordenadas y tranquilas”, con objeto de reproducir “la epidemia de los flagelantes o la de los convulsionarios”, porque -y, como en secreto, se lo dice a su amigo al oído- “como tú siento yo con frecuencia la nostalgia de la Edad Media; como quiero vivir entre los espasmos del milenario”, idea tiránicamente posesora que lo envuelve, lo domina, lo obsesiona y va derramando mientras transcurre su vida en todo cuanto escribe, y, a chorros, en sus libros mejor pensados y más granados: *Vida de don Quijote y Sancho* y *Del sentimiento trágico de la vida*.

Formado su ideal escuadrón con “las almas solitarias a las que el corazón les pide alguna barbaridad, algo de que revierten”, la tropa imaginada se pone en marcha. ¿A dónde va? “La estrella lo dirá: ¡al sepulcro! A rescatar, el sepulcro de don Quijote, que, gracias a Dios, no sabemos dónde está. Ya nos lo dirá la estrella refulgente y sonora”. Y en tanto marcha el escuadrón, y el tragediante en su centro conversa con su amigo, dándole estos sabios consejos: “Mira, si quieres cumplir tu misión y servir a tu patria, es preciso que te hagas odioso a los muchachos sensibles que no ven el universo sino a través de los ojos de su novia. O algo peor aún. Que tus palabras sean estridentes, agrias a sus oídos”, lo que puso en práctica diariamente, desde el levantarse al acostarse, porque, palmeta en mano y gesto duro, vapuleó de lo lindo a todos cuantos, discípulos o no, fue tropezando en su camino.

Pero como la marcha del escuadrón es lenta, el camino largo y las horas transcurren torpemente monótonas, los consejos van desgranándose para decirse uno a otro cómo han de conducirse cuando llegue el momento de entrar en liza, pelotera, pugilato o combate: “Si alguno te viniera diciendo que él sabe tender puentes y que acaso llegue la ocasión en que se deba aprovechar sus conocimientos para pasar un río, ¡fuera con él! ¡Fuera el ingeniero! Los ríos se pasarán vadeándolos o a nado, aunque se ahogue la mitad de los cruzados. Que se vaya el ingeniero a hacer puentes a otra parte, donde hacen mucha falta. Para ir en busca del sepulcro basta la fe como puente”. De ahí que los cruzados, fervorosos, durante la última infraterna y odiosa pelea llevaran en el pecho un letrerito, debajo de una imagen de la virgen María, que rezaba: “¡Detente, bala!” No querían ponerle puente al río, aunque al fin tuvieron que llamar en su auxilio a ingenieros luteranos para poder pasarlo.

Pero el prólogo, si así continuamos llamando a las salidas de tono con que trata de disfrazar o tapar su invitación a la cruzada, barbaridad, pelotera o revuelta, termina con estas significativas palabras: “Todo eso que dices está muy bien, está bien, no está mal; pero ¿no te parece que en vez de ir a buscar el sepulcro de don Quijote y rescatarlo de bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques, debíamos ir a buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes e incrédulos, de ateos y deístas, que lo ocupan, y esperar allí dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite y nos salve de la nada?” Y eso, precisamente eso es lo que quería decir y al fin dijo, a lo que deseaba invitar y terminó invitando: a buscar, a rescatar el sepulcro de Dios, porque con su real y total posesión podían dedicarse los flagelantes a re-cristianizar, a re-deificar, a re-catolizar a España, que por influencias de los “hidalgos de la razón” estaba descristianizándose, descatolizándose, desdeificándose.

No fue equivocación de don Miguel, no, el vitoreo con que obsequió a los flagelantes que, convertidos en flageladores, formaron el escuadrón de cruzados que se habían levantado en armas, “gracias a Dios”, contra los impíos hidalgos de la razón, ya que su grito más que un

¡vitor! fue un ¡hosanna! Como no ha sido tampoco equivocación ni circunstancial aprovechamiento que los cruzados nacionalistas vitoreen, llegado el centenario del nacimiento de don Miguel, a quien con el manifiesto a la insurrecta, que eso es el prólogo que comentamos, les dio la fuente de agua subversora en que habían de beber para poder armarse caballeros. No es una equivocación, no, que los flagelantes no se equivocan: ha sido, es, una rendida muestra de agradecimiento. Quién sabe, quién sabe, si, pasado el tiempo, las falanges que formaron el gran escuadrón de flageladores que llevaron el Movimiento Nacional al triunfo, compongan en honor del señor rector himnos que lo inmortalicen y lo re-cristianicen, del mismo modo que el aquitanense, en nombre de la Iglesia, bautizó a Aristóteles para mejor poderlo cristianizar. Porque hay quien sostiene que fue el Estagirita, y no Pablo, quien dio a luz el cristianismo, y no faltan los que afirman que fue Unamuno; yno Franco, el cerebro de la cruzada.

Pero existe otro hombre, Ganivet –y existe es sólo una palabra, pues el hombre se suicidó, desapareciendo del mundo de los vivos por propia voluntad (el valor de un hombre no radica en el suicidio, sino en vivir), al que nos lo imaginamos presentándose con su *Idearium español* en la mano, libro evangélico, aceptado y glorificado en todos los tonos por los flagelantes y los convulsionarios del 98, y hasta por no pocos "hidalgos de la Razón", contra los que el iracundo don Miguel de Unamuno quiso que se levantara tropa de guerra. Pero leamos, que así empieza el *Idearium*:

"Muchas veces, reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio que por ocultos caminos se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional; que acaso ese dogma era el símbolo, ¡símbolo admirable!, de nuestra propia vida, en la que, tras larga y penosa labor maternal, venimos a hallarnos a la vejez con el espíritu virgen; como una mujer que atraída por irresistible vocación a la vida monástica y ascética, y casada contra su voluntad y convertida en madre, llegara al cabo de sus días a descubrir que su espíritu era ajeno a su obra, que entre los hijos de la carne el alma continuaba sola, abierta como una rosa mística a los ideales de la divinidad".

Y, efectivamente, coincidiendo con don Miguel, abunda en estimulantes ejemplos, como veremos en seguida, para que los flageladores logren, por medio de las razones que su escuadrón aporte, a que el alma española se abra "como una rosa mística a los ideales de la divinidad". Es decir, a los ideales que Dios marque y la Iglesia estatuya.

Pero continuemos la lectura del libro evangélico:

"Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, *pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores a nuestros padres* (el subrayado es mío), y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores... Los que pretenden ser reformadores no pueden crear nada durable: pronto se desilusionan y concluyen por aceptar un cargo público retribuido,<sup>1</sup> y estas concesiones no son del todo injustas, porque les recompensan un servicio útil a la nación: el de excitar y avivar las energías genuinamente nacionales, adormecidas y como momificadas. De ellos pudiera decirse que son como las especias: no se les puede comer a todo pasto, pero son utilísimas cuando las maneja un hábil cocinero. Si hubiera modo de traer a España algunos librepensadores mercenarios y varios protestantes de alquiler, quizá se resolvería la dificultad sin menoscabo de los sentimientos españoles; pero no siendo esto

---

<sup>1</sup> Ganivet era, cuando esto escribía, representante de la monarquía española en Riga.



posible, no hay más solución que dejar que se formen dentro de casa y tolerarlos y, hasta, si fuera preciso, pagarlos".<sup>2</sup>

Si hemos leído despacio y con mente atenta el párrafo anterior, habremos encontrado en él y entre sus líneas, no lo dudo, un sutilísimo consejo, ya que sin esfuerzo mental podremos tomar las especias por hombres, por librepensadores que un hábil cocinero, un dictador, podría *cocinar*. Pero veamos cómo debe hacerse el cocinamiento, ya que el consejo que viene a continuación no se le habría ocurrido a cualquiera de los señores Borgia. Y no moleste la transcripción si es un poco larga, pues el cuentecillo tiene miga. Allá va:

"Siendo yo niño, leí un relato horripilante de un suceso ocurrido en uno de estos países cercanos al Polo Norte a un hombre que viajaba en trineo con cinco hijos suyos. El malaventurado viajero fue acometido por una manada de hambrientos lobos que cada vez le aturdíen más con sus aullidos y le estrechaban más de cerca, hasta abalanzarse sobre los caballos que tiraban del trineo; en tan desesperada situación tuvo una idea terrible: cogió a uno de sus hijos, el menor, y lo arrojó en medio de los lobos, y mientras éstos, furiosos, excitados, se disputaban la presa, él prosiguió velozmente su camino y pudo llegar a donde le dieron amparo y refugio. España debe hacer como aquel padre salvaje y amantísimo, que por algo es patria de Guzmán el Bueno, que dejó degollar a su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo que el recurso es demasiado brutal, pero en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos".<sup>3</sup>

¿Para qué el comentario? ¿Para qué pensar en que sería ésa la barbaridad de que hablaba Unamuno? ¿No nos basta con tener presente la visión sibilina del convulsionario don Angel, adelantando sus deseos, casi en cuarenta años, a las prácticas del escuadrón de flageladores que capitaneó Francisco Franco, el más conspicuo flagelante de la tropa en armas y en odio? Porque, a buenas cuentas, ese millón de españoles, y no todos protestantes ni librepensadores importados, fue, mal contado, el que, convertido en cadáveres, dejó sembrado el escuadrón de Falange por los campos de España para que los devoraran los lobos.

Como vemos, don Angel es otro hombre, cristianamente amoroso, precursor de estos nobles tiempos, en que, prohibido en España el libre pensamiento, se obliga a las criaturas a creer, para su bien, en lo que Roma ordena.

Lógico fue lo sucedido -y no puede negarlo la "cochina lógica", como la llamó Unamuno, aunque él no ignorara que ni con cochineces ni con cochinerías se pueda hacer nada útil ni bueno-; y lógico fue, repito, que se obrara de tal manera, siguiendo los consejos del sapientísimo señor don Marcelino Menéndez y Pelayo, al cual le pertenece este enjundioso pensamiento: "Ley forzosa del entendimiento humano en estado de salud es la intolerancia", espuma de una mente tan serena como la suya, que consideraba la tolerancia como producto de las mentes enfermas. Así pues, ¿cómo, ni a santo de qué, habían de ser tolerantes los del escuadrón unamuniano?

---

<sup>2</sup> He destilado en mi alambique dos conceptos de la traición: por uno, legal, clásico, se considera traidor al que asociado con otros para un fin, los abandona y vende o ataca para que no puedan llevarlo a cabo otro, caprichoso o arbitrario, el que se considera a sí mismo traidor cuando no continúa manteniendo las creencias del padre. Por el primero, es traidor el que se levanta en armas contra la patria, concepto jurídico: por el segundo, la traición se diluye, pues más que traidor para con el padre, la traición es para con la creencia del padre, para con el dios del padre, concepto religioso.

<sup>3</sup> Dice Maquiavelo: "... cuando se delibera acerca de la salud de la patria, no debe dejarse que prevalezcan consideraciones de justicia o de injusticia, piedad o crueldad, honor o ignominia, sino, dejando de lado cualquier otra consideración, seguir por entero aquel partido que le salve la vida". Como la teoría de Ganivet, a la que bien podríamos llamar maquiavélica razón de estado, en nombre de la patria se pueden cometer toda clase de crímenes, ya que Dios premia siempre a los triunfadores.



En las bien nutridas mentes de los cruzados bailaban lujuriosa y alegre zarabanda ideas de don Angel mezcladas con las de don Miguel, repitiéndose unos a otros en las trincheras cuando callaban las ametralladoras, sus honestos consejos, que unían a los que el beatísimo don Marcelino les había ofrecido como estímulo para la curación de sus pecadoras almas: "Hay sed y apetito de creencia y algo es esto aunque no sea todo; pero en generaciones desecadas por los crueles abusos del análisis, pervertidas por una concepción mecánica del mundo, desfloradas por una literatura brutal, mucho ha de tardar el germen místico en romper la dura tierra". Y para que no tardaran en aparecer en España las "flores inmortales del misticismo", los que fueron atacados por ese virus, se prepararon para, en su día, arrancar de las mentes de los españoles toda ansia de conocimiento, que crecía sin cesar, del uno al otro extremo de la nación. Y para que no se hicieran más crueles análisis de ideas y creencias ni se pudiera hablar de la concepción mecánica del mundo, se segaron sus vidas.

¿Cómo extrañarnos, pues, que en cuanto el escuadrón se puso en marcha, el Cardenal Gomá, por aquellos días Primado de España, se dirigiera a sus queridos feligreses para invitarlos, en nombre de Dios, a que tomaran parte activa en la cruzada? "No puede haber más pacificación que por las armas -les dijo-. Hay que extirpar toda la podredumbre de la legislación laica". Y para Gomá, los laicos eran los mismos que Unamuno había llamado en su día "hidalgos de la Razón" en tono despectivo, y a los que, según él, había que tratar no con razones, sino "con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza", haciendo práctica la intolerancia predicada por Menéndez y Pelayo. Pero por si todo ello fuera poco, cuando en España se oyeron por todas partes toques de clarines y ruido de armas, otro prelado, Díaz de Gomara, exclamó jubiloso: "¡Benditos sean los cañones si en la brecha que, abren, florece el Evangelio!"

¡Pobre humanidad! ¡Pobres españoles! ¡Pobre España!

### **CAPÍTULO III**

## **SAN AGUSTÍN, SANTO TOMÁS, SAN IGNACIO DE LOYOLA, SAN FRANCISCO FRANCO, EL YUGO Y EL DIÁLOGO**

Siendo la cordialidad abono para el diálogo fecundo, sólo pueden dialogar dos hombres que riñeron cuando el uno olvida el daño recibido y el otro se arrepiente del mal causado.

Entre otras varias, podríamos decir que de dos maneras muy especiales miran a España los españoles: fríamente, con los ojos de la inteligencia, y bondadosamente, con los ojos del corazón. Siendo así, dos maneras hay también de sentirla y quererla: con el sentir de quien, ajeno a los dolores de los que sufren, ve el panorama español desde la posición de águila que le otorga su jerarquía, y con el sentimiento del que, llorando con los que lloran por ser uno de los que se hallan envueltos en la tragedia de su pobreza, pone sordina a sus suspiros para que sus dolores no alegren al jerarca. Y si hay dos maneras de sentir y de querer a España, hay, por consiguiente, dos maneras también de "verla" en su pretérito, de interpretar su historia: una, corriente y falsa, que para halago de la reyecía escribieron sus amanuenses, recogiénola en textos que los jóvenes estudian en las universidades, y otra, todavía no escrita, que palpita en los hombres de la raza, porque la vivieron los desheredados de todas las riquezas: del pan, de

la cultura y de la libertad, tres alimentos necesarios a la criatura humana para que se eleve y dignifique, y pueda conocer y gozar de los altos valores de la hombría.

Para poder llegar a la médula del problema español, mejor dicho, de los españoles, que es la única manera de poder comprenderlo y un día, aunque lejano, resolverlo, preciso es que el estudioso se coloque en posición humildemente heroica -en tiempos de soberbias, la humildad es un sentimiento hermosamente heroico-, como es la posición humana, porque como humano podrá darse cuenta de cómo piensa y siente su hermano hombre, y, por lo tanto, los motivos por los cuales se entrega a un acto fraterno de aproximación amorosa cuando vive cordialmente consigo mismo, o a otro de separación, que puede ser exterminador si lo domina el odio.

El hombre político no comprenderá jamás a otro hombre político de color diferente, porque considerando que su criterio es el único honradamente posible, valedero y verdadero, cree, muchas veces de buena fe, que el otro, al que declara contrario en su mente y hasta enemigo en su corazón, obra, por congénita maldad (reviviscencia de la idea de pecado); así no les es posible entenderse a conservadores y liberales, a demócratas y comunistas, a nacionalistas centralistas y federalistas, manteniendo con sus discordias a los habitantes de un pueblo en situación permanente de inquietud, de desconfianza, de rencor, de guerra.

Como si el estado natural del hombre fuera el de quietud mental, para los creyentes no existen nunca problemas nuevos, sino variantes de los que las religiones plantearon a través de los siglos. Así, para España, según los católicos, no existe otro problema que el de la catolicidad, careciendo de importancia todos los demás; por eso trataron de tenerla siempre sujeta a la Iglesia, debiendo seguir obligatoriamente los caminos que le trazaron los representantes de Dios en la tierra, que son los que reciben las órdenes divinas. Por tal motivo, aunque hablen de libertad, al español no se le permite otra que no sea la de asistir a misa todos los domingos y fiestas de guardar, que eso, y no otra cosa, pone en práctica esa hispanidad que se propaga por España y América, ya que según sus dirigentes, España es el pueblo elegido de Dios, y como por causa del ateísmo se salió del buen camino, al Movimiento Nacional Catolizante le correspondió hacer que los españoles, que se habían extraviado, volvieran otra vez a la buena senda. No fue, pues, aseguran los soldados de Cristo, una regresión, sino un avance, ya que en la línea que, por designio divino, viene del fondo de la vida, España, que había perdido su contacto con Dios, ha vuelto a ir con El otra vez de la mano.

Ahora bien, si hacemos entrar en actividad, no a la razón, sino a nuestra razón, sabremos que si por rumbo entendemos camino hacia lo antiguo, España va sin rumbo porque la vida se vive una vez y jamás se re-vive, o sea que nunca vuelve al punto de partida, y si, al contrario, entendemos por rumbo el camino nuevo que el hombre se traza y sigue hacia una meta ideal, España camina a la deriva, como barco sin gobernalle, a merced de los vientos que la empujan, ya que los catolizantes le hicieron que lo perdiera, para lo cual anegaron en sangre el territorio patrio, y los que se salvaron, aterrorizados, no pueden llevar dirección fija y suya. La razón de la fuerza que equivale a afirmar que fuerza es razón, es el lema del hombre rapaz, predatorio, violento, del autoritario que se mantiene, por continuada herencia, en un mundo sin ética. Y el que puede señalar ese hombre, no es rumbo humano.

Carecería de valor forzar las ideas para acoplarlas o encajarlas a lo que trato de hacer ver como palpable realidad, pues basta con ir desenterrándolas, aireándolas y haciéndolas vivir una a una y en conjunto para mejor gustarlas y comprenderlas, ya que los hombres, por ser herederos de las creencias de sus antecesores y considerar un deber mantener las de sus padres y maestros -consejo de Ganivet-, tanto y más si esas creencias, que en ningún caso son ideas, expresan a Dios, tratan de que entren en los demás cerebros a la fuerza.

El que fue proclamado por los padres de la Iglesia como el más sabio de todos los hombres, San Agustín, escribió la que se tuvo por la obra maestra de todos los tiempos, *La Ciudad de*

*Dios*, en la que abrevan todavía los cristianos. Dividida en dos partes, *La Ciudad de los hombres* y *La Ciudad de Dios* que da título a la obra, en ella estudia el santo la naturaleza del hombre antes de lo que consideran los cristianos que fue el pecado original, y la de las instituciones coactivas de la sociedad, incluida en ellas la esclavitud, que, como resultado natural de la Caída, formó parte del plan divino, y según las conclusiones a que llega después de ese estudio, el Estado debe estar en manos de los más sabios, que son los cristianos, únicos que pueden administrar justicia en nombre de la Autoridad Suprema, pues el Estado pagano es injusto y desagrada a Dios y a su Iglesia. Así, la institución del gobierno no debe establecerse más que de acuerdo con los deseos de la divinidad, que son los de eliminar los vicios de los hombres, cuyo origen ha de buscarse en el pecado. Tiene, por consiguiente, el Estado carácter curativo y, a la vez, coactivo, ya que por ser el gobernante un representante directo de Dios tiene derecho, por voluntad divina, a la obediencia de sus dirigidos, contra los cuales puede y debe emplear la coacción si le desobedecen.

En *La Ciudad de Dios* se establece que el Estado teocrático es idéntico a la Iglesia, que es verdaderamente la que otorga el poder, por lo que solamente los fieles pueden ser, y en justicia son, ciudadanos. La distinción de estas dos sociedades, la del espíritu y la terrenal, o sea, la de los que tienen cabida en la ciudad de Dios y la de los condenados a vivir y a sufrir en la ciudad de los hombres, equivale a la división de las criaturas humanas en dos mundos diferentes, el de los buenos, que irán a la gloria, y el de los malos, que han de hundirse irremisiblemente en el infierno. Contra éstos, condenados por Dios a esclavitud, pueden y deben emplearse todos los desprecios, todas las coacciones, todos los castigos.

Según las doctrinas del ilustrísimo obispo de Hipona, cuya sabia palabra fue legislación para la Iglesia, Franco, como representante de Dios en la Tierra, tiene no sólo el derecho de ser obedecido por sus súbditos, sino el deber de emplear el poder coactivo que Dios puso en sus manos, poder que ejerce con el único objeto de salvar a los desobedientes. Apegándose a la doctrina del santo, el Estado español es fundamentalmente teocrático, pues, de hecho, el sacerdote ordena y el alcalde obedece, de modo que el poder coactivo del Estado falangista es un arma de los obispos.<sup>4</sup> En resumidas cuentas, Franco es vasallo del Papa, como eran los caudillos en los tiempos del Medio Evo, y el alcalde de Madrid lo es del Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis. De ese modo tan natural y lógico continúa en España el agustinismo: en la ciudad de Dios vi en los sacerdotes y los gobernantes, y en la ciudad de los hombres, los sometidos. Así conviven en España dos derechos: el canónico y el romano, si bien este supeditado a aquél, porque el legislador vive en la ciudad de Dios, no en la de los hombres. Al verdugo le está prohibido vivir en donde viven los sacerdotes, pero en el momento de arrancar la vida a un semejante, acto que el tonsurado no puede ejecutar dignamente por sí, éste acompaña al hombre despreciable que lo ejecuta y bendice el acto justiciero. En las cárceles del Estado teocrático franquista, como ayer en las de la Inquisición, los sacerdotes realizan funciones que avergüenzan a los verdugos.

Tomando como guía y modelo *La Ciudad de Dios*, el Papa Gregorio VII decreta humildemente que él es el jefe supremo de la Iglesia Universal y, además, el Jefe Supremo del Mundo. Resumiendo en una frase lo que considera sus derechos y su fuerza, dice: "Así como la luna recibe la luz del sol, el emperador la recibe del Pontífice". Y como la Iglesia, poseedora de la única y eterna verdad, ni se equivocó ni se equivocará nunca, decreta la guerra sin cuartel a todos los enemigos de San Pedro. Con esa declaración justica las cruzadas, de las que la española es hasta la última. No es, pues, extraño que el sacerdote español mantenga, bien arraigada, la idea de vasallaje de la Edad Media. Gregorio VII, Papa, se la dio a conocer, y Loyola se lo recordó en tiempos posteriores.

---

<sup>4</sup> En este pueblecillo ha habido un casamiento, y, como cosa natural, un baile. Como no había dado permiso el cura, comunicó tan enorme pecado al obispo y el gobernador ha impuesto una multa de quinientas pesetas a este matrimonio. La pareja de jornaleros no tiene qué comer.

Santo Tomás sostiene que *“las instituciones injustas que no estén de acuerdo con la Ley de Dios, que es la de la Iglesia, deben ser alteradas, que los gobernantes impíos deben ser depuestos y que la rebelión, en esos casos, está plenamente justificada”*. Así, los que se extrañaron de que Franco se levantara en armas contra unos gobernantes que el Vaticano consideraba impíos, no tuvieron en cuenta que había obrado de perfecto acuerdo con la doctrina de Santo Tomás, que es actualmente la de la Iglesia, por lo que ésta lo premió dándole el título supremo que a un gobernante puede serle concedido: *Caudillo por la Gracia de Dios*. El Vaticano, padre y mantenedor del Movimiento Nacional Catolizante, nombró a Franco, como hubiera nombrado a cualquier otro, invistiéndolo de poderes extraordinarios.<sup>5</sup> De modo que presentándolo ante su pueblo como habiendo recibido de manos del mismo Dios las Tablas de la Ley -Moisés redivivo- él era el Salvador, el Guía. Por serlo, a él y sólo a él le está reservado el derecho de dictar las leyes, a él, el de castigar, considerando pecadores a los desobedientes, que fue como los consideró la Inquisición, por lo que a los jueves les está prohibido interpretar la ley, pues las Leyes Divinas no pueden ser interpretadas, sino cumplidas: los que se atrevieron a oponer resistencia al levantamiento militar, fueron herejes que guerrearon contra Dios, el Dios de España que Franco y sus Falanges representaban, y, como herejes, y de acuerdo con la voluntad divina, debían ser exterminados. Así pues, el asombro por la ferocidad empleada en la guerra española no lo justifica más que la ignorancia, ya que tiene en el hecho apuntado su explicación: no fue una guerra de hermanos contra hermanos, una guerra social, una guerra civil, fue una guerra santa de fervorosos creyentes contra abominables herejes, una guerra religiosa, declarada por el Vaticano contra el liberalismo español.

Igualmente explicable es el símbolo del yugo: era necesario uncir a los españoles a la Iglesia por medio del Estado. Y los uncieron como se unce a los bueyes. Si Loyola, que exigía obedecer y prohibía pensar, pudiera dejar su tumba y asomarse a España, se sonreiría. Aunque decía -era una de sus máximas- que nadie debería moverse por su voluntad, como no se mueve el bordón del ciego, vería con agrado, aunque a él no se le hubiera ocurrido, que su máxima había sido sobrepasada, pues entre un cayado y un yugo, la diferencia obediente y denigrante está a favor del yugo. Para Franco, y por voluntad expresa del Vaticano, en España dejó de haber españoles, ya que a todos se les sometió a domesticidad. A todos: a grandes y a chicos, a altos y a bajos, a generales y a soldados, a duques y a barberos, a universitarios y a maestros de aldea, a poetas y a literatos, a divos a tiples. A todos. A todos. A los que son sus ministros y a los que cumplen la triste misión de esbirros, a los honrados y a los pillos, a los filósofos y a los analfabetos. Elige y eleva a los que han de servir a Dios y a su Iglesia, y los lleva a vivir con él Y con los clérigos a la Ciudad de Dios, pero haciéndoles saber que los desobedientes pueden ir a engrosar en cualquier momento las huestes de los que penan en la Ciudad de los hombres.

Siendo así, y así es, necesario es preguntar a quienes hablan de diálogo: ¿con quién dialogar? A los que pertenecen o creen pertenecer a la ciudad de Dios les está prohibido el diálogo con los que ellos consideran que están enclavados en la ciudad de los hombres, y si se atrevieran a hacerlo, no podían conversar mas que de futbol, toros, papas, garbanzos o tocino, y aun eso con ciertas limitaciones y temores; pero tampoco pueden dialogar libremente entre sí, porque la menor discrepancia doctrinal podría dar lugar a que un dialogante culpase a otro de hereje o de infiel. No pueden dialogar, por lo tanto, más que los de la ciudad de los hombres, unos con otros para contarse sus penas, en voz baja y ocultos, porque intentar hacerlo con los de la ciudad de Dios sería tanto como querer asomarse al mundo que no les corresponde, y eso podría merecer castigo; pero aun siendo autorizados, si los humildes quisieran dialogar con los superiores, con los que viven en la gracia de Dios, tendrían que someterse a ciertas reglas u ordenanzas, la primera de las cuales sería la de reconocer en voz alta y públicamente que los cruzados tuvieron todas las razones para declarar la guerra a los infieles hidalgos de la razón, debiendo darse éstos por satisfechos con vivir todavía, pues al pensar en la libertad y desealarla

---

<sup>5</sup> Antes había nombrado al general Sanjurjo.

cometieron pecado de herejía, y Dios quiere, según lo afirmaron Papas y Santos, que la mala semilla sea extirpada.

No hay posibilidad de diálogo entre triunfadores y sometidos, y si, acaso, al llevarlo a buen término se adquiriese un compromiso entre dialogantes de la ciudad de Dios y otros de la ciudad de los hombres, si ese compromiso fuera el de que los divinizados concedieran a los pobres humanos la libertad de desprenderse del yugo impuesto, tendría que ser sometido a la aprobación de Franco, que es quien únicamente en España puede conceder esa gracia en nombre de Dios.

"El Estado -decía el monje de Salisbury- es un cuerpo animado por Dios, guiado por la equidad suprema y regido por la razón. El alma de ese cuerpo es el clero, la cabeza el príncipe, el corazón el senado, y diferentes funcionarios corresponden al estómago y a otros órganos internos. Los ojos, los oídos y la lengua son los gobernadores de las provincias, las manos las fuerzas militares y las autoridades subalternas, y los pies las clases agrícolas y los artesanos". Y así, tal y como lo describió el monje Salisbury, es el gobierno de Franco. ¿Con quién dialogar? Los que más lo necesitan, "las clases agrícolas y los artesanos", que son los pies de la sociedad española, ¿cómo van a entablar diálogo con la cabeza? Nadie debe traspasar las fronteras de su clase -fue la teoría de Santo Tomás y es la de Franco-, pues la Iglesia considera pecado la transformación del orden social cuando los gobernantes son cristianos, porque en virtud de la desigualdad de los hombres así lo estatuyó Dios: el hijo del esclavo será esclavo, como su padre, y querer que no lo sea es oponerse a la voluntad divina. ¿Con quién dialogar, señores ilusos que no piensan más que en el diálogo?

Este problema español, que es problema humano de libertad, no lo es de Franco, pues Franco, obsesión de todos los españoles que sufren el peso de su yugo, es sólo un accidente, una piedra puesta en el camino de los españoles, que les ha obligado a rodar fuera de rumbo, a ir por la vida sin rumbo. El mal que aqueja a España no tiene su origen en el Caudillo, aunque él sea la cabeza visible; así, los españoles que se entretienen en tirarle piedras, pierden de vista a su verdadero enemigo. Si escarbaran en la historia no escrita, si con mirada serena se asomaran al pretérito, si analizaran situaciones más o menos cercanas de la vida española, verían que el verdadero enemigo de España está en el Vaticano.

El "apetito de Dios" de que habla San Juan de la Cruz, y que tanto enamora a Unamuno, deberá ser cambiado por el "apetito del hombre", buscando al hermano por todos los caminos, sendas y vericuetos para quitarle o ayudarle a que se quite el ominoso yugo con que lo unció la Iglesia al carro del Estado, y que es signo de bestialización, de emburrecimiento, no de mansedumbre. Se quejan frailes y frailantes de que en España se quemaron de cuando en cuando iglesias y conventos; también nos quejamos nosotros, aunque comprendamos los justos motivos que para ello tienen "las clases agrícolas y los artesanos" sometidos a tantas vejaciones y a tantas hambres por los que viven de y en las iglesias. Hay quien, por sentirse uncido por la fuerza, está ya preparando la tea. Y no podríamos quitársela de la mano.

Poetas que entonaron himnos de alabanza a la cruzada exaltando los valores morales del yugo; universitarios que, orgullosos, se arroparon con la bandera del Movimiento Nacional Catolizante, enseñando durante veinticinco años las virtudes de la Falange; republicanos que fueron perseguidos recibiendo bofetadas y desprecios; socialistas a los que se les negó el derecho a vivir como criaturas humanas; menestrales que oficiaron de esbirros, salen ahora por el mundo a hablar, a los españoles expatriados de la necesidad de dialogar con los cruzados, como si fuera posible entablar diálogo con ellos sin aceptar previamente que el oficio de verdugo es noble y caballeresco y que los actuales verdugos de España y sus cómplices son unos nobilísimos señores que ordenaron que se "echara a los lobos un millón de españoles" con la saludable intención de hacerlos felices: a ellos, a sus padres, a sus mujeres y a sus hijos.

"Todo obediente verdadero -y es una de las más sabias máximas de Loyola- debe inclinarse a sentir lo que su Superior siente". Y esta máxima está grabada á fuego en los corazones de los creyentes de Falange, que no admiten diálogo ni que nadie se quite el yugo que le fue puesto.

## CAPÍTULO IV

### CERVANTES, UNAMUNO, LOS DOS QUIJOTES, ESPAÑA Y ESTE LUGAREJO MANCHEGO

Como soy, así es mi obra. Porque no me hace, la hago.

En este lugar de la Mancha, cuyo nombre me llena el corazón de gozo, porque aquí acuné mis primeros amores y adquirí mis primeros saberes, tuve como maestro a un hombre culto, bueno, trotador de caminos, conocedor de hombres, sabedor de muchas y grandes cosas y amigo de Cervantes. Y digo amigo y no admirador, aunque al parecer la amistad se origine en el trato, ya que es de éste del que mana el cariño, en tanto que la admiración, emparentada con la idolatría, ordena reverencia y ésta lleva siempre la lisonja en los labios, porque no ha de ser con lisonjas sino con amor, que me enseñó a cultivar aquel mi buen maestro, con el que rociaré mis palabras al hablar de Cervantes, pues si dio a luz el libro más original, noble y atrevido que vieron los siglos, haciéndonos gozar con las hasta entonces jamás pensadas ni tampoco contadas hazañas de un hidalgo loco, el que primero y más gozó con ellas fue su inventor, su hacedor, su creador, que fue quien al pensarlas las vivió, si es que no escribió algunas de ellas, y así es de creerlo, después de haberlas hecho él mismo realidad. Estuvo, pues, bien pagado y nada le debemos ni le debieron sus contemporáneos, y los que se lamentan de sus desgracias, que abonaron su vida, desconocieron sus alegrías, pues si las lágrimas las arranca a veces el dolor, satisfacción produce al labrador el comprobar cómo cada espuerta de estiércol que saca del basurero y esparce en su bancal, le sirve para abonar la tierra que le paga con buenas espigas. Y no hay duda alguna que don Miguel de Cervantes labró con hondo surco en los bancales de la vida, que abonó con dolores para sembrar en ellos pensamientos, por lo que pudo cosechar y cosechó -cosecha propia, suya- libros tan bellos como regocijantes.

En la escuela de este lugarejo leímos en voz alta el *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, no una, sino dos, tres, cuatro veces, y nos aficionamos de tal modo y manera a su lectura y a los atinados y sabios comentarios de don Hermenegildo, nuestro maestro, que con el correr del tiempo los muchachos nos recitábamos unos a otros largos pasajes de memoria, teniendo a Cervantes por nuestro guía, si bien encarnado en don Hermenegildo, y a don Quijote y Sancho como a seres vivos, representados en dos personajes de la aldea, un viejo y flaco hidalgo, al que no le quedaba gran cosa de su hacienda, fuera de pergaminos, y un sirviente que creía a cierra ojos en su señor y amo. No obstante, don Hermenegildo nos recomendó respetar con todos los respetos a nuestro don Quijote y a nuestro Sancho, que por tales nombres, olvidando los suyos, llegamos a conocer a nuestros dos paisanos, poniendo en boca de ellos los felices pensamientos del verdadero Quijote y los intencionados y jugosos refranes del verdadero Sancho, cuyos fundamentos morales nos ponía don Hermenegildo al descubierto.

No necesitaré afirmar que si por hombre bueno, pero estafalario teníamos a don Alonso, por hombre como el pan teníamos a Sancho, considerando que si el amo tenía un bastante de loco,

el criado, quizá por falta de escuela, nos parecía un poquitín tonto, aunque para los menesteres del campo era tan ágil de entenderas como el más avisado de nuestros convecinos.

Un día, cerrada la escuela por la canícula, nos llamó don Hermenegildo para despedirse de nosotros, porque, hombre inquieto y andariego, partía para otros lugares, deseoso, según su confesión, de conocer nuevas tierras y nuevos hombres. Asistimos bastantes muchachos, algunos ya mozos, y unos cuantos casados, y nos habló con palabra reposada y cariñosa en estos o parecidos términos:

"Los he llamado para despedirme de ustedes, deseando, al hacerlo, no tan sólo estrechar sus manos, sino abrazarlos, con objeto de que conservemos unos de otros un buen recuerdo que mantenga vivo el cariño que en nosotros nació y hemos cultivado. Al estrechar sus manos y al abrazarlos quiero darles, y espero que así lo comprendan, el espaldarazo de la hombría, porque no caballeros sino hombres les deseo, que el título de caballero, contra el que combatió, como saben, nuestro amigo Cervantes, nos separaría, en tanto que el de hombre nos aproxima. Si por vanidad yo me hubiera presentado a ustedes como el caballero don Hermenegildo Montesinos y Ramírez, natural de Alcalá de Henares, patria de don Miguel de Cervantes, les hubiera sido imposible quererme, porque entre nosotros se habría levantado una montaña de orgullo, de mi orgullo, que nos hubiera distanciado; pero al presentarme como un hombre igual a sus padres, a sus vecinos y a ustedes mismos, la amistad, que es cariño o principio de él, nació fácilmente en nosotros y, sin esfuerzo, llegamos a considerarnos como de la familia.

"Algo, no mucho, porque muy poco sé, pude enseñarles, pero mucho he aprendido de ustedes, teniendo que agradecerles, entre otras muchas cosas, que me abrieran las ventanas de sus corazones para, al verlos obrar, aprender otra vez a ser bueno, porque había ido tirando la bondad por los caminos del mundo como equipaje inútil y la he vuelto a tomar de sus manos y de las de sus padres al írmela regalando todos los días como bien sazonado fruto humano. Me separo muy contento de su lado -y perdonen esta confesión por leal y por franca-, y no por saber que algo mío ha de quedar aquí en permanencia, sino porque mi morral de caminante he de llevarlo siempre lleno de provisiones tuyas. Y me voy por el mundo, queridos míos, a cervantear y a cervantizar, no a quijotear ni a quijotizar, como quiso don Miguel de Unamuno, gran escritor, aunque bastante estafalario y loco, porque le reblandeció la sesera el mucho leer, como a nuestro Quijano, pues es necesario, y hoy más que nunca, romper lanzas contra los caballeros actuales y contra los libros caballerescos que por ahí andan, no a la manera de *Quijote*, ente de ficción, fantasma del que se valió Cervantes para descubrirnos los entresijos de los ridículos hidalgüelos que en aquellos tiempos poblaban España, y de los no menos bufones duques que la explotaban, sino a la manera que hoy nos corresponde, desconociendo poderes a los que se consideran poderosos, empezando por tomar sus títulos como a moneda falsa, con la que pretenden pagarnos y deslumbrarnos, sabedores, como lo somos hoy, de que en tierras de la hombría no hay mejor ni más noble título que el de hombre, por lo que en nuestra balanza no pesa menos el hombre Sancho que el hombre Duque que puso en sus manos el gobierno de la ínsula. Así, lo que debe interesarnos, a fuer de hombres, es que desaparezcan de la faz de la tierra los caballeros que, por capricho, hacen gobernadores, pero también, y esto es muy importante, que no haya tampoco Sanchos dispuestos a aceptar esas gobernaciones.

"Les dije hace un momento que me iba a cervantear por tierras de hombres y no a quijotear, y a cervantizar y no quijotizar, y esto merece que se los explique, porque hubo hombres que desconocieron a Cervantes el derecho de ser tal como era, a obrar como a él le pareciera, a cervantear, en suma, y se lo reconocieron a Quijote, sin tener en cuenta que Cervantes fue no solamente un ser real, sino un hombre de calidad, mayúsculo, de excepción, en tanto que Quijote fue un hijo imaginado, del que se valió el hombre para decir a sus contemporáneos verdades de a puño, que no habría podido decírselas, dadas las condiciones en que se vivía entonces en España, si no las hubiera puesto en labios de un hombre que había perdido el juicio. Fue, pues, Cervantes el que como hombre tuvo valor humano y no Quijote, por lo que

cervantear equivaldrá a vivir y obrar de acuerdo con las máximas morales que Cervantes nos obsequió, y cervantizar será igual a pregonar que Cervantes debe de ser no sólo imitado sino mejorado, sobrepasado, superado para bien de España y de los españoles. En cambio, quijotear sería sentir, pensar, obrar, vivir estrafalariamente, y quijotizar, pregonar, como algunos hicieron, que los hombres con familia deberían obrar, como Quijote, fuera de razón, es decir, locamente, lo que acarreó muchos dolores de cabeza a los hombres de España. Por eso, bueno sería que rescatáramos el sepulcro de Cervantes, pero perjudicialísimo a nuestra salud moral resultaría si al tropezar, por casualidad, con la huesa de Cervantes creyéramos que habíamos encontrado la de don Quijote, pues si a nosotros nos harían gran daño nuestras locuras, más todavía y de mayor calibre las harían nuestros paisanos si se les ocurriera llevar a la práctica la idea de hacer quijotismo, de que se quijotizaran los hombres de estas nuestras tierras. Pero estemos tranquilos, amigos, pues si Quijote no pudo tener sepultura porque no existió más que en la mente de su creador, la de Cervantes, que debió de haberla tenido, se ignora el sitio, motivo por el cual nos evitamos que los bachilleres hagan procesiones todos los años para decir ante ella rimbombantes vulgaridades que sonrojarían al noble manco si pudiera escucharlas. Ya los doctores de hoy, queriendo que se les equipare aquél a quien los doctores de ayer le negaron valores, tratan de hacer de él otro doctor o, por lo menos, un bachiller, asegurándonos, cosas nunca probadas, que había estudiado en la Universidad de Alcalá, y que su padre, de lo que no existen tampoco certificados, había sido cirujano, ya que en aquel tiempo la cirugía estaba en pañales, pudiendo haber sucedido, y ello es natural, que dedicándose entonces los barberos a aplicar sanguijuelas, hacer sangrías y sacar muelas, su buen padre fuera aquél de quien dijo que había sido amigo y consejero del bueno de Quijano. Lo que sí está probado, porque cuando ya es hombre se le ve un día por aquí y otro por allá, es que Cervantes trotó por casi todos los caminos de España, durmiendo en ventas y mesones, cuando no al aire libre, por lo que pudo recoger y recogió de la vida lo mejor y más noble que ella tenía y sin cuyo tesoro le hubiera sido imposible escribir su Quijote.

“Cuando llegó a Madrid, bien provisto su zurrón de manuscritos, un enorme caudal de experiencias y un valioso tesoro de ilusiones, los Lope y los Lopecillos de la época se le opusieron porque no vestía cogulla y era, además, un ingenio lego, que así llamaban los doctos del día a los que no habían pasado por las universidades.

“Pero preguntémonos, ya que estamos aquí reunidos hablando de Cervantes, y conocemos, por haberlos leído, los dos Quijotes, el de don Miguel de Cervantes, que tituló *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y el de don Miguel de Unamuno, al que bautizó con el nombre de *Vida de don Quijote y Sancho*, si el señor rector de la Universidad de Salamanca penetró hasta los entresijos del ingenioso hidalgo, o si, por el contrario, por no haber podido llegarle bien a la entraña, fue por lo que tuvo la osadía de publicar él una versión suya, como si Cervantes hubiera dado a luz un hijo jorobado, lisiado, contrahecho, y Unamuno, piadoso médico, hubiera querido curarlo de males heredados. Sí, preguntémonos si Unamuno comprendió el libro de Cervantes. Y más: si pudo digerirlo. Y contestémonos valientemente con una negación rotunda y mayúscula: **No**. Don Miguel de Salamanca no pudo comprender a don Miguel de Alcalá: primero, porque ni lo quiso ni quiso quererlo, y sólo en el mismo género del querer humano puede haber entre dos hombres concordancia afectiva; segundo, porque anduvieron por diferentes caminos, por lo que ni se encontraron ni pudieron haberse encontrado jamás. El uno, el rector, creyente cristiano hasta el fanatismo, anduvo siempre por los caminos de Dios; el otro, el trotador, si no ateo declarado -eran tiempos muy peligrosos para tales declaraciones, aunque las andanzas de su vida obligan a presumirlo-, fue un no creyente o, por lo menos, un no practicante religioso, por lo que pudo andar y anduvo por los caminos de los hombres. De ahí que al libro de Cervantes, que fue un desafío a la sociedad de su tiempo, le llame Unamuno, de acuerdo con su pensar y entender, un libro misionero, cuando si misión tuvo fue la de despertar en los hombres apetitos de libertad. De libertad y de amor, pero no de amor a Dios, sino de amor humano, que los que amamos al hombre lo vemos correr por todos los canalillos de sus



episodios y aventuras, porque se respira en los vientos de sus campos y lo proclama Quijote sin descanso y lo vive Sancho con alegría.

"Acordémonos de aquel tan conocido pasaje, cuando al abandonar, empalagado, el castillo de los duques y encontrarse con Sancho a campo raso, exclama, como si tuviera necesidad de lanzar al aire algo que le hacía doler el corazón: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido, pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrecheces de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidos son ataduras que no dejan campear el ánimo libre». Sabias palabras que la experiencia de Cervantes, que había sufrido hambres, agasajos y cautiverios, puso en boca de su hijo Quijote.

"Verdad que vemos hombres, hechos y cosas con nuestros ojos, y mejor todavía que con los de la cara, con los del corazón y los de la mente, y que así tuvo que ver Unamuno a don Quijote, que ya estaba bien criado cuando él llegó a la vida, por lo que su falta, su gravísima falta consistió en no limitarse a verlo vivir y, a interpretar su vida y hechos, como nos corresponde a todos, aunque al juzgarlo nos equivoquemos, sino, que su loco atrevimiento llegó, viéndolo, como lo veía vivir, hasta querer hacerlo nacer de nuevo, para cuya empresa necesitaba destruir a su padre, a Cervantes, empresa tan arriesgada como imposible. Intentando desposeerlo de su paternidad, puso en jugo sus mañas y creencias, que no nobles propósitos e ideas, sosteniendo en su *Vida de don Quijote y Sancho* que *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* era «una epopeya cristiana inspirada por Dios a Cervantes», afirmación que al pregonar Unamuno a toque de tambores que había que quijotizar a España, o sea, diosizarla, tuvo funestas consecuencias, porque los quijotizados levantaron en nombre de Dios bandera de redención, al abrigo de cuyos pliegues fueron incubando la peligrosa e infraterna cruzada que hemos sufrido todos, ya que quisieron crucificarnos.

"Pero dice más, todos lo hemos leído: «Si el piadoso biógrafo de Loyola tiene por el mayor milagro de éste la fundación de la Compañía de Jesús, ¿no hemos de tener nosotros por milagro mayor de don Quijote el que hubiera hecho escribir la historia de su vida a un hombre que, como Cervantes, mostró en sus demás trabajos la endeblez de su ingenio y cuán por debajo estaba, en el orden natural de las cosas, de lo que para contar las hazañas del Ingenioso Hidalgo, y tal como él las contó, se requería?» Con lo que quiso decir que a Dios y no a Cervantes -y de eso a la doctrina de la revelación hay apenas un paso- tenemos que agradecer que el Quijote fuera escrito, por lo que, como criatura de Dios, no es humano, pues Cervantes se limitó a escuchar la palabra divina, escribiendo lo que Dios le dictaba, ya que el libro, como enviado del cielo a la tierra, es un milagroso regalo que Dios hizo a los hombres, por lo que «tiene vida independiente de la ficción poética cervantina», según la observación unamuniana.

"¿Por qué, pues, debemos preguntarnos, si el libro no era de Cervantes y sí de Dios, quiso apoderarse de él para escribirlo luego a su modo y manera, como había hecho antes el inocuo Avellaneda, sin fijarse, él que tenía inteligencia clara, en que no sólo cometía delito de despojo contra Cervantes, sino contra Dios mismo, al que consideraba como autor verdadero? ¿O es que, tratando de engañarlo, quería presentarse ante El -al que llamaba con gritos desgarrados de angustia para que lo llevara a la gloria en sus brazos, porque lo que con enloquecida pasión anhelaba era disfrutar de los para él inefables goces de la inmortalidad-; o es que quería presentarse ante Dios con su libro misionero bajo el brazo para que, por la hazaña, le fueran perdonados los muchos y grandes pecados cometidos por él aquí en la tierra? La inmortalidad

terrenal, verdadera y única, se la había ganado Cervantes, conocido y amado por los hombres de buen juicio que pensaban con honradez en este ancho mundo, y no era fácil despojarlo de ella escribiendo una vida diferente de la que Cervantes había vivido y escrito de Quijote y Sancho, que fueron hijos suyos, propios, legítimos y de nadie más.

“Nada tuvo que ver Cervantes con Loyola ni ningún trato hubo jamás entre su hijo y el creador de la Compañía. Nada, nada, nada. Cervantes predicó libertad; Loyola, tiranía. Cervantes les dijo a los hombres que fueran libres; Loyola quiso obligarlos a que obedecieran ciegamente a los de superior jerarquía, o sea, los Sanchos a los Duques. El paralelismo que entre Loyola y Quijote establece Unamuno en su *Vida de don Quijote y Sancho*, dando a entender con ello que ambos anduvieron por los mismos caminos de Dios, es forzado y, por forzado, falso. (En la aventura de los galeotes, que Cervantes liberta, Loyola es comisario). Cervantes, hombre bueno y libre, no hubiera pertenecido nunca a la Compañía de Jesús porque no habría abdicado jamás de su personalidad, que tenía en gran estima. Por no abdicar de su hombría, le declararon la enemiga los Lope y los Calderón, los Argensola y los Ercilla, los Góngora y los Quevedo los Garcilaso y los Cetina, todos, cual más, cual menos, viviendo de los favores de la Iglesia o de la Casa Real, todos también cercando a Cervantes, acorralándolo, persiguiéndolo por no aceptar su orgullo que un ingenio lego, como ellos le decían por ser autodidacto, compitiera con ellos en el bien pensar y en el bien decir. Así, estrenan sus comedias los privilegiados Lope, Ruiz de Alarcón, Moreto... y Cervantes no estrena. Lope, que gobierna el reino de la teatralería, levanta ante él un muro de frialdad, que Cervantes hubiera podido derribar con sólo haberse hecho, como su enemigo, esbirro del Santo Oficio. Pero como es un hombre, no claudica ante la guerra que le declara el inquisidor. Poco hay mejor y más noblemente pensado y escrito que las Novelas Ejemplares, que Lope quiso superar con su *Dorotea*. Pero cuando Cervantes dice públicamente, lanzándolo a la cara de sus enemigos como un desafío: «Soy el primero que ha novelado en lengua castellana, que las muchas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son más, propias, no imitadas ni hurtadas», nadie se atreve a desmentirlo, pero si no lo desmienten públicamente, solapadamente estrechan el cerco, por lo que decidido a abandonar Madrid, donde se asfixia, pide ser aceptado como sirviente del cardenal Aquaviva, con el que parte a Italia. Debió de haber sido entonces cuando escribió aquello de «la pobreza envía a unos a la horca, a otros al hospital y a no pocos a la puerta de sus enemigos», concepto no muy reverente hacia su ilustrísima. Y por pobreza, aunque ya había pisado la cárcel, que es lugar de la suma desgracia, dedicó la primera parte del Quijote al Duque de Béjar, pidiéndole protección para ella, y al Conde de Lemus la segunda, aunque, según parece, de poco le valieron las peticiones.

“Aunque los Lope de ayer lo despreciaran, como lo desprecian los Unamuno de hoy, muchos, más de los que se sabe lo aplauden, pues lo ensalzan los hombres sabios y no sabios en todos los rincones del planeta. Uno de ellos, A. Herrero Miguel, dice: «Debemos considerar a Cervantes como era: un artista literario, más sobresaliente en la práctica que en la teoría, grande más bien por sus facultades naturales que por adquiridas perfecciones... Era inmortal a causa de su poder creador de sus recursos imaginativos, su riqueza de invención, su aguda penetración, su humor inimitable, su atractivo sin límites». Y su bondad, señor Herrero, su gran bondad.

“Suele suceder...; no, no: sucede que los hombres buenos van haciendo siembra de su bondad por los campos por donde andan, así como los malos dejan huellas de su maldad por todos los lugares por donde pasan. Y perdónenme, queridos, este paréntesis, que no nos apartará de Cervantes, puesto que a él nos lleva y aproxima.

“Si supiéramos, cuando nos hablan, llegar al fondo de las palabras, comprendiendo su real significado por penetrar la intención de aquel con quien hablamos, conoceríamos a conciencia a los hombres de nuestro trato, no pudiendo ser nunca engañados; pero si esto es difícil conseguirlo durante el diálogo hablado, porque las palabras fluyen y pasan como el viento o

como el agua del arroyo, que ya no vuelven, sí es posible lograrlo en el libro con la palabra escrita, porque a ésta la detenemos, le damos vuelta, la unimos a placer, y cuantas veces necesitamos, a las anteriores y a las posteriores, consiguiendo, por fin, aunque con trabajo, saber lo que el autor dijo, comprender lo que trató de ocultar diciéndolo y descubrir lo que diciéndolo quiso hacernos creer que no decía. Sabiendo leer, y al margen de lo que expresa el personaje que el escritor presenta, entramos dentro del autor y llegamos no sólo a conocerlo, sino a familiarizarnos con él. Así, leyendo a Unamuno vemos actuar al hombre Unamuno, sabiendo a poco cómo se vale de su ingenio para envolver al lector en una especie de neblina que lo aprisiona, obligándolo a que piense como él piensa, a razonar como él razona y a creer lo que él cree. Es decir, lo cerca, lo inhibe, no le permite libertad de acción, no le deja que ame ni odie como al personaje vivo se le ocurriría amar u odiar, sino que le obliga a que ame y odie con el amor y el odio que Unamuno le da, le presta, pone en su corazón. Unamuno quiere llevar a los hombres de la mano por donde a él le place, y cuando no se lo permiten, trata de llevarlos a empujones, a garrotazos. De ahí que insulte, sin pudor -hemos escuchado, doloridos, sus blasfemias humanas-, a los que no se dejan conducir, a los que no aceptan su idea de Dios, a los que se niegan a aplaudir las ideales extravagancias de su inmortalidad llamándoles alcorcoques, zopencos, estúpidos y cosas perores. Leyéndolo despacio, con tranquilidad, con juicio sereno, se llega a una conclusión: don Miguel de Unamuno fue un peligroso megalomaniaco; no permitía que se hablara en el mundo de otra bondad que de la suya, aunque no le preocupaba mucho su facultad de amar; ni otra inteligencia, ni otra sabiduría, ni otra creencia. Así, cuando se dice liberal, pelea, por su exclusivismo, con los liberales; cuando católico, riñe con los católicos; cuando republicano, traiciona a los republicanos; cuando falangista, abomina de ellos en cuanto lo pisan. Don Miguel de Unamuno creó un universo para él, para adorarse.

"Diferente fue Cervantes, totalmente diferente -y no digo contrario porque el autor del Quijote no declaró a nadie contrario suyo, sino que fueron los demás los que se declararon sus enemigos-; diferente fue Cervantes, digo, y voy a hacerles notar la diferencia, sin necesidad de traer a cuento aquella humana locura de libertar a los galeotes, sólo con un pasaje, teniendo en cuenta que las ideas bellamente morales, sólo las crean los hombres nobles.

"No recuerdo bien, si es en su *Persiles*, no tengo el libro a mano y cito de memoria, en el que pinta una escena bellamente conmovedora: eran tiempos de espadachines y por la causa más nimia los hidalgos se trenzaban en peleas callejeras, a veces con el único objeto de probar su destreza.

"En una de esas peleas, un espadachín mata a un joven. Para huir de los esbirros de la Santa Hermandad, que lo acosan, llama a una puerta, le abren, entra y pide refugio a la dueña de la casa, la que se lo concede. Pero transcurridos unos instantes llama la justicia reclamando que le sea entregado el asesino que allí se ha refugiado. La señora lo niega. Se le hace saber que el muerto es su hijo y el que ella protege el asesino. Pero la señora niega. Cuando los de la justicia desaparecen, la madre, hermosamente trágica, tirando al asesino una bolsa con dinero, lo invita a que se vaya, a que huya, a que se salve de la justicia. Ese valeroso y heroico perdón, más que perdón ayuda, pudo ocurrírsele solamente a Cervantes, cuya nobleza le llevó a perdonar a todos cuantos lo agraviaron y persiguieron, pero también a poner en tela de juicio a la justicia de la justicia, que es, más o menos, la misma de ahora.

"Y volvamos al lado de nuestro amigo, aunque es, verdad que ni por un momento lo hemos abandonado.

"Un hijo de la carne se engendra pronto: en un momento de placer o de locura; un libro cuesta más engendrarlo: a veces toda una vida. Y de estas cosas sabrán ustedes cuando sean hombres y no les deje tranquilos, si es que les acomete, el ansia de trasladar al papel sus pensamientos. Algunos afirman, sin fundamento, porque él no nos lo dijo, que fue en Argel,

durante su cautiverio, donde Cervantes concibió su Quijote; otros, que en Argamasilla; éstos, que en Esquivias, no faltando los que aseguran que fue en Sevilla ni tampoco los que sostienen que en Valladolid; pero de pensar es que fue urdiéndolo en su magín poco a poco, en tanto caminaba por pueblos y villorios o descansaba en mesones o cárceles.

“Pero lo importante no está en saber dónde ni cómo lo concibió, sino que radica en los que es en sí, en lo que dice, y más todavía en lo que quiso decir y ocultó diciéndolo. Cadalso, que se esforzó por penetrar hasta lo más hondo de él, dice después de haberlo explorado con detenimiento: «En esta nación hay un libro muy aplaudido por todas las demás. Lo he leído y me ha gustado, pero no deja de mortificarme la sospecha de que el sentido liberal es uno, y el verdadero es otro muy diferente. Lo que se lee es una serie de extravagancias de un loco, que cree que hay gigantes, encantadores, etcétera, algunas sentencias en boca de un necio<sup>6</sup> y muchas escenas de la vida bien criticadas; pero lo que hay debajo de esta apariencia es, en mi concepto, un conjunto de materiales profundos e importantes». Eso que inteligentemente ocultó Cervantes bajo las apariencias, y que era, y continúa siendo todavía, «un conjunto de materiales profundos e importantes» es lo que no pudo ver ni comprender Unamuno. Por eso habló de un libro misionero a lo Loyola, no viendo ni comprendiendo que era un libro a lo Reclús, a lo Tolstoi, si bien se les adelantó en muchos años en sus sentimientos y en sus ideas, pues sin estirar el concepto podemos asegurar que por ser Cervantes el primer anarquista consciente que parió España, *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* fue el primer libro anarquista que se imprimió en sus prensas. Por algo dijo Heine, que fue buen catador y no se conformaba con ver hervir la olla, sino que quería saber lo que se cocía en ella, que el Quijote era la mayor sátira contra la exaltación humana, aunque sin haber hinchado tanto la frase podía haber asegurado que era la mayor sátira contra la loca exaltación de los hidalgos españoles, o exaltados por su locura, vivían en permanente delirio de grandeza, en tanto que los humildes morían extenuados por el trabajo, cuando no por el hambre o las guerras de América, que iban devorando a lo mejor de España.<sup>7</sup>

“Sí, el Quijote es una sátira contra los duques y los cuadrilleros de la Santa Hermandad y contra los Aliaga, confesores de reyes, y contra estos mismos. Y vean, queridos amigos, si tenía ingenio, a pesar de negárselo Unamuno, rector vitalicio de la Universidad de Salamanca, en la que tuvo como ilustre antecesor al Conde-Duque de Olivares, que lo fue, por mandato del Rey, cuando apenas había cumplido dieciséis años; vean si tenía gran ingenio, repito, que hizo reír a los hidalgos, a los bachilleres y a los duques con lo que contra ellos decía, ya que los puso a todos cual digan dueñas en una época en que la Inquisición vigilaba sin descanso, día y noche, analizando, no sólo ideas, sino palabras, y aun letras, para saber qué veneno libertario contenían. Sí, a todos los burló, a los hidalgos, para lo cual hizo de uno de ellos un loco; a los duques, pintándolos como seres orgullosos, vacíos, fatuos y estúpidos; al alto y bajo clero, dándonos dos estupendos retratos, uno del cura de aldea, ingenuo y bonachón, y otro del ilustre y libertino obispo de Mondoñedo, gran pintor de ramerías... Pero si nos hizo reír con el hidalgo, nos hizo verter lágrimas con el labriego, al que quiso más entrañablemente que a don Alonso, conmoviéndonos la dulce ingenuidad humana de su mujer, Teresa, y moviéndonos a lástima las infelices fámulas que oficiaban de dueñas en el castillo.

“Un día, después de haber sido excomulgado por un cura de Ecija, al que le quitó el trigo para la Invencible, que «el viento se llevó», en Sevilla, donde dio a luz otro hijo de su ingenio, *Rinconete y Cortadillo*, comienzo, guía y honra de la novela picaresca, entra en la catedral

<sup>6</sup> Sancho no era tan necio, señor Cadalso. Acuérdesse del gobierno de la ínsula y de cuando crítica a los gobernantes ladrones. Y si hubo necesidad en Barataria, más necios demostraron ser los duques que el hombre honesto que creyó en aquellos burlones, que no obraron en buena ley como el pobre Sancho.

<sup>7</sup> Pero esto de América merece nota aparte, pues si bien es verdad que devoraba lo mejor porque vaciaba los campos españoles en fuerza de levas y más levas, llevando a la juventud a morir en las inhospitalarias tierras de América, se limpiaba a la vez de todo averiado, pues en las galeras con los pícaros iban las pícaras, y los frailes, y los doctores de Salamanca a prostituir, engañar y someter indios.

donde se celebran más que solemnes exequias por la muerte de Felipe II, escandalosos actos de irreligiosidad por la pompa y el fausto que revisten. Presente allí lo «mejor» de Sevilla, llorosos unos, cariacontecidos otros, apenados unos cuantos, se coloca Cervantes, Quijote vivo, al lado del gran túmulo y lee en voz alta, con asombro de muchos y contento de pocos, lo siguiente, que más que sátira rezuma severa crítica para aquel acto carnavalesco:

*Voto a Dios que me espanta esta grandeza,  
Y que diera un doblón por describirla:  
Porque ¿a quién no suspende y maravilla  
Esta máquina insigne, esta braveza?*

*Por Jesucristo vivo, cada pieza  
Vale más que un millón, y que es mancilla  
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,  
Roma triunfante en ánimo y riqueza.*

*Apostaré que el ánima del muerto,  
Por gozar este sitio, hoy ha dejado  
El cielo que goza eternamente.*

*Esto oyó un valentón, y dijo: "Es cierto  
Lo que dice voacé, señor soldado,  
Y quien dijera lo contrario, miente".*

*Y luego incontinente  
Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, se fue y no hubo nada.*

"Y fue él, una vez que hubo terminado la lectura, el que caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo y se fue. ¿Cómo no ser, con su genio y maneras, asiduo visitante de casi todas las cárceles de España?"

Hizo don Hermenegildo una pausa amplia, se pasó la mano por la frente, se atusó su larga cabellera, y continuó en tono más reposado, pero también más firme:

"En sus ratos de ocio, si de ellos disfrutan releen los dos Quijotes, el de Cervantes y el de Unamuno. Y reléanlos enfrentando y comparando cuidadosamente capítulo a capítulo, gustándolos, para que los pensamientos, que fueron y son los que en ellos vertieron don Miguel de Cervantes y don Miguel de Unamuno, se los graben bien en lo más hondo de su ser. Y fíjense en lo que les digo: los Quijotes no son los que hablan aunque así lo parezca, pues los que ponen las palabras en sus labios son los autores, Cervantes en uno, Unamuno en otro; de modo y manera, que al juzgar las razones que allí se dan, al calibrar los pensamientos que allí se estampan al pesar y medir los sentimientos que en ellos viven, con objeto de conocer lo que de humano hay en todo ello, aun sin proponérselos, a quienes estudiarán, pesarán, medirán y calibrarán será a los hombres que fueron Cervantes y Unamuno, por lo que comparándolos con todo cuidado y honradez, sabrán los quilates de hombría que hay en uno y los que hay en otro...

"Dos direcciones claramente expuestas y bien marcadas les señalan los dos libros: una, la de la ciudad de los hombres, como a llamó el obispo de Hipona, y fue en la que vivió Cervantes y por la que llevó de la mano a su hijo legítimo Quijote; otra, la ciudad de Dios, que fue en la que, para su desamparo, quiso vivir y no pudo Unamuno, conformándose con pasear por las imaginadas praderas del cielo a su hijo apócrifo. Y digo que no pudo vivir en la ciudad de Dios aunque lo apeteció con todos los apeteceres de su corazón en delirio y en fuego, en tortura y en

ansia, pero que tampoco pudo vivir, porque él no lo quiso, en la ciudad de los hombres, a los que por orgullo despreció y por soberbia maltrató. ¿Comprenden la tragedia de este hombre? Si la comprenden y sienten en sus corazones doloridos, comprenderán igualmente cómo se malgastó una inteligencia poderosa, dándose cabal cuenta de la lucha agotadora y terrible que sostuvo consigo mismo queriendo y no pudiendo vivir en la imaginada ciudad de Dios, y pudiendo y no queriendo vivir en la real ciudad de los hombres. De esos dos amores contrapuestos, guerreantes y excluyentes uno de otro; de esas dos posiciones intelectuales antagónicas e irreductibles; de ese lógico y natural ofuscamiento en que vivió el hombre sabio; de la niebla moral en que se envolvió, nació *Del sentimiento trágico de la vida*, libro a-humano, monstruoso, que puede ser considerado como segunda parte de su no menos falso y también a-humano *Vida de don Quijote y Sancho*, en la que al hijo de Cervantes no se le encuentra por parte alguna. Según mi leal parecer -y pronuncio esas dos palabras, *leal parecer*, en el tono mayor que puede darles mi honradez-, esos dos libros causaron grandes males a los españoles al querer desviarlos, y lograrlo en gran parte, del camino real de la hombría, para hacerles ir por el hipotético camino del cielo; pero el mal alcanzó también a los hombres de América, ya que, por cariño, nuestros hermanos del otro lado del mar se hallan siempre bien dispuestos a tomar de nuestras manos el alimento intelectual que les ofrecemos. Y si hizo mal a los hombres de América, lo hizo también a los hombres del mundo, pues el virus que ataca a la hombría es tan prolífico como contagioso.

“Pero veámosle, amigos, erguirse, confesando, soberbio y altanero, que escribió *Vida de don Quijote y Sancho* después de haber dado un «¡Muera don Quijote!» -tan contradictorio era que llamaba hoy blanco a lo que había llamado ayer negro-, para en él y con él «repensar el Quijote contra cervantistas y eruditos, para hacer obra de vida de lo que era y sigue siendo para los más letra muerta». Pero aumenta el tono de su despotique cuando argumenta: «¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso? Lo vivo es lo que yo allí descubro, lo pusiera o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo». Y así, poniendo, sobreponiendo y sotoponiendo en un libro ideas y sentimientos que en él no fueron expresados por el autor, no puede juzgarse honradamente ni un libro ni un hombre, porque lo que entonces juzga el juzgador es su propio capricho, o su obcecación, o su fanatismo.

“Hablando del qui jotismo, que él inventó, porque nada tuvo que ver el qui jotismo unamuniano con el Quijote cervantino, dice: «Porque hay un qui jotismo filosófico, pero también una filosofía qui jotesca. ¿Es acaso otra en el fondo la de los conquistadores, la de los contra-reformadores, la de Loyola, y, sobre todo, ya en el orden del pensamiento abstracto, pero sentido, la de nuestros místicos? ¿Qué era la mística de San Juan de la Cruz sino una caballería a lo divino?»...

“Cuando la filosofía, que es serenidad de juicio, conciencia abierta y tranquila, se qui jotiza, vale decir, se hace dependiente de idea o de creencia ajena, deja de ser filosofía; cuando a eso que Unamuno llamó qui jotismo, quiere hacerse filosófico, se disparata. Los conquistadores -y, al hablar de ellos, se refirió, claro está, a los españoles que conquistaron América- fueron no unos qui jotes filósofos, sí unos fanáticos inmisericordes que asolaron pueblos y destruyeron civilizaciones y vidas, y Quijote, el cervantino, ni sometió hombres en su provecho, ni segó vida en su beneficio. No se puede torcer o disfrazar el pensamiento de Cervantes manteniéndose honrado. Porque pudo ser y fue la mística de San Juan de la Cruz caballería andante a lo divino; pero el hijo de Cervantes, aun caballero andante, se mantuvo siempre dentro de lo humano. Para defender la libertad de pensamiento, Cervantes habría peleado contra la contra-reforma, que significó intolerancia en acción, y contra los conquistadores, que destruían a los hombres para que imperara lo divino, ya que la conquista, que empezó siendo eso, conquista y guerra, terminó siendo cruzada guerrera, como lo fue la contra-reforma, y si Loyola fue un terrible e inhumano cruzado -caballero andante a lo divino-, Cervantes aunque recibiera heridas, peleando contra el *infiel*, no fue un cruzado, y menos un místico, y, porque no lo fue, su Quijote

no es una mística como la de Unamuno. El Quijote fue y es una risa, y porque fue y continúa siendo una risa, y los místicos no saben reír, no entendieron el Quijote cervantino.

"Pero sí lo entienden las gentes sencillas. Y tan lo entienden -y ustedes lo saben- que cuando alguien, caritativo, lee en reunión de campesinos, al calor de la lumbre y en noche de invierno, algún capítulo del Quijote, se ríen grandes y chicos y hacen comentarios atinados y agudos. Y si de escenas en el palacio de los Duques se trata, no se ríen de don Quijote ni de Sancho, sino que atacan a los Duques, a los que consideran malas personas por reírse de ellos. Es que en Cervantes, y, por consiguiente, en su hijo, abundan las ideas, sembradas, como el trigo, a voleo en todas sus páginas, y no faltan nunca los sentimientos, y menos los amorosos, de los que el libro está lleno. Sí, sí, aunque Unamuno asegure que don Quijote no peleaba por ideas, sino por espíritu, su padre, que fue realmente el peleador, opuso sus ideas de honradez, justicia y humanismo a las creencias del siglo. Por eso, los Lope y demás consortes, que luchaban por espíritu, lo declararon su enemigo, y por lo mismo no lo quiere Unamuno, empezando por ahijarse al hijo para hacerle decir cosas espirituales que no se le ocurrieron jamás a su padre legítimo.

"Si leemos y comparamos, como deseaba y pedía Unamuno, el capítulo LVIII de la segunda parte del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* con su igual de *Vida de don Quijote y Sancho*, veremos que cuando los labradores, a ruego del caballero, van descubriendo una a una las imágenes que, cubiertas con unas sábanas, estaban unas empinadas y otras tendidas en el suelo -manera intencionalmente poco respetuosa de presentárnoslas-, el autor dice: «Y levantándose (el labrador) dejó de comer y fue a quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge puesto a caballo, con una serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesada por la boca, *con la fiereza que suele pintarse...*», descripción en la que no queda muy bien parado el santo, pues al verla don Quijote se limita a decir: «Este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; se llamó don San Jorge, y fue además defensor de doncellas». En ese tono socarrón habla de las demás imágenes, sin que en sus palabras encontremos la huella de una intencionada reverencia.

"Pero como a Unamuno no le importa lo que Cervantes puso en boca de su hijo -y sólo el creador sabía lo que don Quijote quería y decía-, pone, quita, sobrepone, sustrae, sotopone, omite, aumenta, amputa el texto cervantino, porque, según afirma, «lo vivo es lo que yo allí descubro, lo pusiera o no Cervantes»,<sup>8</sup> por lo que asegura, muy suelto de imaginación y de pluma, que el quijotismo es locura, «locura hija de la locura de la cruz. Y por eso es despreciado por la razón». Y eso no es verdad, porque los caballeros de la Razón, a los que tanto odia, y contra los cuales invitó a los flagelantes a levantar escuadrón, no desprecian a Cervantes, sino que lo tienen en grandísima estimación, porque lo que desprecian, esto sí, es todo aquello que tuerce lo que podría ser llamada doctrina cervantina, lo que desnaturaliza el noble sentido humano de los hechos, lo que se esfuerza en presentar como divino siendo del hombre.

"Cervantes, que no buscó, como Unamuno, la gloria celestial para alcanzar por ella la terrena, que le vino por sus obras y aprecio de los hombres, no se preocupó de poner aquellos anhelos en boca de Quijote, ya que lo hizo hombre, a su semejanza. Como había tratado durante su vida a los que el mundo llama santos varones, no creía, como afirma el señor rector que «la carrera más lucrativa y provechosa (es) la de santo», entendiéndolo por provecho «haber gloria en la otra vida», sino que el hombre de Alcalá se decía a sí mismo que la carrera más noble, aunque menos provechosa, es la de hombre, y a serlo dedicó sus afanes y esfuerzos, esfuerzos y afanes constantes que no permitieron que se apoderara de él el desaliento. De ahí que por

---

<sup>8</sup> Acordémonos que había dicho antes que el Quijote le había sido dictado a Cervantes por Dios, y lo que ahora nos dice es que Cervantes no entendió bien a Dios, por lo que se ve obligado Unamuno a rectificar a Dios y a Cervantes, ya que lo vivo del Quijote es lo que él ve, no lo dictado ni lo interpretado.

ser así el padre, el hijo fuera un optimista, y de ahí también que el hijo ficticio o postizo de Unamuno viviera en angustia.

“Y voy a terminar, que ya llevamos mucho tiempo reunidos aquí y es natural que se vaya apoderando de ustedes el cansancio, si bien dejar de hablar no significará que haya agotado cuanto decir pudiera acerca de nuestra situación como hombres de España, como hombres de América -teniendo en cuenta que nuestros padres hicieron allá sus sementeras-, y como hombres del mundo.

“Lo que les he dicho, que es lo mismo que me han oído durante días, meses y años, no ha sido con la intención de que ciegamente lo sigan, que no busco adeptos ni menos soldados para un escuadrón que no he de formar. Lo que les he dicho no tiene más importancia que la de ser como una obligada confesión a quienes quiero y he de abandonar. Esos dos caminos de que les he hablado, son ya caminos viejos y no me gustaría que siguieran ni uno ni otro, porque se extraviarían. Como español y manchego, yo seguí muchas veces camino paralelo al de Cervantes, aunque llevando siempre el mío, que fue el de la clara y honrosa libertad, por lo que me aparté cuanto pude del que seguía Unamuno, que siempre consideré de oscura tiranía. O mejor: yo seguí el que con lógica, con mi lógica me trace, y dejé el que según dicen algunos debí seguir, el de la fe, que nunca tuve, so pena de que sea llamada fe a la firme creencia de que sólo los hombres, sin intervención divina pueden dar solución a sus graves problemas de convivencia.

“Que le trazaran ustedes camino nuevo a su vivir es lo que me agradecería saber, porque por estos caminos viejos por donde andan los españoles, y que ellos no trazaron, no son los que conducen a climas de libertad que es donde únicamente nacen y crecen nobles sentimientos fraternales”.

Se puso de pie el maestro don Hermenegildo, y haciendo una pausa, agrego: “Es hora de irme, y si les he hablado largamente de Cervantes, si bien no tanto como yo hubiera deseado y él se merece, ha sido con la intención de que no se olviden de quererlo, considerándolo siempre sin hacer caso de de los Unamunos que en el mundo son, como a un compañero, como a un hombre bueno, poco amigo de los poderosos y hermano seguro de los oprimidos. Y he dicho compañero, y bien podría haberlo sido de haber vivido ahora, porque por haber sufrido él cautiverio conoce sus sufrimientos”.

Guardó silencio, nos levantamos de nuestros asientos con ánimo de despedirlo y abrazarlo, cuando sacando un papel del bolsillo y dándoselo al que más cerca de él estaba, le dijo: “Este es el retrato de Cervantes, pintado con la pluma por él mismo. Léelo despacio, muy despacio, comunicando a las frases sentimiento y ritmo, como tú sabes hacerlo”.

Y el joven leyó:

“Este que ven aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes, ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies. Este digo que es el rostro del autor de *Calatea* y de *don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje al Parnaso* y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin nombre de su dueño, se llama comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra”.



Terminó de leer el muchacho, nos abrazó a todos el maestro y se fue, dejándonos en los labios un dulce sentimiento de hermandad y de hombría, que de muy gran provecho nos ha servido a todos en nuestra vida.

## CAPÍTULO V

### CAÍNES y ABELES. UN VIEJO PUEBLO CASTELLANO

Por las espigas que se encuentran en los rastrojos, se conoce la calidad de la tierra que las crió; por las ideas que se hallan en los libros, se conoce la bondad del hombre que lo escribió. Y esto es cierto, exacto.

El sereno ha cantado la hora en la esquina: "Las tres y nublado".

Me había quedado dormido hace un momento porque estuve destilando ideas hasta muy tarde, y, al oírlo, me he despertado con algún sobresalto. También se han despertado los mozos de labranza, levantándose a echar el último pienso de la noche y el primero de la mañana a sus caballerías. Volverán a acostarse otra vez, pero sólo para descabezar un sueño, su último sueño, pues a las cuatro han de levantarse para preparar los arados, revisar collerones y yugos, quizá engrasar el carro, aparejar los animales y estar en los caminos cuando el día venga rayando. Yo también me levanto. Necesito ver al pueblo dormido, y es la hora justa, pues los mozos que salieron de ronda a cantarle a sus mozas ya se han retirado, porque, labradores o jornaleros, han de irse también temprano al campo.

Todo está envuelto en oscuridad; pero como en el campo no está nunca totalmente oscuro y el ojo campesino ve en las semi-tinieblas de la noche, todo lo veo bien, a mi placer y gusto.

Aquí, en las puertas del pueblo, el que fuera riachuelo pedregoso y saltarín y que estos hombres transformaron en sosegada acequia, riega huertas y vergeles, patatares y alfalfares. Ahí, a la derecha, el pueblecillo en silencio; a la izquierda, los anchos campos de sembradío. En los olmos, los nogales, los álamos y los desmayos que bordean la acequia, se oyen ruidillos que parecen suspiros, pensando que deben estar empezando sus diálogos, antes de levantarse, los pajarillos que tienen sus casas en estas arboledas.

En un cerrillo cercano, una ermita, la de San Antón, envuelta en jirones de niebla; en ese otro frontero, los restos de otra la de San Cristóbal; en medio de los dos, un caminillo hondo, cavado por las aguas en la que debió de haber sido hace siglos senda de cabras que escalaba la cumbre. No muy lejos, paredones de un convento, Santo Domingo, hoy desaparecido. A su izquierda, otra ermita, la Concepción, con su vestido viejo bastante ajado, pero en pie todavía, como desafiando el tiempo. Quizá fue la capilla del convento muerto.

Calle adelante -la última del pueblo, la primera con que tropieza el campo-, a la izquierda portadas de casas de labranza, entradas para carros y caballerías, teniendo sus puertas para las criaturas por la calle de Santiago; a la derecha cimientos de las que fueron casas cuando la Reconquista y ahora son terrenos baldíos ahí, a unos cuantos pasos, el antiguo camposanto con sus dos bien determinadas separaciones: la de los cristianos y la de los judíos, llamando así a todos cuantos no fueron católicos. Enfrente enorme caserón medio derruido y deshabitado: la Inquisición. Todavía, cuando las gentes pasan frente a ella les infunde terror,

porque vinieron contándose siempre muchas cosas horrendas de martirios y de tormentos, y en días no lejanos dicen haber encontrado en los muros de sus sótanos esqueletos de hombres emparedados.

Siguiendo por la calle del Fraile, hacia la iglesia; se encuentran, a regulares trechos, hornacinas con sus repisas desportilladas, y restos de “estaciones” en el que fue “camino del Calvario”, todo viejo, medio derruido, abandonado. No tengo que esforzarme mucho para ver por todas partes monjes encapuchados que van runruneando oraciones, imaginándome que en tiempos no lejanos eran, con los siervos, los únicos que transitaban por estas calles empinadas, retorcidas y oscuras.

La plazoleta de la Estrella. En su lado sur hubo una capilla, la de la Virgen del Perpetuo Socorro, entre cuyas piedras amontonadas juguetea ahora, cuando hace sol, las lagartijas. En los otros dos -la plaza es un triángulo-, las que fueron casas de hidalgos en tiempos en que los cides combatían a la morisma.

Calle arriba, por San Nicolás, se llega a la iglesia enorme mole románica de piedra berroqueña, con su torre cuadrada, cuyas caras no tienen otro adorno que aspilleras: debió de haber servido de iglesia y de fortaleza. Desde el campanario, que domina casi todo el término, se divisan caminos y campos. En sus tres grandes naves y en su enorme coro caben holgadamente todos los habitantes del pueblo; sus dos grandes atrios, uno al norte, otro al sur, son como dos grandes plazas enlosadas que separan la iglesia de las viviendas, como si en la construcción hubiera presidido la idea de prohibir que se le acercaran.

Por la calle del Marqués se sube a la Plaza Mayor, que debió haber sido de Armas, y a las Casas Consistoriales, antiguo palacio del que fue señor y dueño de hombres y tierras. Hacia el oeste, la montaña en que fue construido el palacio-castillo está cortada a pico. Asomándose desde los torreones se ven abajo, ya en el valle, otros paredones de conventos desaparecidos y otra iglesia dormida, la de San Ildefonso. Como si hubieran ido pegando las casas a un cono de piedra, el pueblo sube hasta la cima, que el hacha de un gigante partió por la mitad. Por todas partes, claras señales de haber sufrido devastaciones, saqueos, guerras.

Apunta el día; las chimeneas ya van echando humo. En la semioscuridad se ven por las calles algunos hombres y algunos perros. Empieza a retozar la vida. Las mujeres de los jornaleros, con sus infaltables pañuelos a la cabeza, empiezan a barrer y a regar las puertas de la calle, esperando que sus maridos vengán con el pre de casa de los amos.

Contemplo la plaza, limitada por las viejas casas que en días lejanos habitaron señores de armas, la torre, desde la que se ve la llanura hasta la lejanía, los arcos que la adornan y sostienen pesadas techumbres, los portalones, que se asoman a la explanada. Mirándolo todo, como si lo viera por vez primera, recuerdo a mis abuelos cuando sentado con ellos en un ribazo, ahí en el valle, y mirando a la semiderruida fortaleza, me contaban muchas cosas, unas que habían visto y vivido y otras que les habían oído a los suyos, porque, según me dijeron, pidiéndome que yo hiciera lo mismo, vinieron transmitiéndose unos a otros las historias que arropaban dolores desde lejanos tiempos: Cuando en el palacio había fiestas, porque otros caballeros venían a visitar al señor del castillo, se obligaba a las mozas del pueblo a ir al palacio, donde permanecían ocho o diez días, hasta que, cansados los señores de embriagueces y de lujuria, se iban a sus casas. Durante aquellas noches inacabables, que las luces y sombras de antorchas y teas hacían más tétricas, de todas partes salían carcajadas y gritos de holgorio; sólo en las casuchas lloraban los siervos lágrimas amargas. ¡Cuántas y cuántas cosas me contaban mis abuelos, diciéndome que habían llegado a ellos porque venían contándose unos abuelos a otros abuelos, como en secreto, que era secreto de raza oprimida y esclava!

No puedo remediarlo. Mirando la torre de las Casas Consistoriales, que ayer fueron palacio, recordando a mis abuelos y el verso del romance de Machado que en el teatrillo del pueblo recitó en noches pasadas el cómico Esteso, me parece ver, y veo, enganchado en la alta veleta un jirón del ultraje, que ha sido paseado por campos y ciudades para que se grabara en los corazones de los habitantes de la nación ibérica, y para que me estruje el mío y me lo haga doler, me recito a mí mismo en silencio, por milésima vez lo que el poeta esculpió en bien pulido verso para que lo leyeran y aprendieran a despreciarnos las gentes del mundo:

*Mucha sangre de Caín  
tiene la gente labriega.*

Pero anoche, anoche mismo -por eso no dormí tranquilo y salí en la oscuridad a visitar el pueblo para penetrar mentalmente en las míseras casas de estos pobres campesinos, que son mis hermanos-; porque anoche, anoche mismo, por eso está fresco todavía mi dolor, como sangrando, leí, del poeta Machado también, lo siguiente:

*Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,  
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,  
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,  
esclava de los siete pecados capitales.*

Y... lo confieso: se me han nublado los ojos, he llorado. Y no por mí; tampoco por mis buenos y tristes y escarnecidos hermanos campesinos. He llorado por Machado, por el laureado poeta Antonio Machado, que no supo ser bueno, que no pudo ser bueno, que escarneció, sin motivo, a estos hermanos míos, sin que se conmovieran a más débil fibrilla de sus entrañas al verlos tan pobres, tan abandonados, tan desgraciados. ¡Si Machado hubiera escuchado a mis abuelos contar las historias -y aquéllas sí que eran verdaderas- de dolores de los antiguos siervos que fecundaron estos valles!; ¡si, hombre de la gleba, hubiera visto que su hija era obligada a servir de diversión carnal a los señores!; ¡si al casarse con moza que amaba, se hubiera visto obligado a prestársela la noche de bodas al señor, pagando un tributo como derecho de pernada!; ¡si sus abuelos le hubieran dicho que habían sido comprados y vendidos como animalejos!...

Se dice, y con razón, que lo que el escritor pinta con su pluma es siempre autobiográfico. Es decir, que el autor se "escribe" se retrata a sí mismo escribiendo, dice lo que él es aun callándolo, expresa en sus escritos los sueños o los misterios que lleva dentro. Y si así es, y creo que así es, porque nadie puede dar más de lo que tiene, Machado... ¡pobre don Antonio Machado!...

Y, por más esfuerzos que hago, no puedo abandonar la plaza, por lo que continúo aquí, como clavado a mi martirio, leyendo y releendo la impostura que allá arriba flamea, deseando que se me hincue bien en lo hondo para que me haga querer más a esta gente labradora, entre la que se contó mi padre, hombre de tanta hombría y de tan gran bondad; que parecía amasado con harina candeal; y éste que es mi vecino, Colica, que esquila las mulas del pueblo y del que no pudo saberse nunca si era un hombre o un corazón funcionando a bondad plena; y el pastor Romualdo, que da generosamente la leche de sus cabras a los enfermos que no pueden pagarla; y Calabre, prohijador de desvalidos, y tantos y tantos que llevan siempre en los labios la palabra avenidora y hermana, y tantas y tantas mujeres cuyas manos curtidas no conocen la pereza para lavar la ropa de la vecina enferma, y cuidar de sus críos, y limpiarle la casa y prepararle las migas al abuelo...

En cada casa de cada aldea española y labradora se acurrucan por los rincones, avergonzadas de que las vean, generosidades, calladas que no conocen ni pueden conocer los que hacen a las aldeas castellanas visita de médicos, pero que gustan los que en ellas viven y en ellas

gozan al recibir de su hermano labriego palabra consoladora, que es como vino risposo que quiere llevarse para atrás el gañote, pero que una vez bebido calienta y reconforta.

Se habrían extinguido las gentes de los pueblos de Castilla y de España y del Mundo si los labriegos hubieran sido caínes unos de otros y todos entre sí, y perduran y se multiplican porque se prestaron y se prestan unos a otros constante apoyo.

Y es que para querer al labriego y sentirse su hermano sin que su tosquedad hiera ni amengüe el afecto, antes bien lo estimule, preciso es ser humilde rebosando humanidad, que es bondad, e imprescindible haber cavado la tierra a su lado, y haber labrado con él en secadal y haber recibido las bofetadas que en invierno da a los cuerpos sin abrigo el viento helado, y, encorvado bajo un sol achicharrante, haber segado trigo que no había de alimentar a sus hijos, sino a los hombres de la ciudad.

Me salgo al medio de la plaza para poder ver a mi gusto el jirón del ultraje que se mueve allá arriba atado a la veleta y sentir como si con sus vaivenes me abofeteara, y vuelvo los ojos a los hombres que se van a los campos a producir la riqueza de España, para acariciarlos con la mirada, como bendiciéndolos, pensando al contemplar sus cuerpos recios, fuertes, curtidos, contrahechos, que si es bueno que España sea todavía labradora, de desear es que continúe siéndolo por mucho tiempo, porque es de la sangre de estos labradores de la que se nutre la raza, puesto que la vida sana se hace en los campos, no en las ciudades, y si la vida sana y labradora se trasiega de los odres campesinos a los de las ciudades, no pueden ser caínes los que dan, pero tampoco abeles los que después de recibir lo que los labriegos hacen, engrandecen y regalan, los mortifican con sus desprecios y con sus insultos. Por cada onza de sangre limpia y pura que el labrador envía a la ciudad, recibe el campo su buena libra de sangre corrompida que a poco renueva y vuelve a entregar para que los que la reciben tengan fuerza bastante para insultarlo.

Y continúo como clavado aquí en la plaza, mirando a la torrecilla de las Casas Consistoriales, que ayer fueron palacio, porque me imagino que allí flamea al viento un jirón del ultraje que, sin motivo alguno, el poeta Antonio Machado tiró al rostros de estos hermanos míos, y quiero que sea a mí y no a ellos a quien abofetee.

## **CAPÍTULO VI**

### **DON RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, MI AMIGO MARIANO y “LA LÁMPARA MARAVILLOSA”**

Vuelve los ojos a la tierra, que aquí están tus hermanos. ¿No les oyes quejarse?

Querido Mariano:

Bien fuera porque esperaras que al aproximarse la fecha en que se cumple el centenario del nacimiento de tu paisano, quemara incienso en su honor, o bien por haber sabido que estaba enfermo de inquietudes y anhelos, inquietudes por las guerras a que se entregan nuestros hermanos y anhelosas ansias de que depongan sus actitudes de intransigencia, estorbos que les prohíben fraternizar, para alegrar mis horas me enviaste un libro de tu aprecio, *La lámpara*

*maravillosa*, de don Ramón María del Valle-Inclán, y si mucho te agradezco el obsequio, más, mucho más me obliga al agradecimiento la dedicatoria que estampaste en la primera página, porque resalta en ella la intención de allegarme un consuelo: "A mi amigo Miguel, en cuyo corazón hallará eco esta música del corazón de Valle-Inclán. – Mariano".

Gracias, amigo querido, gracias.

Don Ramón fue hombre de mi trato, en lo que a su cualidad de escritor, y sólo a ella, se refiere, pues cuando yo era joven iba leyendo sus libros conforme aparecían. Como leí y leo los de sus compañeros Unamuno, Azorín, Maeztu, Machado, Ganivet y Baroja, aunque, a decir verdad, menos a éste, porque siendo yo un enamorado de la limpia prosa de los primeros que, al decir de Azorín, formaron la generación del 98, Baroja me molestaba y hasta me hería por la manera desmañada de tratar sus temas, a veces contradictorios y no pocas insultantes y escandalosos.

Pero... Y aparece mi primer pero a aquellos hombres que, siendo poetas y patriotas, por andar por caminos tortuosos y oscuros no dieron luz a España. ¿Que en qué me fundo para tamaña afirmación? Ya te lo iré diciendo si dispongo de tiempo para ello y tú lo irás sabiendo si tienes la paciencia de leerme.

Lo primero con que me topo al abrir el libro que me has obsequiado, es con lo siguiente: "Sé como el ruiseñor, que no mira a la tierra desde la rama verde donde canta". Preciosa frase, ¿verdad? Sí, sí, preciosa, qué duda cabe, pero engañosa y, más que engañosa, falaz. Si no miro a la tierra por donde tú, mi amigo, andas, sufres y gozas, ¿a dónde he de mirar? ¿Y para quién, si no es para ti, ha de ser mi cantar? Para ti, hombre amigo, que me acompañas por los caminos del vivir, alisándolos; para ti, que me ayudas en mis trabajos y estimulas en mis afanes; para ti, que con tu bondad haces que sean menos mis llantos al aliviar mis duelos.

No soy, amigo, ni quiero ser como el ruiseñor de Valle-Inclán, porque mi ruiseñora anda buscando por entre los terrones de la tierra semillitas con que alimentar a sus hijuelos, y me dolería dejarla sola en tan noble tarea. Además, ¿por qué ni para qué, me digo, pasar mi vida mirando a las frías estrellas que ni sienten mis sentires ni entienden mi lenguaje, y no mirarla a ella, que es mi cálido amor, haciendo cuantos esfuerzos pueda para satisfacer sus ansias, robándole las penas para transformarlas en mi corazón en alegrías y volver a regalárselas?

Pero sigo leyendo: "En la exégesis teológica de la vida, amor y dolor son el símbolo de la vida humana y nunca, van deshermanados". Y no, amigo, no. En la vida del hombre, diga lo que diga el poeta que no mira a la tierra, por tener los ojos clavados en el cielo, amor y alegría van siempre de la mano. Si amor fuera dolor, el hombre no amaría. Y ama porque amor le llena el corazón de dicha. Y esto, créelo, al margen de la teología, que no sólo no es vida, pero ni aun concepto de vida.

Y continúo: "Aquellos reyes de resplandecientes armas, aquellas princesas convulsas de un terrible mal, nos conmueven con otra eficacia que las cuitas de un mendigo". Podría suceder, y no quiero dudar que eso fuera verdad, pues cuando un poeta lo asegura es que a él le aconteció. Pero si echo en mi alambique los fundamentos de la emoción por él sentida ante las princesas convulsas de un terrible mal y ante los reyes de resplandecientes armas, me encontraré con que el conmovido sufría delirio aristocrático, y ése sí que es un mal terrible. Don Ramón María habría derramado lágrimas de dolor -él que apenas podía llorar-, ante la tumba de Alejandro, sojuzgador de pueblos; pero al verlo llorar se hubiera reído Diógenes, como se rió del más florido de los reyes de Esparta. Y Diógenes, cantara lo que cantara el poeta de los amores alejandrinos, fue el hombre más hombre de Atenas, siendo, no obstante, el de menos belicosas armas.

Y copio más: “El amor nace de la entraña cristalina del día”, afirma el poeta, uniendo artificiosamente dos bellas imágenes, el amor y la luz. Pero no lo creas, Mariano, no lo creas. Para los que amamos, y porque amamos lo sabemos, nuestro amor nace en nosotros, por lo que podríamos asegurar que el amor nace de la entraña cristalina del hombre, ya que el día carece de amor, en absoluto: de amor y de luz, que la luz no es del día aunque lo haga claro. Si pudiéramos imaginarnos al planeta sin hombres, a pesar de la ininterrumpida sucesión de los días no habría en nuestra casa ni amor ni luz de amor. Somos las criaturas humanas las que hacemos o no hacemos luminosos los actos del vivir. Y amor es acto, el más bello y fecundo.

“Mirar atrás con el dolor de haber vivido es pasar bajo el arco de la muerte”, expresa en un lamento, como si se viera amortajado con los míseros despojos de sus acciones. Amortajado y en una celda de un convento oscuro en la que no entra la luz del hombre, porque esta *Lámpara maravillosa* que me has obsequiado, es la obra de un monje encerrado en la celda del tiempo, fuera de lo humano, al margen de lo humano, contra lo humano. Buceando en los mares del tiempo extrajo perlas, negras, por viejas, y compuso con ellas oraciones que suenan a mundos muertos. Y esas oraciones sibilinas, que no suenan a vida viva, envenenaron en su tiempo a los españoles y continúan envenenándolos. Porque el monje Valle-Inclán no enseña a amar. Y no enseña a amar, porque no ama. Y porque no ama, no toma a los hombres como a compañeros de camino. Como no los tomaron tampoco ninguno de sus amigos del 98. ¡Ninguno! Podían haber creado un nuevo renacimiento, tenían el tono, sacando a los españoles de la Edad del Llanto, predicada por Unamuno, en que estaban hundidos, pero no supieron. Y no supieron porque, aunque hablaron de luz, tuvieron miedo a iluminar sus caminos y sus palabras con luz humana, que es luz de amor. Así, en la oscuridad que ellos ayudaron a hacer más oscura, llegó la Falange, a cuya gestación habían ayudado (por voluntad, por ignorancia, por miedo o por desidia), y unció a los españoles a su carro poniéndoles el ominoso yugo.

“El último y más levantado tránsito de la intuición estética es el amor con aniquilamiento, renuncia y quietud”, infundió a-humano que bien podría haber firmado cualquiera de sus congéneres del 98, porque todos vivieron cantándole a la muerte, fundamental motivo por el que no pudieron enseñar a sus hermanos ni a vivir en libertad ni a amar en alegría.

No estaban preparados aquellos hombres para el amor humano, lo reconozco. Patriotas, aceptaron como símbolo y norte de sus vidas un número funesto, el 98, año que consideraron como el de la desdicha nacional por haber perdido los gobiernos españoles las últimas colonias de España, y atados al año y barrenándoles el corazón el virus de la desdicha al ver como veían a su patria en dolor, de su angustia y de sus plumas chorrearon quejidos cuando no maldiciones, y si los llantos aflojan los resortes del ánimo prohibiendo obrar, las maldiciones no invitan nunca al trabajo creador. Encerrados en jardines de ensueño, dedicaron su vida a cultivar palabras, sólo palabras carentes de olor y sabor a vida, vistiendo sus ideas con pingajos de sedas que encontraron entre los escombros de palacios y conventos de la Edad Media y esforzándose en adornar con ellos a España, su dulce amada. Por eso confiesa Valle-Inclán: “Voy por el mundo con los ojos vueltos atrás”. Y así, suspirando por el siglo XIII y de espaldas a la vida fueron todos ellos, por lo que no pudieron dejar a sus hermanos ni camino por el que fueran hacia un hermoso futuro ni aun esperanza de ruta clara, ayudando, en cambio, a que, por confusión de ideas (oscuridad) perdieran su rumbo, se extraviaran.

Y... perdóname, mi amigo, perdóname. Quisiste iluminar mis oscuras nostalgias para que fueran más blancas y se me hicieran más llevaderas, y has agrandado mis heridas al remover posos que dejaron en mi corazón ideas de poetas que, disfrazados de liberales, sembraron en España simientes de tiranía para que cosecharan un día los españoles llantos y penas. Y don Ramón María del Valle-Inclán, como sus amigos del 98, fue uno de los muchos intoxicadores que hubo en España.

Salud, salud.

## CAPÍTULO VII

### ¿ESTÁN REÑIDOS EL ESTETISMO Y EL HUMANISMO? A LA VEZ QUE TRIGO, ¿CULTIVAN TAMBIÉN AMOR LOS CAMPESINOS?

No te enorgullezcas de lo poco que sabes y desprecies al campesino porque ignora algo de lo que tú aprendiste, pues si te detienes un momento a pensar, sabrás que él podría conocer cuánto conoces si hubiera tenido como tuviste tú, quien le enseñara. Pero sabrás más todavía: que ese hombre que desprecias conoce muchísimas cosas de las que tú no tienes la idea más remota.

Destilados esta noche en mi alambique unos libros de Baroja, han dado un caldo turbio, sucio, en el que bailaba una palabra torpe y bronca que el autor les había tirado con honda a los campesinos para descalabrarlos: *gentuza*. No la pronuncio, la escribo y la trago, y al tragarla, me deja en la garganta y en el corazón amargores de hiel. Y pienso, al tragarla, que Baroja, si buen escritor, no fue un hombre cabal, un hombre de bien, pues ningún hombre de bien, ningún hombre bueno, insulta nunca a nadie y menos todavía a los desvalidos. De igual manera pienso de Antonio Machado, poeta admirable, que nos dijo caínes a los campesinos, y, después, cosas todavía más feas y peores. Pero mi gran destilación de esta noche ha sido de libros de Unamuno, habiendo echado también al alambique, por equivocación, uno de Azorín, que fue a la caldera sin yo quererlo, revuelto, por distracción mía, con los del señor rector.

De los libros de este hombre, al que admiraban y casi reverenciaban muchos campesinos, han chorreado los desprecios, haciéndole coro Azorín, "el hombre de Castilla", tenido por algunos como el más refinado esteta. Y no me ha dolido tanto la pedrada de Baroja, porque una piedra la tira a otra persona cualquiera que tenga mano dura y pocos escrúpulos de conciencia, como lo que dicen Unamuno y su seguidor Azorín, pues la pedrada, por no ser corriente que un escritor vaya tirando piedras por las calles como los muchachos mal educados les tiran a los perros, aunque me haya dolido, me ha hecho sonreír, en tanto que esos dos magníficos escritores me obligan a pensar que debieron haber tenido grandes motivos para hacer público su desprecio, u obedecer a alguna causa ética o estética, que a nosotros se nos escapa, pero que deberíamos procurar conocer, pues si ninguna persona sensata insulta a nadie sin causa ni razón, menos se puede insultar sin motivo a media España, ya que en los tiempos en que escribían estos patriotas, la mitad, por lo menos, de sus habitantes eran gentes de campo. Y nos conviene conocer los porqués de tales desprecios para que si sus razones fueran tan humanas como fundamentales, empezar a propagar la necesidad de que nos despreciemos todos, metiendo, por supuesto, también a ellos en el saco de los desprecios, para ver si de ese modo, tirándonos piedras o mordiéndonos unos a otros, arreglábamos a España, y si nos pareciera que ni el camino del desprecio ni el del odio, por ásperos y pedregosos, eran por los que pudiera andarse tranquilamente, trazar otros nuevos y lisos por los que pudiéramos llegar a la cordialidad, a la concordia.

Sucede a veces que por un acto de ligereza, sin detenerse un momento a pensarlo, se dice o escribe una tontería, una simpleza, como también que, por construir una frase que agrada o haga reír, se incurre irreflexivamente en el agravio. Pero si eso puede sucederle a un hombre no acostumbrado a hablar o escribir para el público, imposible que lo hagan hombres que escriben a diario y saben que millares, millones de personas tiene puestos sus ojos en ellos, y tanto su mente y su corazón como sus ojos. Luego si estos hombres no pueden insultar por ligerezas, desatan su manojito de insultos queriendo, o como decimos nosotros, a sabiendas y a

queriendas, o sea porque quieren insultar, porque gozan ultrajando a quienes odian, pues el ultraje es un goce que a sí mismo se proporciona el odiador.

De sus andanzas por España, Unamuno acumuló gran caudal de experiencias, aunque algunas amargas: una, la de que los campesinos, por rudos, toscos, duros y zafios, estorban en el paisaje, lo que, a poco, repite, agranda y pule Azorín en un momento de sugestión unamuniana o de atolondramiento, así quiero creerlo, porque el dicho equivale a asegurar que estorban en España, ya que toda España es paisaje: paisaje sus montañas, y sus llanuras, y sus sembrados, y hasta sus pueblos y sus aldeas, en los que trajinan las criaturas, si bien montes lejanos, trigos cercanos, vergeles a la vera de caminos y acequias y ausencia humana no dicen nada, no comunican sentimientos, no hablan. Pero en un amanecer asoma por el altozano un borrico sobre el que viene un zagalón cantando, y se visten los montes de luz, y le sonríen al zagal los trigos, y le cantan los panizos de los vergeles una canción fecunda, porque contestan al saludo del hombre, que los acaricia con la mirada...

Pero volvamos a la frase unamuniana y con ella a la rudeza y dureza y fealdad de los campesinos, porque también vuelve él a repetirlo a lo largo de su vida, como si llevara esa idea clavada en su mente. Asegura nuestro sabio rector que “el campesino es tosco porque Dios lo hizo tosco, y como en la tosquedad no puede albergarse sentimientos nobles, los estetas no pueden amarlos porque sólo aman lo bello creado por Dios”. Y ya vamos viendo y comprendiendo los fundamentales motivos por los que estos hombres, que tan galanamente saben decir las cosas, desprecian a la mitad de los españoles -a la mitad o más del género humano, ya que la mitad, o más, de los hombres del planeta viven en el campo y del campo-; desprecian a la mitad de los españoles, repito, hasta el punto de afirmar que son incapaces de albergar sentimientos nobles. Estos señores despreciadores son estetas, por lo que con justificadísima razón -razón estética- anteponen su estetismo al humanismo, al sentimiento humano, y esto sí que no es noble. Es decir, los campesinos toscos, rudos, duros, quemados por los soles y los hielos, deformados por el trabajo son antiestéticos, o, lo que es peor, no son humanos, y lo no-humano o anti-humano no sólo no merece ser querido sino que debe ser despreciado, rechazado, apartado de las demás criaturas y hasta del paisaje, para que no lo enturbie, para que no lo ensucie. Y pienso con dolor que con ese rencoroso desprecio no desprecian más que los que odian, los que llevan el odio soldado a su corazón.

Pero ¿por qué ese odio?, continúo preguntándome, deseoso de llegar hasta el hondón de él para tocar, palpar, ver y conocer el sentimiento que lo genera. Y destilando y analizando otra idea de Unamuno -destilación y análisis que tan poco agradaba a Menéndez y Pelayo-, iré sorteando obstáculos y viendo más claro. Esa idea es ésta: “La civilización empezó el día que un hombre, sujetando a otro y obligándole a trabajar para los dos, pudo vagar a la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajos de lujo. Fue la esclavitud lo que permitió a Platón especular sobre la república ideal, y fue la guerra lo que trajo la esclavitud. No en vano es Atenea la diosa de la guerra y de la ciencia. Pero ¿será menester repetir una vez más estas verdades tan obvias, mil veces desatendidas y que otras mil vuelven a renacer?” No, don Miguel, no es necesario repetirlo; ¿para qué, si ya lo voy entendiendo y sabiendo por lo que le leo? Usted, querido señor don Miguel de Unamuno, sabio rector de la Universidad de Salamanca, y aspirante al rectorado de las Españas, no quiere ni puede querer a ningún campesino, casi todos descendientes de antiguos siervos, porque ve en cada uno a un esclavo, y al esclavo, al que, sometido, se le obliga a trabajar en beneficio propio, sin tener en cuenta su dolor y su angustia -angustia que no pertenece a la misma familia moral de la que usted nos habla-, no puede quererle. Usted, don Miguel es un esclavócrata, y si, como esteta, detesta, por bárbara, esa cruda palabra, la dulcificaré llamándole esclavista, y, como platónico y partidario de la república ideal del filósofo heleno, quien aseguraba que debían gobernar los mejores, que para él eran los filósofos, la república con que nos hubiera obsequiado usted a los españoles; de haber sido, como “el mejor”, su Presidente, habría tenido como fundamento, o basamento, la esclavitud, que por algo era usted profesor de griego y admirador de Esparta.



Usted, con sus filósofos, a gobernar; nosotros, despreciados y despreciados campesinos, a trabajar para que los amos de esclavos, ustedes, pudieran "vagar a la contemplación del mundo" y disfrutar de "los trabajos de lujo" que para ustedes hiciéramos nosotros. No es necesario que lo repita, don Miguel, puesto que por ser usted un artífice de las bellas frases nos lo hace ver y comprender con meridiana claridad. Así, porque la guerra da paso a la esclavitud y usted es guerrero y esclavista, desde la alta tribuna de la universidad la pregona, tratando de apartar a sus jóvenes discípulos de los peligrosos caminos de la tolerancia que son los que llevan a casa de la estúpida cordialidad: "La guerra -explica usted, después de muy bien fundadas, enjundiosas y estéticas razones- ha sido siempre el más completo factor de progreso, más aún que el comercio. Por la guerra es como aprenden a conocerse y, como consecuencia de ello, a quererse vencedores y vencidos". Es decir, que únicamente guerreando, matándonos unos hombres a otros podemos querernos y ser felices, y como es imposible alcanzar la felicidad aquí en la tierra, según usted, que lo sabe, nos asegura, una vez muertos la disfrutaremos en el cielo, pues las almas, cuando son libertadas del maldecido y execrado cuerpo, van, directas, a refugiarse en el seno de Dios. Ya nos lo dijo usted en limpia prosa: "Sólo sirve la vida en cuanto a su dueño y señor, el espíritu, sirve". Por esto invitaba usted a su amigo a formar el escuadrón de los flagelantes y los convulsionarios, reviviendo aquellos tiempos felices y beatísimos, del milenario, en los que se vivía sin trabajar, esperando la muerte y adorando a Dios, pues como "no hay, en rigor, fundamento más sólido para la moralidad que el fundamento de la moral católica (según usted dice y afirmó antes Ganivet), el fin del hombre es la felicidad eterna, que consiste en la visión y goce de Dios por los siglos de los siglos". ¿Por qué, pues, no morir gustosamente, como los del milenio? ¿Y por qué no matar con refinado placer, sabiendo que, al matarlo, se le presta vivo un gran servicio enviándolo al cielo para su goce eterno?

¡Ay, don Miguel, don Miguel, cómo nos va mostrando usted, muy gustoso por cierto, tal y como un padre amatísimo lleva a su hijo de la mano hacia lugares de su predilección, el parentesco espiritual, moral e ideológico que tiene y mantiene con el falangismo! Por algo nos dice usted con mucha frecuencia que siente grandemente no poder vivir en el siglo XIII, en plena Edad Media que es a donde el Vaticano -y usted- con Franco como instrumento de regresión han llevado a España. Y no me diga paternal don Miguel, que le insulto, que yo no hago más que espulgar -no expurgar- en sus libros y traer a la plaza algo de lo mucho malo que encuentro en ellos, porque ¿le parece que puede haber para mí algo peor que querer reducirme a la condición de ser su esclavo para que yo, uncido al yugo, trabaje para usted, proporcionándole lujos como el de vagar, sin preocupaciones, para contemplar el mundo a su gusto?; ¿y considera que he de aplaudirlo cuando viviendo, por ser campesino, en el paisaje, lo que quiere decir que lo mío y yo somos paisaje, usted pensador y filósofo y esteta, me grita que me quite, que me retire, que me aparte, que me salga de la que es mi vivienda, porque mi rusticidad le estorba y le molesta, prohibiéndole contemplar a su placer los pinos, las carrascas y los trigos que yo he sembrado y debo cosechar y trillar y moler y amasar y convertirlo en pan y, como esclavo suyo, servirlo a la mesa, lo que me dice que usted me concede menos valor que al pino, la carrasca y el trigo, porque sólo con esclavos puede civilizarse España? ¿Tan perturbado lo tiene el amor a su novia la Muerte, para no darse cuenta de que se entrega a actos delictivos al pregonar falsedades desde su tribuna universitaria, como es la de conceder a unos hombres el criminal derecho de esclavizar a otros, haciéndoles creer que para ejercerlo deben cobrarle a la humanidad un tributo de sangre, una terrible e inhumana contribución en muertos? ¡Y habla usted del sentimiento trágico de la vida! El nuestro sí que es sentimiento trágico, porque nos hacen ustedes vivir en tragedia al condenarnos a ser sus esclavos; ustedes, los esclavistas, que ni ven ni sienten porque en fuerza de querer espiritualizarse se han deshumanizado.

El que cava en la huerta y al clavar la azada, por descuido corta una raíz de la planta que iba a recalzar, aunque cause un mal, porque puede morir la planta, no es mal irreparable, pues la de al lado, al gozar de más aire y más tierra nutricia, le como pensará el daño con mejor fruto. Pero

el intelectual que lanza a la circulación un pensamiento que envuelve una intención dañina, o que invita a un hombre a despreciar a otro, o, lo que es peor, le convence de que debe matarlo, por lo que cierra a una parte de la humanidad los caminos del vivir y del crear, ése, sea quien sea y ocupe la posición jerárquica que ocupe, comete un crimen del que la humanidad no puede resarcirse.

Cuando el sentimiento estético, unido al sentimiento religioso, me aparte del hombre por prohibirme quererlo, a la estética la declaro mi enemiga por inhumana, y sentimiento estético que se interpone entre el hombre y yo es sentimiento nocivo a la salud de la humanidad a que pertenezco. Así, lo que el esteta considera sentimiento superior, lo diputo inferior, pues esa estética, que no es belleza, sino concepto de lo bello, tiraniza hasta hacer que el hombre arranque de su corazón y tire al arroyo, "para que los lobos los devoren", los sentimientos fraternales. Algo tiene de bello el labrador que nos da el pan que nos alimenta; algo, el pastor que cuida las ovejas que nos ofrecen la lana con que nos abrigamos; algo, el carbonero que en la soledad del monte corta y apila leña para hacer el carbón con que nos calentamos. Los que saben ver ese algo bello que, independientemente de su rudeza, existe, en los hombres de campo, son, además de estetas, hombres buenos, y, para la humanidad, la bondad es lo que vale y cuenta; los que no saben verlo, se quedan en estetas, quiero decir, en seres infecundos. Se dice -y con seguridad conoció usted este cuento que pudo ser, historia-, que iban en cierta ocasión huyendo Jesús y sus discípulos. Un pequeño grupo de éstos iba delante; otro, detrás, con el maestro. El delantero se tropezó con un perro muerto tirado en el camino, y los apóstoles, para evitar a Jesús el espectáculo, se disponían a retirarlo cuando llegó él. Preguntó qué pasaba, le mostraron el perro que trataban de ocultarle, se inclinó, dirigió su mirada a los dientes blanquísimos, apretados, iguales, limpios, que resaltaban en medio de la carroña, y señalándolos les dijo: "Ahí está la belleza".

Porque la belleza no es lo que en sí representa, sino lo que cada uno a su modo y manera concede de bello a la cosa vista. Los órganos del esteta, ciertos órganos, se han desarrollado más que los del Campesino, se han atrofiado otros, y siendo diferentes los de éste y los de aquél, diferentes son sus gustos y apreciaciones. Unamuno, según confesión propia, se extasía ante los cristos sanguinosos, renegridos, mustios, semi-ocultos en la semioscuridad de las capillas catedralicias; Valle-Inclán se conmueve hasta las lágrimas al imaginarse a princesas convulsas de un terrible mal; el pastor se emociona cuando encuentra y levanta a un corderillo que una oveja extraviada ha parido al abrigo de unas matas; el labrador siente un placer, sólo por él gozado cuando después de un año de afanes ve colmadas sus esperanzas al contemplar su bancale de trigo ya granado; el carbonero, solo en el monte, siente retozarle la alegría por todo el cuerpo cuando mira, ya apagada, la gran pila de carbón que su trabajo y su saber produjeron. De él comerán sus hijos.

Las relaciones de los hombres con los hombres y con las cosas no son para todos las mismas. Un hombre de la ciudad ve un amanecer con ojos diferentes a los del labriego, porque éste, aunque no lo quieran Azorín ni Unamuno, es cosmos, está dentro de él, fundido en él. Lo exterior no tiene relación, para algunos, más que con la mente; así, el pastor ve a sus ovejas no como el hombre de la ciudad, en cromo, sino que por mirarlas con mirada tierna, amorosa podríamos llamarla, las siente como a cosa propia, como a familia. Resbalan por la vista del uno; por los ojos, le bajan al otro al corazón, las quiere con un amor que no sentirá ni comprenderá jamás el ciudadano. En las noches estrelladas y claras, este hombre, mientras rumia su ganado, solo entre cielo y tierra, habla con las estrellas, les pone bellos nombres, las espera, ya que cada una tiene su hora de ronda y de llegada, le dicen, cuando aparecen, la hora que es, y, mientras dura su visita, él les cuenta su vida y ellas le explican los sucesos de la tierra, que presencian, pues en esas noches blancas, bellas y gozosas, durante el diálogo desfilan ante él su propia vida y las vidas con las que estuvo en contacto real o imaginario. Si supiera escribir como sabe pensar y sentir, el pastor escribiría cada anoche un libro sencillo y noble, bello y profundo.

Y así el labriego. Sabe el labrador, y saber es, que si quiere cosechar, tiene que sembrar y, antes, preparar la tierra para la sementera; y porque sabe eso tan sencillo y hace práctico su saber, siembra y cosecha. Y eso, rudeza y fuerte trabajo, es, además honradez y sabiduría. Nada espera de nadie: ni del gobierno, ni del partido, ni del sindicato, porque si su bien lo esperara de fuera no trabajaría. Un año transcurre desde que prepara la tierra hasta que cosecha. Sin embargo, cada día en una cosa -orden perfecto-, no para su trabajo, esperando con paciencia sus frutos. Y nótese la diferencia entre quien por escribir mintiendo o mentir escribiendo cobra soldada y quien con su sudor amasa el pan. Pues bien: si lo que los filósofos llaman *valores*, y son valores de hombría, están a favor del campesino, quienes lo desprecian no han escalado las altas regiones humanas en donde la hombría vive tranquila. O lo que es lo mismo: los que desprecian, no trabajan por la concordia entre *todos* los que componen la humanidad.

Cuando algo nos interesa o nos conmueve, nuestro organismo -la mente forma parte de nuestro cuerpo-, va creando poco a poco un pensamiento. ¿A qué responde? ¿No será a la representación interior de un deseo o de una visión humana? Si así es, por el pensamiento expresado conoceremos los deseos del hombre. Si ese pensamiento expresa bondad, responderá a un sentir bondadoso; pero si ha sido movido o engendrado por un sentimiento de desprecio, nos dará, como expresión de ese sentimiento corporal u orgánico, un pensamiento guerrero. O sea: la paz orgánica el sosiego del cuerpo origina un pensamiento suave, dulce, fraternal, armonioso, en tanto que un desequilibrio orgánico, una visión deformada de la vida, nos ofrece un pensamiento infraternal, innoble, inhumano.

Del ojo al cerebro se produce una conducción de la imagen. ¿Qué conduce en algunos hombres, ¿el desprecio? Luego el desprecio puede generarse en la retina, que es la primera que recibe la impresión anti-estética. Ahora bien, la mente de los seres altamente morales ¿no rectifica la impresión de desagrado que el ojo le transmite? En este proceso de querer o rechazar, ¿no entra en juego la razón, rectificando lo que el sentido de la vista le envía? Si cerramos los ojos, ¿no continúa *viendo* nuestra mente? Y, por ver, ¿no sigue razonando? Y, por razonar, *sabiendo* ya que el mundo está representado en el hombre, en todo hombre, ¿no consideraremos al labriego, por pertenecer a ese mundo, hermano nuestro? Yo no sé qué pensar del religioso que dice que "todos somos hijos de Dios" y trata a su hermano como el lobo al cordero.

Estoy razonando, no acusando; pero aun no acusando, como trato de llegar al hondón de la vida humana, en donde se generan sentimientos que considero contrarios a la buena armonía que entre los hombres debe existir, me pregunto: ¿es humano o infrahumano el desprecio?, ¿es humano o infrahumano el odio?, ¿es humana o infrahumana la intolerancia?

Por no lastimar a nadie, o lastimar menos a quien pudiera sentirse ofendido, no me contesto a mí mismo esas preguntas. Las dejo ahí, como tiradas en medio de la calle para que las recoja quien quiera recogerlas y se las conteste, diciéndose en su corazón si el odio intolerante puede ser lazo de unión entre hombres, o es, en cambio, la bondad, el amor, el sentimiento que, por tolerarnos y querernos, puede llevarnos a una convivencia armoniosa, creyendo yo que proporcionarán mayores beneficios a ellos y a sus próximos los que amen que los que odien, porque ni el odio ni la intolerancia son valores humanos, aunque se atreviera a recomendarla Menéndez y Pelayo.

Sentir el placer de proyectarse en otras criaturas es despertar en sí mismo la simpatía; es dar nacimiento, por propia voluntad a un sentimiento cordial; es crear en nuestra mente nuevas ideas de aproximación al desterrar las de desprecio, odio e intolerancia; es ser otros a los que fuimos; es trabajar, con la conciencia limpia, por la concordia humana, sintiéndola en nosotros; es, en suma, ser buenos.

Al margen de la paternidad física, pero íntimamente relacionado con ella, existe en los hombres, labriegos o letrados, un sentimiento paternal que lleva consigo el deseo de continuarse de algún modo en otro ser. Si este sentimiento paternal que acompaña a la vida moral del individuo, mejor, que es el fundamento de la vida moral, les falta a los que escriben, esos hombres se quedan como anclados en la literatura, es decir, son literatos, estetas que aman las cosas que ellos tienen por bellas, pero que no aman al hombre, su semejante, y esos literatos, esos estetas pueden llegar, por carencia de amor humano, a las mayores y más terribles aberraciones, como es la de pregonar la esclavitud y la guerra como finalidad moral de nuestra especie.

Si viviera Unamuno, yo le invitaría cordialmente a sentarnos frente a frente a razonar sobre estos problemas del respeto, aunque él era poco amigo de la razón. Y le diría: Antes de ir a América, su padre debió de haber sido pobre, viéndose obligado a emigrar. En México, y en comercio con los indios -no quiero decir explotándolos, aunque aquéllos eran tiempos de esclavitud- ganó dinero. Volvió a España con oro, y con él pudo pagar la educación de usted. Si no hubiera podido pagarla con aquel oro, ganado en América, en comercio con indios, usted no hubiera podido estudiar, y, sin instrucción, hubiera tenido que trabajar, para otros, en los más innobles y penosos trabajos, siendo jornalero en el campo, o minero en las minas, o cargador de barcos en los muelles de Bilbao. Por el rudo y brutal trabajo, sus movimientos hubieran sido torpes y tardos; sus manos, callosas y sin gracia; su piel, tostada; su mirada, sin brillo, opaca; quizá un rictus de dolor y de protesta hubiera endurecido sus facciones, porque hubiera quedado impreso en ellas en permanencia. Si, viéndolo, se le hubiera ocurrido decir a alguien, escritor o esteta, que Dios lo había hecho así, tosco, se habría engañado, y más si, por su tosquedad, lo hubiera considerado indigno por incapacidad de albergar un sentimiento noble, como se equivocó usted al juzgar de esa manera a los labriegos españoles. Piense en todo eso, don Miguel, piense en todo eso. Porque si su padre, que por pobreza emigró a América, no se hubiera agenciado allí oro con que pagar sus estudios, usted, que, por haber podido estudiar, no me quiere a mí que no estudié por ser pobre mi padre, hubiera sido rudo, tosco, quizá eternamente malhumorado, ya que lo fue siempre a pesar de haber gozado de riqueza y honores, y no hubiera merecido desprecio, sólo por su rudeza y por su pobreza. Piénselo usted, don Miguel, piense en eso. Y dígales a sus amigos Baroja y Azorín, Valle-Inclán y Machado, que también ellos hubieran podido ser carboneros, o pastores o jornaleros, que es todavía más duro que ser labrador. Sin embargo, si hubieran sido pobres y toscos y contrahechos y hubieran ido mal vestidos y peor comidos, no hubieran sido merecedores de desprecios, sino, antes al contrario, de compasión. Mi padre fue un campesino, quizá descendiente de los hijos de la gleba pero eso sí, un hombre magnífico. Piense en todo eso don Miguel, piense en todo eso para que no vuelva a decir cosas feas y nefandas de los pobres que no tuvieron, como usted, un padre que hubiera emigrado a América para volver, como indiano, con oro para pagarle los estudios.

Hago punto, por hoy, a este soliloquio al pie de mi alambique, no sin que me recite a mí mismo en voz alta lo que para todos canto un poeta américo, Rubén Darío:

*Pasó una piedra que lanzó una honda;  
pasó una flecha que aguzó un violento.  
La piedra de la honda fue a la honda  
y la flecha del odio se fue al viento.*

## CAPÍTULO VIII

### HOMBRES DE LAS CIUDADES Y HOMBRES DE LOS CAMPOS

¡Cómo brinca el corazón de gozo al sentirse querido y cómo tiritita cuando lo sacuden los vientos helados del desprecio!

Mientras un libro vive, viven las ideas que en él sembró su autor. Viven y crecen. Unas veces, porque un lector las acepta y prohija; otras, por rechazarlas. Si las acepta, si las lleva a su mente y las quiere como a hijas, las propaga, dándolas a otros hombres que, a su vez, las van transmitiendo a sus hijos y amigos; si las rechaza, lo hace cuando, revolviéndoles sus entresijos, no les encuentra el jugo vital o moral que buscaba. En ambos casos, las ideas expuestas en un libro, apenas se las toca y despierta, adquieren vigor, que se renueva y refuerza en un caso o que toma débilmente contacto con ellas como con un enfermo al que, aunque por compasión, se deja. De todos modos, las ideas sembradas en un libro, dejan en el lector: las aceptadas, un perfume; las rechazadas, un escozor.

Nunca, es verdad, el que lee con ansia, deseoso de querer saber cómo piensan los hombres, acepta totalmente una idea, porque al llevarla a su laboratorio, o la pule, o la retoca y aligera, o la enmienda y cambia. En la mente de un hombre que analiza, que piensa, una idea aceptada produce un semillero de otras nuevas, que, si bien relacionadas con la idea-madre, presentan nuevos matices, llegando a ser como hijas y pudiendo alcanzar, y no pocas veces alcanzan la originalidad por ese camino de la filialidad, y cosa parecida sucede con la idea rechazada: que la mente siempre inquieta y alerta, no se conforma con rechazar, sino que quiere saber por qué, cómo y en qué circunstancias la engendró su autor o dónde la encontró, prohibiéndola, lo que le lleva a indagar los motivos por los cuales la rechaza, y esa búsqueda puede conducir, con sus fecundas interrogaciones, a otro almacén de ideas. No hay, pues, libro que no sea fecundo, sobre todo cuando el que lee, después de riguroso análisis de lo leído, acepta y rechaza según considere beneficiosa o nociva para la humanidad la idea que en el libro se le ofrece.

En este sentido, y únicamente en éste, me he atrevido a rechazar y a decir por qué las rechazo, algunas ideas de los que a sí mismos se llamaron hombres del 98, especialmente de Unamuno, que fue el más fecundo, por lo que he llegado a considerarlo el más perjudicial para la salud moral y libertaria de los españoles entre los cuales me cuento, pues ejerció tan notoria influencia en los hombres de su generación, que se les ve propagar lo que él pregona y rechazar lo que combate, aunque volviera a combatir lo que por segunda vez pregonó y a proclamar como magnífico y salvador lo que por tercera rechazó. Así, hablan de europeizar a España cuando él lo propone; pero niegan la necesidad de esa europeización cuando, asustado del paganismo europeo, el señor rector cambia de rumbo y de idea para decir que lo que hay que hacer es españolizar a Europa, y aquí apunta su deseo absorcionista, de cruzada,

Cuando escribe *su Quijote*, y como se creyera Quijano vivo, su grito es el de quijotizar a España para, después, poder quijotizar el mundo, siendo entonces cuando su manía quijotizante ofrece verdadero peligro, porque es cuando escribe "El sepulcro de don Quijote", llamado a la facción que acopla después, al parecer sin venir a cuento, pero que para él sí cuenta, a *Vida de don Quijote y Sancho*. Influenciado por el delirio quijotizante de Unamuno, Machado le saluda a la antigua usanza, saludo que, tomado por genialidad, corre velozmente por España y América, dándole un sentido exageradamente admirativo: "Este donquijotesco don Miguel de Unamuno", creyendo españoles y americanos que, efectivamente, el menos quijote de los españoles, don Miguel de Unamuno, era el Quijote-guía que necesitaba España, el Quijote que había de salvarla, desfaciendo entuertos y prohibiendo actuar a follones y malandrines, cuando bien

podría haberle dado otro más ajustado a la realidad: “este savonarolesca don Miguel de Unamuno”, ya que tuvo siempre más del fraile Savonarola que del campesino Quijano, Azorín, hasta entonces un tanto equilibrado, se echa las alforjas al hombro y trota por los campos de la Mancha en busca de los caminos que don Quijote había recorrido mientras duraron sus andanzas, y, como era de esperarse, no los encontró, pues siendo el hijo de Cervantes un ente de ficción, los caminos que el ingenioso hombre de Alcalá trazó en su mente y en su libro no existieron más que en su imaginación.

En realidad, los compañeros de Unamuno no saben lo que quieren cuando hablan de españolizar y más tarde de quijotizar a Europa, como tampoco tienen idea clara de lo que harían si lograda la quijotización de España, tuvieran que aprestarse a quijotizar Europa. El único que sabe lo que quiere, a dónde va y por dónde anda es Unamuno, ya que prefiere en su corazón al místico Juan de la Cruz al más sabio de los paganos europeos. Pero aunque sus amigos no lo sepan, hablan y escriben y le hacen coro al maestro de Salamanca, dan pábulo a un deseo unamuniano de quijotización, que termina por formar ambiente quijotesco, influyendo de manera directa y peligrosa en los hombres de España, pues si los críticos, plegándose a la idea de quijotizamiento, aplauden frases, obras y hechos de los señores quijotizantes, los lectores, en medio de tal barahúnda de publicaciones y gritos, por la subordinación intelectual a Iñigo de Loyola, que Unamuno predica, van creyéndose a sí mismos quijotes, pero quijotes belicosos, y no de espada y lanza, sino de ametralladora y cañón, naciendo y creciendo en España un afán guerrero y conquistador, que hace su aparición de diferentes modos y en diferentes lugares por lo que se juega peligrosamente a las conquistas -África, vieja idea de Ganivet- y a las revoluciones, queriendo cada español ganado a la causa quijotizadora hacer la suya en la casa del vecino, para emprenderla o prenderla en seguida en España y luego en el mundo, que tal es el fuego quijotizador que se apodera de todos, y entre cuyas llamas no sabe qué hacer el candoroso Sancho, ya que si antes servía a un solo loco, ahora es empujado, apaleado y expoliado por mil locos furiosos.

¿Vemos el semillero que en cada mente produce una idea que en ella se aposenta? Y no se me diga que el libro de Cervantes, y, por consiguiente su autor, es el culpable, que aquel libro fue una protesta, o, mejor, una zurrubanda a los hidalgüelos soberbios, pendencieros e infecundos de su tiempo, escrito de tan inteligente y chistosa manera que hasta los zurrubandeados se ríen de los golpes que el simpático loco les propina. La causa del desbarajuste hay que cargarla en la cuenta de estos nuevos hidalgos que creyeron haber convertido su pluma en lanza, causando entuertos cuando creían que los desfacían y reviviendo la muerta orden de caballería para proporcionar ocupación a los ociosos y nuevos aspirantes a caballeros. Así, de herencia en herencia, y como un loco hace ciento, las ideas, y no de Cervantes, sino de los muchos hidalgo-caballeros que en todos los rincones de España nacieron, como nacen los hongos en un tronco podrido, dieron lugar a que se produjera la gran batahola, que ha dado en llamarse impropriamente guerra civil, cuando la verdad es que tuvo su origen en los conventos y en las sacristías, pues el Quijote escrito por Unamuno, causante, en superior grado, del desaguisado, no es tan inofensivo como lo fue aquel otro de Avellaneda.

Y esa fue la “cultura” que las ciudades derramaron en los campos, adonde no llegaron nunca más que órdenes y perturbaciones, ecos de vanidades, lujos y crímenes que en ella tienen lugar a todas horas, así como de los grandes robos que empobrecen a las naciones, por lo que Sancho, el despreciado campesino Sancho, podría ir a las universidades a sentar en ellas cátedra de honradez. Los periódicos que a las aldeas llegan, trastornan a los labriegos con sus noticias, las revistas, con sus escandalosos grabados y sus incitantes “novelas”, sacan de quicio a las muchachas, y a los libros, que poco son leídos, porque el labrador trabajo mucho y descansa poco, les sobran frías enseñanzas estéticas y les faltan cálidos alientos, del campo a la ciudad va todo cuanto sus habitantes necesitan para vivir, aunque despectivamente les llamen cosas prosaicas: granos, carnes, legumbres, frutas, lanas, aves...

Analizada con serenidad, por ser vista sin rencores, la villa de Madrid es, más que un conglomerado, un amontonamiento de tribus entremezcladas, aunque criticando los de unas a los de las otras, porque al margen de eso que quiere ser nacionalismo, unos elementos tribales desprecian ferozmente a los de la tribu que consideran contraria, tanto que en cuanto pueden, los destrozan, los aniquilan: una tribu, los aristócratas; otra, los políticos; una tercera, los banqueros; unas cuartas, los universitarios: médicos, abogados, ingenieros, etcétera; unas quintas, los intelectuales, con varias sectas en las que no se cultiva ni el cariño ni el respeto; otras, y otras y otras, que componen gentes de la farándula, pícaros, tahúres, profesionales del engaño y algunas criaturas que llevan una vida honrada, aun en medio de la prostitución que en todas las tribus prolifera. Las gentes de esas tribus se mezclan y entremezclan en los burdeles, en las tabernas y en muchos lugares públicos, pero dentro de ellas se mantienen completamente en aislamiento, tanto que no se permite que trasponga sus umbrales afectivos a ninguna persona que haya nacido en otra. A un marqués pobre se le recibe como a un igual en casa de un marqués rico, pero no es tratado de la misma manera ni el banquero millonario, ni el abogado de renombre, ni el político en auge, ni el médico ni el intelectual, ni el artista, como no sea para que den brillo a sus salones con su gracia y con su ingenio. ¿Qué puede enviar ese amontonamiento de tribus, que es Madrid, al resto de España, si su constitución, como ciudad de humanos no la preside la moral? ¿Y cómo pueden querer esas gentes a los campesinos, a los que les ponen mil motes que chorrean desprecio? Entre un chulo del Portillo de Embajadores y un honrado campesino de Extremadura, de Aragón o de la Alcarria un madrileño de cualquiera de sus tribus prefiere al chulo, aun no queriéndolo, que al campesino, al que llama paleta.

El mundo de las ciudades y el de los campos son diferentes. Los dos están en España, dentro de ella, pero no se conocen y, por consiguiente, no se quieren. Y es que vivir en la ciudad y de la savia de revistas y periódicos no es lo mismo que vivir al aire libre, a campo abierto y de la savia de la vida. Esa diferencia da como resultado la existencia de dos culturas: una ciudadana, escolar, universitaria; otra, primitiva, natural, campesina. Y debemos llamar también cultura a la de los hombres del campo, aunque la desprecien los de la ciudad, siempre que no consideremos que cultura es acumulación de conocimientos, sino que es, además, y sobre todo, cultivo del cuerpo y de la mente, en la que debe anidar la bondad, que es la que aproxima unos hombres a otros. Así, el campesino es cordial, servicial, modesto, sabiendo cuanto necesita para cumplir su trabajo, criar a sus hijos, conservar su familia y mantener relaciones amistosas y de respeto con sus vecinos, y, por lo general, el hombre de la ciudad es orgulloso y vanidoso. Valen, pues, los campesinos cuanto mi bondad o mi maldad, mi comprensión o mi orgullo, mi tontería o mi sencillez les concede de valores humanos. Porque hay en la vida de los hombres del campo placeres elementales y limpios que se desconocen en la ciudad. Sin embargo, esos placeres son la sal de la vida.

La costumbre de trabajar se mantiene viva entre los campesinos, teniendo por inmoral al que no trabaja; la de no trabajar, que se considera virtud, se adquiere y exalta en la ciudad. Falta, en general, la salud en los que viven en las grandes ciudades como acuartelados, amontonados; el hombre de las aldeas, que respira oxígeno puro a pulmón lleno, siente retozarle por todo el cuerpo la alegría de su salud. De modo que en tanto que en uno va apareciendo, por insatisfacción de sí mismo, una comezón de malestar, que termina siendo comezón de odio, o, por lo menos, de malevolencia, en el otro, por plétora de vida, hay una constante eclosión de bondad. Porque la vida necesita ser empleada, como hace el aldeano, en trabajo fecundo, y cuando solamente se le entretiene en el ocio, o se le malgasta en un trabajo inútil, se cae en el vicio. Y el vicioso termina siempre en el cainismo por incapacidad de amar a su prójimo. De ahí que los que viven en un ambiente de corrupción, en el que acechan mil peligros, no puedan ni conocer ni gustar la honradez del labriego, que no es concepto, como en el ciudadano, sino conducta, sintiendo el gozo de ser como es. Por eso, y por otras causas que quizá apuntemos, en el hombre que labra los campos que le dan el pan de sus hijos, aunque no sepa escribir, pero sí sabiendo como sabe pensar y amar, viven delicadísimos y nobilísimos sentimientos,

siendo rico en ellos, a pesar de que por no poder verlos, los niegue Unamuno. A veces, en el corazón del gañán hay escondido un tesoro de bondades; a veces también, en quien escribe libros se oculta un avispero. Y esto, que se sabía y no se gritaba, debe pregonarse, como debe pregonarse que en toda iniciativa en que no entra como aliciente la dignidad, los resultados suelen ser inhumanos.

Pensar en español, o, mejor, ensanchando la idea, pensar en hombre, como hombre, no es solamente pensar cómo piensan los pensadores, y los sabios dicen y los literatos proclaman, pues los campesinos que, por ser hombres, no hay duda alguna que también piensan, ayudan a esclarecer el pensamiento de su pueblo, de España, y más: de los demás hombres del planeta. Por eso podríamos decir que quien tuerce el pensamiento del campesino tuerce o desfigura el pensamiento del mundo, pues no se puede negar, y quien se atreva a hacerlo, niega la evidencia, que los hombres del campo tienen su cultura, la que buenamente necesitan, y sus conocimientos, los que les son propios para su vida de relación y de trabajo, y sus sentimientos, que ponen de manifiesto constantemente en su hogar, en su pueblo, con sus vecinos. No es posible negar que tienen una memoria prodigiosa, pues no sólo saben con precisión cuándo deben empezar sus labranzas, sus siembras, sus cosechas, sino, porque llevan grabados en su cerebro todos los acontecimientos en que de cerca o de lejos intervienen, el día justo en que hizo un pozo para regar su huerto en que plantó un olivar o una viña, en que se casó, así como cuando nacieron sus hijos. No anotan nada -nadie les enseñó a leer ni a escribir-, pero su memoria es un almacén de recuerdos, y en ese almacén reina un orden perfecto. Ignoran lo que fueron las cruzadas, inhumanas guerras de religión, pero sí saben de guerras, porque las sufrieron, diciendo los viejos a los jóvenes el año en que los facciosos de tal facción entraron en el pueblo, tocaron a saqueo en la plaza y asesinaron a unos cuantos hombres indefensos para sembrar en la aldea el terror, como guardan bien guardadas las fechas de las levas de jóvenes, que eran los hijos, dejando en los pueblos sólo niños y viejos en total pobreza y en total desamparo. Cuando Unamuno habla de cultura y de paisaje, gritando que el campesino estorba en él, lo que sería igual a estorbar en el campo que trabaja, no sabe lo que dice, pues parecería que la culpa de la incultura española la tuviera el campesino, como también que el paisaje, sin el campesino, fuera el generador de la cultura. Comparando la cultura del campesino, que Unamuno desprecia, y la del militarismo, que aplaude, la primera, aunque la consideren como rudimentaria no es bárbara, pero la otra, la del escuadrón de flageladores, descuajó la verdadera cultura para hacerla desembocar en la barbarie.

La tormenta española, la que todos sufrimos, no empezó sus estragos con la guerra, aunque ésta fuera el estrago mayor, empezó el día en que los de las tribus ciudadanas, charlatanas de todos los credos, se apoderaron de los caminos, las calles y las plazas de los pueblos inundando todo con ideas de violencia, pues una lluvia torrencial de manifiestos, periódicos, libros y proclamas cayó sobre los campesinos, matando la paloma de la paz que ellos cuidaban en sus palomares. Y ya sin paloma que los arrullara, se entregaron todos a la guerra, en la que unos ganaron y todos perdieron, porque perdieron la serenidad, la generosidad, la nobleza, la bondad, la honradez, que todavía no han sido encontradas.

Si los literatos del 98 hubieran sido pensadores y hombres buenos, y no buenos a medias, sino hombres cabales, completos, no hubieran querido solamente a una parte de España, los hombres de maneras afables y bien vestidos, sino también a los rústicos, habiendo encontrado en éstos bondad y belleza que les habrían proporcionado materia noble y viva para crear situaciones y cuadros llenos de colorido y encanto. Y no supieron o no pudieron crearlos porque les faltó el sentimiento, que es el soplo vivificante y creador, ya que dedicaron sus escritos sólo a ciertas personas, cuyo rango social les enamoró, y guardaron sus desprecios para los que, humanos, demasiado humanos, vivían sin rango.

El que colecciona botones, digámoslo como ejemplo, no vale más que el lector de muchos libros que colecciona ideas, y si al de los botones le llamamos tonto o necio, el erudito que



mantiene sus predios sin siembra, es igual al que, por ociosidad, se entrega a la filatelia. Ni uno ni otro son útiles a su patria, porque ni uno ni otro son fecundos.

Comparemos dos viejos: un campesino y un jubilado de la ciudad, y es casi seguro que en el campesino, que se levanta con el día su voluntad y su mente se mantienen frescas y firmes, siendo, por ello, su vida más dichosa, pues emplea en el trabajo las fuerzas que le quedan. La vida del viejo jubilado, que nada hace que no sea fumar, tomar el sol o ir a la taberna, es desdichada por aburrida. Se atrofiaron sus músculos, se secó su mente, languidecieron sus manos, fue muriendo poco a poco su sensibilidad. Raro, rarísimo que el viejo campesino termine siendo alcohólico; seguro, casi seguro, que el viejo neurasténico de la ciudad se entregue al alcoholismo o a cosas peores. El viejo labrador que ya no labra, cuida a sus animales, de corral, sale al campo, se sienta en un ribazo, aunque no sea más que a soñar que siembra y cosecha, volviendo a su casa con las gentes del campo, con las que conversa y a las que aconseja; el de la ciudad va, en cambio, a la taberna, al café, al casino o a espectáculos de vicio que lo irritan y lo enajenan. Los viejos literatos que ya no escriben, gozan cuando otro viejo periodista amigo, se acuerda de ellos y les publica unas líneas con su retrato, con lo que queda satisfecha su vanidad; los viejos campesinos, que ya no labran, en los días de sol se van al campo, se entran por entre los trigales, aunque no sean suyos, para acariciarlos y olerlos. Los poetas que dicen que los labriegos estorban en el paisaje, y paisaje es el campo, es que, por carecer de sentimientos, no llevan en sus alforjas más que palabras.

No castigo, ni exculpo; digo las cosas tal y como las ven mis ojos; las explico, tal y como en mi mente las analizo y juzgo. Viendo y palpando los resultados de cierta estética que pregonan ciertos estetas, como los del 98, digo y grito que ni me agrada ni me convence por inhumana. Y es que yo considero, a lo campesino, que la belleza no puede estar reñida con la hombría de bien. Y si el arte es un producto del hombre, un hijo suyo, no podemos aclamar al arte, al hijo, como hace Unamuno, despreciando y calumniando al padre. Por eso no juzgo el arte de estos artistas del 98, no crítico la literatura de estos literatos sino su hombría. Me hubiera alegrado grandemente saber que, como Cervantes, Lope de Vega había sido tan hombre de bien como buen escritor; pero no fue así: escribió mucho y bien, obrando mal, tan mal, que terminó siendo esbirro del Santo Oficio. Y no quiero comparar a Unamuno con Lope, aunque en ciertos aspectos se lo merece, porque su aplauso a los de la cruzada, equivale a aplaudir lo que Lope hacía como juez y verdugo en los sótanos de la Inquisición.

Y no castigo, repito; pero tampoco exculpo. A mis hermanos campesinos, para quienes muy especialmente escribo estas cosas, se las digo tal y como las veo con mis propios ojos; se las explico tal y como en mi mente, con toda honradez, las analizo y juzgo. Y lo hago con la sana intención de que no anden por los tortuosos caminos que les trazan ciertos intelectuales.

## CAPÍTULO IX

### UNAMUNO, "DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA" Y KEMPIS

La razón está en ti, hombre; no hay otra que la tuya. Si la pierdes, no hay razón en el mundo.

Leí hace mucho tiempo *Del sentimiento trágico de la vida*, y volví a leerlo transcurridos unos cuantos años. La primera lectura la hice como galopando por sobre los renglones de sus

páginas, que así, a la carrera, suelen hacerse en la juventud las primeras lecturas; en la segunda entretuve mi atención, leyendo más sosegadamente, y cuando terminé, me di cuenta de que tampoco había podido entender a conciencia lo que el libro decía, pues acorralado por tantas y tantas citas de autores, los citados, distrayéndome con su algarabía, me habían prohibido distinguir entre lo que era propio del autor y lo que les pertenecía a ellos, y cuando traté de saberlo, tuve que abandonar la empresa porque se apoderó de mí la desagradable sensación de estar rodeado por los cadáveres que Unamuno movía y removía con loco afán. Cansado y, más que cansado, abrumado, no traté de averiguar entonces los motivos por los cuales no lo había comprendido, achacándolo a mi juventud, a mi falta de inteligencia, de naturales dotes para la percepción de ideas, a la oscuridad del discurso, a la aridez del libro, a las continuadas contradicciones en que el autor incurre o a todo ello junto y mezclado. Pero se entonaban tantas y tantas loas en honor del libro, se ponderaba de tal manera y con tanto afán - años después me di cuenta de que los ponderadores eran todos o casi todos gentes de iglesia-, se hablaba de él con tan redoblada pasión, que no me conformé con poner de lado obra tan alabada y me decidí, antes de empezar la tercera lectura, a llamar en mi auxilio a un amigo, gran admirador del autor, para que me ayudara a comprender lo que no comprendía. Pero mi amigo no supo o no pudo ayudarme a salir del atolladero, pues en tanto que él me ponderaba al literato Unamuno, yo le hablaba a él de Unamuno hombre. Como profesor de literatura, mi amigo me daba explicaciones muy atinadas y sabias acerca de su estilo, hecho de piedra sillería, como las viejas catedrales, mientras que yo escudriñaba en sus sentimientos, en los que él no reparaba. No nos entendimos, porque apreciábamos los libros de diferentes modos: él se extasiaba ante los bien cortados vestidos con que Unamuno los adornaba; a mí me molestaban los contrapuestos pensamientos que en ellos encontraba y que producían confusión en mi mente. Y el escritor, que debe ser maestro, según yo lo concebía entonces y lo concibo ahora, no debe confundir a sus lectores para hundirlos en la oscuridad, sino que debe iluminar los caminos por donde andan y los lleva, haciéndoles comprender, para que su vida sea esperanzadora y fecunda, que después de este hoy en que vivimos a todos nos espera un esplendoroso mañana si sabemos emplear bien nuestra inteligencia y trabajar en beneficio nuestro y de nuestros hermanos. Y Unamuno, que no ama la vida, no espera ese mañana por estar enamorado de la muerte. Y el amor a la muerte paraliza.

Solo, hoy, aquí, en mi porche, al pie de mi alambique y en posición mental humana, trato de llegar otra vez no sólo a la entraña del libro, sino, por él, a comprender a su autor, al hombre de carne y hueso, como él dice, que es Unamuno, y para allanarme el trabajo, empiezo por ir separando poco a poco y con paciencia, lo que él escribe, por haberse elaborado en su mente, de lo que los demás dijeron y que él repite, tarea, más que ardua, extenuante, pues en las trescientas páginas del libro hay más de quinientas citas, ya que en algunas no se nombra a un autor sino a dos o a diez, reproduciendo por todas partes frases, ideas, sentencias o admoniciones que hacen casi imposible, en ciertos momentos, decir esto es de Unamuno, porque cuando tropiezo, satisfecho y contento, con ese hallazgo, en la línea siguiente encuentro una referencia al “Eclesiastés”, a Aristóteles o a Kant, como si por no estar seguro de sí mismo, necesitara el amparo o certificación de una autoridad universal que lo apoye, cuando, en verdad, nadie se responsabiliza por nadie, y menos los muertos, que no pueden rectificarse y quién sabe si sostendrían hoy, caso de vivir, lo que afirmaron en los tiempos en que Homero mitologizaba.

Pero si en no pocos casos parece buscar quien apoye sus afirmaciones, en otros, en muchos, polemiza con quienes antes aplaudió o simplemente aceptó, discutiendo con ellos tan ásperamente que en ciertos momentos su palabra es bofetada cuando no arañazo. De ahí que descienda con frecuencia su tono al dar continuados traspiés por abandonar la serenidad que la maestría exige. Algunas veces da pena verlo ofuscado en medio de una loca iracundia que lo arrebató, pues su erudición, de la que hace ostentosa gala, le lleva, sin reposo, de un lado para otro como a hojilla con la que juega la corriente del agua sin casi tomar contacto con ella, ya que corre, enfebrecido, de uno a otro de sus criticados, oponiéndolos entre sí, como si le

agradara el espectáculo de verlos pelear. Quien lo estudia con cariño, aunque con dolor, recibe la impresión de que su formación intelectual, puramente libresca, lo apartó de la vida. Por eso aparece siempre como hombre sin sentimiento, sin respeto hacia la criatura humana. Y ello, no a pesar de su religiosidad, sino precisamente porque no presta atención más que a lo que llama su sentimiento religioso, pues sus lecturas, teológicas o emparentadas con la teología, aunque con frecuencia la apedrea, le hicieron asimilar fuertemente la idea de Dios, maldiciendo y execrando con destempladas voces a quienes afirmaron que la vida no le debía nada a la divinidad, lo que el desesperado y creyente rector considera como la mayor y más abominable de las blasfemias.

Esa formación intelectual le prohíbe asomarse a la ciencia, que detesta, por lo que no sólo es un hombre no científico, sino un anti-científico, un contra-científico; como no es tampoco un hombre no amoroso, sino un anti-amoroso, un contra-amoroso. Al hombre de ciencia le opone a Teresa de Jesús, que ve moverse a Dios por entre los pucheros de la cocina, frase e idea que le enamoran, recomendando que los muchachos que aman a sus novias sean tratados de la peor manera o sea en forma no cordial, contra-amorosa, como Teresa trataba a sus monjitas, y de pensar es que como el profesor de griego a sus discípulos, ya que recomienda la medicina.

El libro empieza con una de las más bellas sentencias de Terencio, al que trata con su acostumbrado desprecio, llamándole secamente "el cómico latino", cuando aquel esclavo fue algo más que cómico, aun tomado este nombre en su sentido más ennoblecedor, como pueden serlo todas las profesiones a que el hombre se entrega. La sentencia, que han llegado a hacer suya todos los hombres nobles que la conocen, es la siguiente: *Homo sum; nihil humani a me alienum puto*, que traducido a nuestro romance, dice: "Hombre soy; nada de lo humano me es extraño", sentencia y sentido que Unamuno cambia, tratando de oscurecer al autor, para lo cual escribe: "Yo diría más bien *nullum hominem a me alienum puto*; soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño. Porque el adjetivo *humanus* me es tan sospechoso como su sustantivo abstracto *humanitas*, la humanidad".

No puede ponerse en duda que Terencio, al que, entre otros latinos, elogiaron Horacio y Cicerón, y de quien se asegura que influyó en el pensamiento de Shakespeare y de Cervantes, supo lo que decía, porque ya en su tiempo humanidad, además de equivaler a género humano, valía tanto como bondad, piedad, amabilidad, sensibilidad, y humano, a más de ser hombre que pertenece a la especie humana, significó y significa afable, amable, benévolo, benigno, bondadoso, comprensivo, filantrópico, indulgente, tolerante, cualidades que cuando las descubrimos en una persona nos llevan a decir que aquel hombre es humano porque tiene buenos sentimientos. De humano derivaron *humanitario*, llamando así al humano que no sólo deseaba el bien de su prójimo, sino que realizaba obras que beneficiaban a sus semejantes. Y como había necesidad de expresar con la palabra el momento de la acción bondadosa, se creó *humanizar*, pues el hombre se humaniza cuando se abuena, cuando se apiada, cuando siendo duro se ablanda, cuando intolerante cambia su rígida intolerancia por una tolerancia flexible, cuando lima y afina su hosquedad hasta convertirla en amabilidad. La idea que en general tenemos de la humanidad, idea que es, además de esperanza, vehemente deseo y noble sentimiento, es la de ser lo mejor que en el mundo existe, ya que la componemos nosotros mismos. Así, al hombre rapaz no le llamamos humano, como no se lo llamamos al deshonesto, ni al que atropella a su prójimo. De dos hombres, robará el violento, el que no se ha formado el hábito de respetar a su semejante. Mejor dicho: robará el que en esta tierra no tiene hermanos, y, por no tenerlos, carece de sentimientos nobles, de los sentimientos generosos que sembramos por desear que arraiguen y fructifiquen en nuestros hermanos de humanidad.

Sí, Terencio, esclavo, deseoso de ser tratado humanamente, pero que también lo fueran sus hermanos en esclavitud, supo lo que decía, y, por saberlo, su verso fue tan bien medido como bien sentido, y como nada de lo humano podía ser indiferente a aquella muchedumbre anhelosa de afectos, cuando en el teatro se dejaron caer las palabras con calculada lentitud para que

fueran comprendidas y gustadas cuando refrescaron a aquellas conciencias humanas con un benéfico rocío de esperanza, hubo en la sala una explosión de júbilo. Pocas veces registra la historia de la humanidad un hecho tan bellamente emocional como aquel en que en un teatro de Roma una multitud de esclavos se elevó, al conjuro de un verso, a noble parte de la humanidad. Y ese sentimiento noble y ennoblecedor, humano, es el que, para su desgracia, le estuvo vedado a Unamuno.

Si aceptamos que “el sofisma es un abuso del raciocinio”, según nos dijo el clásico, porque forzando nuestro razonamiento presentamos la mentira como verdad, partiendo de esa falsa verdad para levantar un edificio de lucubraciones, Unamuno es un sofista. Los más grandes sofistas fueron y suelen ser los más grandes eruditos, porque estos hombres, que se extravían fácilmente en medio de las grandes corrientes del pensamiento por las que navegan, se ven obligados a echar mano de falsos recursos para justificar su desequilibrada posición en la vida. Ahora bien, si, jugando con las palabras, digo: “el sofisma es un razonamiento falso que *utiliza* la argucia para *presentarse* como verdad”, no he expresado una verdad aunque lo parezca, sino que, abusando de mi raciocinio he “construido” otro sofisma, siendo nada más que un artilugio del que me he valido para esconder mi pensamiento, ya que el sofisma, por sí, *no utiliza* nada, *no presenta* nada, pues no siendo persona, carece totalmente de voluntad. Pero si digo: “el sofisma es un falso razonamiento que el hombre utiliza, valiéndose de su argucia, para vestir una mentira con el traje de la verdad”, expreso un pensamiento limpio y claro, porque aquí vemos al hombre actuar, tejer el traje, ponérselo a la mentira para disfrazarla, crear una sutil falsedad para incluirla en el razonamiento, forzando éste para que no se conozca la mentira al presentarla como verdad. Y es que quien aquí actúa es el hombre, el único que, por tener personalidad, puede actuar.

Conociendo esta tan sencilla verdad, podemos asegurar que hay necesidad de cambiar nuestro lenguaje, dejándonos ya de ponerlo en boca de inexistentes entidades y haciéndole hablar al hombre, que es el único que puede hablar por ser también el único que piensa y razona. Pero parecería que dicho así, a la ligera, esto carece de importancia, siendo, por el contrario, importantísimo, pues despojando al hombre de su palabra para concedérsela a falsas personas forjadas en su mente, se destruye su personalidad, dando vida al gran sofisma de que por él habla la razón, la fe, o el espíritu, por lo que siendo el hombre el primero y único en la acción y en el pensamiento, se le relega a último lugar al querer hacerle ver y creer que por él actúan y piensan fuerzas extrañas.

Los maestros que enseñan en la Universidad de México, y los jóvenes que en ella estudian, y la universidad en sí y México entero se hallan envueltos por dos grandes sofismas que perjudican enormemente el desarrollo intelectual de todos sus habitantes, ya que los despojan del necesarísimo sentido personal de iniciativa así como del no menos importante sentimiento de libertad. Esos dos sofismas, presentados en una frase y una idea, que, al parecer, es inofensiva, se deben al gran sofista Vasconcelos, hombre que, como Unamuno, vivía en tragedia por conceder valor a la divinidad a expensas del hombre, aunque apetecía el gobierno de éste. Esa frase, esculpida (con letras de oro en la universidad para que sirva de oriente y faro a las juventudes, dice: *Por mi raza hablará el espíritu*, reproduciéndola por todos los lugares por donde los jóvenes estudiantes andan y repitiéndola al pie de todos cuantos documentos firman los maestros, como para que quede grabada a perennidad en las mentes de sus discípulos.

Y dije dos sofismas en una frase, porque el primero queda como escondido al conceder personalidad a la raza y, por lo tanto, implícitamente, palabra, y el segundo en que el inexistente espíritu que, por su inexistencia no puede tener voz, hablará por quien, por imposibilidad total, no puede hacerlo. La raza no habla, las razas no hablan. Y no hablan ni pueden hablar porque no son personas, y, no siéndolo, carecen de los órganos que producen la palabra así como de cerebro y, por consiguiente, de las facultades del hombre para poder sentir y pensar. Pero si la

raza no habla por imposibilidad material de hacerlo, menos todavía puede hablar su espíritu, que no tiene vida más que en las mentes de algunos sofistas y creyentes. Así que grande y perjudicial sofisma es poner al frente de una universidad, donde los jóvenes van a aprender a hablar para expresar con la palabra los conocimientos que allí adquieren, un falso pensamiento que les dice que ellos, que son los que forman la raza, han de permanecer forzosamente mudos porque por ellos hablará un ente singular, creado por imaginaciones enfebrecidas por la creencia en poderes sobrenaturales. El maestro que cree que por él habla el espíritu, se halla, en virtud de esa misma creencia, imposibilitado para pronunciar ante sus discípulos la palabra luminosa que invite a abrir caminos nuevos por los que la raza -ellos- haya de ir, y si él no puede pronunciar la palabra que con su luz ayude a descubrir nuevos rumbos para el pensamiento, menos puede invitar a los jóvenes a que sean los creadores. Las razas humanas las mejoran, es decir, las cambian los hombres cuando, mejorados y cambiados ellos, pueden hablar y pensar en libertad, y para ese adelanto, y avance es toda mejoría, no necesitan de la idea de espíritu que mantiene la creencia de que ese fantasma es y puede ser el único hablador, lo que equivale a afirmar ante quienes están empezando a pensar, que no han de ser ellos los que piensen y razonen y se mejoren, mejorando al conjunto, que es la raza, la patria, el mundo, sino que ha de ser un algo superior e inasible lo que los forje y guíe.

Unamuno, que nos habla constantemente del hombre de carne y hueso como del único hombre real que puede obrar por ser el único que tiene persona, goza cuando, despersonalizándolo, personaliza todo lo que está fuera de él: el dolor y el placer, la vida y la muerte, la alegría y la angustia, el sentimiento y el pensamiento, el amor y el odio, y siendo para él esas ideas, facultades y pasiones las que hablan y aman y riñen, el hombre pierde en sus manos la carne y el hueso, convirtiéndose en juguete, en fantasma. Porque asistiendo o pretendiendo que asistamos como meros espectadores a la lucha de la razón con la vida, de la razón con Dios, de lo racional con lo irracional de lo natural con lo sobrenatural, de la ciencia con la religión, de la creencia en Dios con el ateísmo, ante el que se horroriza desfigurándolo para poder maldecirlo con más fuerza, al hombre actuante y viviente, al de carne y hueso, no lo encontramos por ninguna parte. Pero la batalla, la gran batalla a la que no sólo quiere obligarnos a asistir, sino a que tomemos parte en ella es la de la razón contra la fe. Por deseo de Unamuno que es quien dándoles categoría de personas, las empuja y lleva a la batalla poniendo en sus manos armas desiguales, triunfa la fe, y, triunfadora, le hace saber a él que su conciencia personal ha de persistir después de su muerte. Ya puede dejar que vuele tranquilamente su imaginación hacia Dios, hacia la Conciencia Universal.

Pero si la fe le lleva de la mano por el camino que va a Dios, la razón, que no se considera derrotada, le dice que su Dios es improbable e improbable, y esa afirmación tiene la virtud o la fuerza de hacer que en su conciencia brote nuevamente la duda, y con ella el conflicto, la desesperación, la tragedia, pues la razón le asegura, contra lo que le dice la fe, que no podrá conocer nunca el misterio de su final destino. Entonces, para conformarse y serenarse, se dice a sí mismo: "Aunque tu cabeza te diga que se te ha de derretir la conciencia un día, tu corazón, despertado y alumbrado por la congoja infinita, te enseñará que hay un mundo en que la razón no es guía". Y a buscar ese mundo dedica su vida, o mejor, se entrega en espíritu, ya que su anhelo es convertirse en espíritu puro, única manera de que el Gran Espíritu lo lleve en sus brazos hacia la eternidad. Creyéndolo así, sintiéndose ya espíritu, por su total despersonalización, se pregunta jubiloso: "¿Quién pone trabas a la imaginación, una vez que ha roto la cadena de lo racional?" Y, efectivamente, dicho eso, piensa que es él quien le ha dado suelta a su imaginación personalizada. Pero al dejarla suelta, sin rumbo y sin guía, va, sola, por donde le place, entreteniéndose con lo que por un momento le agrada y que a poco no le satisface. Así, trata de subir al cielo, y, cuando, al no encontrarlo, se tropieza nuevamente con la razón, que la sigue por todas partes sin darle tregua un momento riéndose de la fe y de él, le dice que no hay cielo y baja a la tierra -el pensamiento recorre vertiginosamente los espacios- a documentarse mejor, a fortalecer su idea de cielo y de Dios, llamando a todas las puertas de la gente "conocida" para que lo apoyen, riñendo con quienes no lo auxilian, pues por mucho que

se esfuerce en ser espíritu, no puede dejar de ser hombre terrestre, de aquí, de la tierra, y de carne y de hueso, hombre que razona, que tiene razón. Entonces es cuando empieza, o se desata, furiosa, su locura, que locura es vivir en angustia por contraponer lo sobrenatural a lo físico, la fe a la razón. ¿Podríamos culpar de ese trastorno a su erudición, a la lectura, como Quijano, de tantos libros de caballería, ya que a los místicos, y a los teólogos, que lee con fruición, los considera como caballeros andantes a lo divino? Porque se le ve hacer un trabajo constante de despersonalización de sí, a la vez que otro, no menos ímprobo y continuado, para darle personalidad a su facultad imaginativa. Y es esa imaginación, convertida por él en ente activo e independiente, en persona, la que va y viene, vuelve y se escapa, retorna, vuela y se parapeta como a la espera de algo, pues esa imaginación, que ha interrogado a todos los hombres, del Génesis acá, no se conforma ya con que le suministren ideas, de las que él hizo ya enorme acopio, sino que, como anhelante cazador, quiere cazar la Fe, que se le escapa cuando cree tenerla ya en la mano. Entonces, angustiado, la llama con gritos de desesperación, y al transformarla en palabra, que se ensancha al escuchársela a sí mismo, se imagina tocarla, tenerla, poseerla, haberla hecho suya, y rindiéndose al embrujo de su misma voz al pronunciar su nombre, su razón, perturbada, como si hubiera sufrido un deslumbramiento, le dice que “la palabra engendra y cría la idea”. Y no; y no. La palabra, como la flor al rosal, necesita la idea que, como madre, le dé luz o le dé la luz. Antes que la palabra apareciera en los labios de nuestro lejanísimo abuelo, fue idea en su mente, que también nacía: idea turbia, germen de idea, principio de idea, comienzo de idea. De aquella turbiedad, brotó, impreciso, un sonido que quería expresar lo que en la mente empezaba a bullir y que no se convirtió en palabra limpia hasta que la mente no le hizo nido a una idea clara. Porque si hoy nuestra mente, almacén de ideas y palabras, juega con unas y con otras, dándonos muchas veces la impresión de que la palabra nos brinca de los labios antes de que la idea brote en nuestra mente, en realidad no podríamos seleccionar la palabra que expresara la idea de la imagen, si antes no tenemos una representación precisa de ella.

La base del sentimiento trágico de la vida está, pues, según él, en la irreductible oposición que existe entre lo vital y lo racional, ya que “todo lo vital es anti-racional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, anti-vital”. ¿Puede ser verdad esto? ¿Nosotros, hombres que vivimos, que somos vitales, somos también, por el sólo hecho de vivir, irracionales? Porque nos vemos razonar sabemos que razonamos, que tenemos razón, que por nuestra facultad de discurrir formamos juicios, conociendo que somos hombres razonadores, así que forzosa conclusión nuestra será la de que la razón, nuestra razón, nosotros mismos, que vivimos, no podemos ser y no somos anti-vitales, de modo que nuestra razón, que nace y actúa en nosotros y por nosotros, no es anti-vital, sino vital: por vivir en nosotros, vive en nuestra vida y de ella. Si nuestra razón, nosotros, fuera anti-vital, destruiría la vida, y por el solo hecho de vivir tenemos que proclamar que somos seres vitales, que ayudamos a la vida y aun que creamos vida.

Porque Unamuno vive “en el abismo del sentimiento de su mortalidad”, que es en él sentimiento de tragedia, habla del sentimiento trágico de la vida, de lo que él entiende por tal. Por eso dice como escandalizado: “... la razón ataca, y la fe, que no se siente sin ella segura, tiene que pactar con ella. Y de aquí vienen las contradicciones y las desgarraduras de conciencia”. Ahora podemos explicarnos por qué este hombre sabio, vivió predicando contradicciones. Fue él una contradicción viva. Fue lo contradictorio personalizado.

Su ideario político, que coincide y contradice a la vez, a su ideario filosófico, por ser como es todo en él contradicción, lo expresa como sigue: “Poco puede esperarse, v. gr., de un gobernante que alguna vez, aun cuando sea por modo oscuro, no se ha preocupado del principio primero y del fin último de todas las cosas, y sobre todo de los hombres, de su primer por qué y de su último para qué”. “Y el que, pretendiendo dirigir a sus semejantes, dice y proclama que le tienen sin cuidado las cosas de tejas arriba, no merece dirigirlos”. “Es inhumano; por ejemplo, sacrificar una generación de hombres a la generación que le sirve, cuando no se tiene sentimiento del destino de los sacrificados”. Y debemos entender por lo

dicho, que el sacrificio, es humano cuando se tiene sentimiento del destino de los sacrificados, v. gr.: el sacrificio del millón de españoles que fueron inmolados gloriosamente por Franco para darles como destino el cielo, idea oscura que se hace clara al compararla con la de Ganivet, de echar un millón de españoles a los lobos, y que refuerza la de Unamuno al invitar a formar escuadrón para despojar a los laicos del usurpado sepulcro de Dios. Pero para resolver "la trágica contradicción de nuestra existencia", que parece no haberla resuelto el sacrificio de generaciones y generaciones, nos habla del llanto de Solón, diciéndonos que está "convencido de que resolveríamos muchas cosas si saliendo a la calle, y poniendo a luz nuestras penas, que acaso resultara una sola pena común, nos pusiéramos en común a llorarlas y a dar gritos al cielo y a llamar a Dios", porque "un Miserere, cantado en común por una muchedumbre, azotada del destino, vale tanto como una filosofía". (Cuando le preguntaron para qué llorar, la contestación, como tantas y tantas de las suyas, fue: "Pregúntenselo a Solón", con la que tuvieron que conformarse los preguntones).

Pero esto, que no puede movernos a risa por estar en juego la vida de muchos hombres, es trágico -no a la manera de la tragedia unamuniana, del hombre que ha perdido el juicio y se imagina que se ha convertido en espíritu, sino a la manera de los hombres de carne y hueso que trabajan, razonan y piensan-; sí, trágico, verdaderamente angustioso y trágico, y, además, estrafalariamente grotesco, pues si nos imaginamos, en este siglo XX, a los habitantes de España convertidos en convulsionarios, reunidos en los cementerios a llorar sus penas, a dar gritos llamando a Dios y a entonar el lúgubre canto del miserere, nos imaginaremos también que, por recomendación del señor rector de la Universidad de Salamanca, los españoles habían perdido todos los atributos de la hombría.

Y... voy a terminar por hoy, pues se agolpan mil ideas a mi mente y no quiero convertirlas en palabras, que tendrían que ser duras, ya que este hombre, que invitó a formar escuadrón para lanzarlo contra los caballeros de la razón, cuando el escuadrón, convertido en manada, triunfa contra los desprevenidos, invita a los sobrevivientes de la feroz mortandad a que recen y lloren y llamen a Dios para que les perdone sus culpas. Y esto si no es sarcasmo, es inconsciencia o locura, o todo junto y revuelto en una imaginación, que ya sin el hombre de carne y hueso, navega en el caos.

A Unamuno podría decirle con respecto a *Del sentimiento trágico de la vida*, lo que Amado Nervo le dijo a Kempís después de haber leído *La Imitación de Cristo*:

*¡Oh, Kempís, Kempís, asceta yermo,  
pálido asceta que mal me hiciste!  
Ha muchos años que estoy enfermo,  
¡y es por el libro que tú escribiste!*

## **CAPÍTULO X**

### **"DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA", LA EDAD MEDIA, LOS ESTAMENTOS DE SANTA HILDEGARDA Y LAS CONTRADICCIONES DE UNAMUNO**

Si aceptas la práctica del bien como norma de tu vida, no harás daño a tu prójimo; si lo desprecias, podrás causarle enormes daños. Pero a ti te

conviene que los demás practiquen el bien, para que no causándote a ti daño, vivas en alegría.

A eso tan sencillo y bello le llamarnos moral; que es bueno y útil que practiquemos todos.

Hasta hace un momento he estado acongojado por la impresión dolorosa y agobiante de imaginarme a los hombres de España, en parejas, con el yugo al hombro, ir entonando el miserere por campos y ciudades, después de haberles dicho el sabio Unamuno, y ellos creído, que “un miserere cantado en común por una muchedumbre azotada del destino vale tanto como una filosofía”, no conformándose con decirles eso, sino abundando en mayores razones al asegurarles que “no basta curar la peste, sino que hay que saber llorarla. ¡Sí, hay que saber llorarla! Y acaso ésta es la sabiduría suprema”.

Pero, afortunadamente, he ido ganando poco a poco la tranquilidad al tomar a coña las recomendaciones lacrimosas de don Miguel, pensando que la humanidad había perdido el tiempo estérilmente en crear las ciencias y las artes, levantar fantasiosas universidades, inventar telescopios y microscopios, y, en general, estudiar los mundos y la vida, cuando podía haberlo aprovechado en llorar, conociendo, como conoce ahora, gracias a las prolijas y fecundas investigaciones del señor rector, que todo el saber se halla concentrado en la lágrima.

Según el último descubrimiento, o la última aventura intelectual de nuestro hermano hombre, hace por lo menos veinte millones de años que la especie humana existe, y como veinte millones de años son una insignificancia comparándolos con la eternidad, de cuerdos es pensar que estamos en el justo y preciso momento de empezar a llorar, mejor cuanto más copioso y enardecido sea nuestro llanto, ya que la criatura humana tiene por delante otra eternidad para resarcirse de lo perdido, llorando a gusto y sin impedimentos, que es a lo que los labriegos de este pueblecillo le dicen llorar a moco tendido. Estamos, pues, en el punto crucial, como le llaman los que saben decir bien las cosas, en el punto de transición de dos eternidades, y para aprovechar la que le falta a nuestra especie que recorrer, debemos empezar por vestirnos a lo convulsionario e irnos con nuestros nuevos hábitos a los cementerios; sabedores de que allí tendremos que parar, llamar a Dios a gritos y, sentados sobre las osamentas de nuestros abuelos, esperar a que la gracia divina nos sea concedida. El que más y mejor lllore, el que entre mayores congojas y más grandes y desesperantes hipos entone el oficio de difuntos, que es el hacer humano que mejor exprime el corazón para que, a chorros, suban las lágrimas a los ojos, será el que más abundantemente recibirá la sabiduría, siendo el que con mayores derechos podrá dirigir a su pueblo, marcando los rumbos que los llorones han de seguir en sus procesiones.

Nunca jamás se le había ocurrido a nadie que esa actitud llorante traería a la tierra la verdadera sabiduría, y, por lo tanto, la verdadera felicidad. (La invitación al fecundo llanto había quedado oculta entre las páginas de *Del sentimiento trágico de la vida*, lo que nos dice que pocos lo leen aunque muchos lo loen; pero de hoy en adelante, ese libro sibilino, que durante tantos años ha ocultado en su seno la idea salvadora, será el breviario que los españoles han de llevar siempre en la mano, como lo son ahora en China los de Mao-Tse-Tung).

Nunca jamás, repito, se le había ocurrido a nadie idea tan peregrina como ésta de la invitación al llanto rezumador y manador de sabiduría, pero en cuanto se enteren los sabios del planeta, quemarán sus infolios, pesarosos de haber ayudado a que la humanidad viviera entre las torpes oscuridades del arte y de la ciencia, y recomendarán que empiece la Era de la Lágrima, que es la que va a dar luz de cielo a las criaturas congojosas que llenan la Tierra. Y si el turismo se encamina ahora a España, enamorado de sus gitanos y de sus panderetas, mañana inundará trochas, caminos y carreteras, abandonando la antigua vía de Compostela para dirigirse a Salamanca, ciudad convulsionaria en la que, como si fuera un hito que marcara el nuevo curso



del vivir que es, el morir, ha de proyectar su oscura luz hacia la eternidad. Y esto bien puede ser considerado como verdadero milagro, pues el nuevo turismo no será ya el de los desocupados que ofenden a Dios buscando distracciones que halaguen sus sentidos, sino que será el turismo sabiamente convulsionario, el que, con la vista en el suelo y el alma en el cielo, buscará, como espectáculo, los camposantos, que es donde se hallan sembrados los huesos de las razas.

Ya había dicho yo -y estoy creyendo que tengo bastante de sibilo- que en día no lejano el gobierno español de la Falange, que es el que mira más de tejas arriba que de tejas abajo, "canonizaría" a Unamuno por haber sido el filósofo de su cruzada, el precursor, el adelantador de la idea de que se formara escuadrón de flagelantes que acabara de una vez y para siempre, con los hidalgos de la razón, con los maestros laicos, con los aficionados al loco y cruel análisis de hechos, hombres y cosas, y miren por dónde ha llegado el momento, por lo menos en el pensamiento de los que forman el falangerio: el día 12 de enero del presente año de gracia de 1967, la prensa ha hecho saber al Mundo, que el Movimiento Nacional Catolizante ha proclamado *urbi et orbi* que en la ciudad de Salamanca, y frente a su Universidad, levantará una estatua al que en vida fue su rector vitalicio, don Miguel de Unamuno.

Me agradecería saber que si a la estatua se le da aire y vida, el escultor la había engalanado con hábito flagelario, hábito que, si no en el cuerpo, llevó don Miguel en la conciencia, que es la que se viste con mayor propiedad, y me desagradaría -y esto del desagrado es cuenta propia y mía- que si, según se acostumbra, en la base, zócalo, peana o pedestal hubieran de esculpir en relieve alguna alegoría, no tuviera relación ni con el simpatiquísimo cuerdo don Quijote, paisano mío, ni con el no menos simpático y noble loco Sancho, vecino de esta aldea, pues aunque el señor rector "escribió" sus vidas -y escribir no es siempre parir-, vistió a los personajes de tal modo y manera que nadie que hubiera nacido en estos campos de la Mancha, ni aun el mismo Cervantes, que volviera a nacer, los conocería. Pero si forzosa condición fuera para que la estatua se levante, que el motivo alegórico de la peana haya de referirse a don Quijote y Sancho, que los ordenen de cuadrilleros, o, por lo menos, si es que han de tener el tono y el son de los cruzados, de requetés, con sus boinas rojas y sus alpargatas blancas, pues así sabrán todos que esos Quijote y Sancho son hijos de Unamuno, quiero decir, no manchegos, no españoles, no cervantinos ni cervantescos.

Me imagino por adelantado, aunque pensarlo no me causa placer alguno, el revuelo que la noticia ha de producir entre los caballeros de la razón que andan en el exilio -a los que se quedaron en España les está prohibido hablar si no es para aplaudir-. Pondrán el grito en el cielo, clamando a Dios por el despojo, y pidiendo para ellos solos el derecho de estatuar a su amigo, idea que pensaban poner en práctica o ejecución cuando muriera Franco y volvieran a España, considerando -y sus razones tienen, ya que fue un "buen" correligionario-, como consideraba de ellos Unamuno cuando les decía que habían usurpado el sepulcro de don Quijote, que los falangistas son los usurpadores del sepulcro de su amigo rector y diputado constituyente de la República. Entablarán polémica por si tú, por si yo, por si ustedes, por si nosotros, y se dirán entre ellos, para regocijo de los compadres que las lean o escuchen, muchas y muy bien sazonadas y unamunianas cosas. Y unos "ateos", trágicamente congojosas, subirán idealmente al cielo al maestro de griego, divinizado, en tanto que los flageladores, entre llantos y misereres, lo encaraman al pedestal. Y tantas y tan valederas razones tendrán y expondrán para llamarlo "suyo" los que lo suban al cielo como los que hayan de ponerlo en el rollo para que los caminantes se rían y los muchachos le tiren piedras, ya que todos han de encontrar en sus libros jugosos razonamientos en que apoyarse, porque don Miguel habló tanto y tan enjundiosamente de lo blanco como de lo negro, del hombre de carne y hueso como del hombre espíritu.

Según tengo noticias, anda por México un señor, no sé si caballero de la razón o convulsionario, que se atrevió a proponer que se llamara siglo de Unamuno a este XX en que vivimos, y si el erigirle estatua puede significar adhesión y cariño, si no fuera tapadera de malas

intenciones, desear que sea bautizado un siglo con el nombre de un hombre, equivale a fidelísima entrega, por comunión ciega con sus doctrinas, a todas las mayúsculas aberraciones que publicó y cometió. Falta saber, para mejor juzgar, lo que han de decir los millones de criaturas que pueblan el planeta, muchas de las cuales no conocen, ni aun de oídas, quién fue don Miguel de Unamuno ni dónde se encuentra ubicada Salamanca, con lo que quiero decir que el nombre, el pleito y el llanto son nuestros, propios, caseros, habiéndose extendido un tanto a América, porque llegaron a ella, expatriados varios caballeros de la razón con su "unamunismo" debajo del brazo unamunismo que bien podría ser llamado "loyolismo", propagando, quizá inconscientemente, aquellas doctrinas que tanto mal hicieron a los españoles, entre los que se cuentan esos mismos unamunistas que tuvieron que poner mar por medio para poder conservar el pellejo, quiero decir para librarse de ser echados a los lobos. Pero como dice un campesino que desciende en línea directa del buen Sancho: "Con su pan se lo coman y San Pedro se la bendiga", y él sabe lo que quiere decir y yo también, aunque no lo sepan los profesores de literatura, que siguen propagando en América el sentimiento congojoso y trágico de Unamuno.

En fin, sea lo que sea lo de la estatua, la levante quien la levante y le rece quien le rece, la verdad que queda en pie y quedará hasta que las gentes la cambien por otra en sus corazones, es la de que don Miguel de Unamuno, lumbrera de España, dio como solución a los grandes problemas de libertad y de miseria que aquejan a los hombres de los campos españoles, que eso se arregla cantando misereres mientras se entregan gustosos en brazos de la muerte, porque, según afirma, "del abismo del sentimiento de nuestra mortalidad, se sale a la luz del cielo", así que "si deshecha la ilusión de vivir, el vivir por el vivir mismo o para otros que han de morir también no nos llena el alma, ¿para qué vivir? La muerte es nuestro remedio". (Afortunadamente, el 99.99 por ciento de los españoles no entiende nada de eso).

Cuando por sostener esas teorías miseréricas, de aniquilamiento y de muerte, le llamaron reaccionario, don Miguel, encogiéndose de hombros, contestó riéndose: "Se me ha acusado de reaccionario y hasta de jesuita. ¡Sea! ¿Y qué?" Con lo que quiso decir: "Sí, lo soy. Y a ustedes, ¿qué les importa?" Y sí nos importa, sí. Porque si nos tiene sin cuidado que Perico de los Palotes sea lo que quiera y diga lo que le dé la gana entre los tres o cuatro jornaleros que, cavando a su lado, lo escuchan en el tajo, porque sus prédicas ante tal auditorio poco trascienden, quien como él pregonó su reaccionarismo en periódicos y libros por dos continentes, llamando a los reaccionarios de su temple a formar escuadrón contra los que ni lo eran ni querían serlo, debe ser preocupación no sólo de los españoles, sino de los demás pueblos hasta los que llegó o llegue su propaganda, pues todo escuadrón, una vez formado, ha de declararse insurrecto, como se declaró el formado en España, dando lugar, como dio, a una guerra religiosa, y, por religiosa, feroz.

Sí nos importa, sí, que Unamuno fuera un reaccionario. Y nos importa por varias razones: **primera**, porque habiéndose esforzado siempre en presentarse ante los españoles como hombre liberal, o sea, tomando la palabra, a más de en su significado político, en su otro significado humano, como hombre generoso y bueno, confiesa, y a eso equivale su "¿y qué?", que no lo es, que los estaba engañando porque su liberalismo era postizo, como camisa que se pone y se quita y se tira, en tanto que su reaccionarismo era sustantivo y vital, como piel que se lleva pegada al cuerpo y no es posible quitarse sin perecer; **segunda**, porque estando a sueldo de los españoles -sueldo que pagaba el pueblo, que es el que crea riqueza, ya que el gobierno no la crea, pues en el mejor de los casos la administra-, era criminal sostener desde la alta tribuna universitaria la necesidad de la guerra y, como consecuencia directa de ella la esclavitud, con objeto de que los que, como él, escriben y piensan, pudieran mantenerse en ocio platónico; **tercera**, porque un maestro no debe torcer el significado de las palabras, produciendo con ello confusión en las mentes, ni menos tratar de desviar el curso de la historia, enseñando lo que no fue y queriendo tapar u ocultar lo que sucedió, pues aunque él afirme que "el quijotismo no es sino lo más desesperado de la Edad Media contra el Renacimiento, que salió de ella", analizada por nosotros esa frase, nos resulta un sofisma inventado por este gran

sofista. (Fijemos nuestra atención en esa definición del quijotismo y veremos claramente que es una idea contra la libertad).

Cervantes, que fue el único padre legítimo de Quijote, no habló nunca de quijotismo, limitándose a crear el personaje al escribir su libro, de modo que no podemos hablar de quijotismo cervantino, que él desconoció. El quijotismo de que Unamuno nos habla, es un quijotismo loyolesco, derivado de las ideas que él mismo vierte en su libro *Vida de don Quijote y Sancho*, y que no tienen parentesco alguno con las de Cervantes. Y eso aunque sus amigos del 98 le ayudaran a cometer tan terrible tergiversación.

La Edad Media, que sólo fue un tiempo histórico, no luchó ni pudo luchar contra el Renacimiento, ni éste salió ni pudo salir de ella, es decir, no fue su hijo; tuvo lugar en aquel tiempo, eso sí, una actitud libertaria de los hombres que, cansados de vivir sujetos por la Iglesia a una situación de terrible y angustioso irracionalismo, que les prohibía ser y pensar, se decidieron a someter todo a análisis -el terrible y cruel análisis que, escandalizado, maldijo Menéndez y Pelayo-, tanto la vida de las criaturas como la de la religión que los oprimía. No fue, pues, una lucha de la Edad Media, que la Edad Media no tenía poderes, ni armas, ni inteligencia para luchar, fue una insurgencia del hombre contra el predominio de la Iglesia durante la Edad Media, lo que no es lo mismo. En la Roma Papal vivía libremente el desenfreno, crecía lujuriosamente el crimen y se cometían las más brutales inmundicias con que soñarse pueda, y contra aquel caos se levantaron los hombres que querían que su individualidad fuera respetada, no sometida. Así, el Renacimiento fue un movimiento ético-libertario-individualista que pretendía acabar con el gregarismo de la época. No permitiendo la clerecía la existencia del hombre como unidad humana de valor y sí al fraile sin valor que imponía su creencia, los que pensaban, se rebelaron, queriendo ser por sí, al margen de la Iglesia, sin la Iglesia. No se atrevían a decir todavía sin Dios, aunque empezaban a pensarlo, pero así era: haciendo renacer el viejo individualismo de Zenón y Epicteto, el hombre se sentía él mismo, pensando por sí y poniendo de lado todo cuanto se le había enseñado, pues en sus hondos orígenes el Renacimiento es ateo. No luterano, aunque Lutero se levantara también contra el Papa, sino ateo, fundamentalmente ateo. Los hombres, que sienten la necesidad de ser libres, analizando cuanto les rodea y analizándose a sí mismos, transforman en sus mentes la supeditación a Dios por un sentimiento de libertad que nace en sus corazones. Por eso suben del fondo de los siglos el verso de Terencio *homo sum; nihil humani a me alienum puto*, y resucitándolo, lo actualizan, deseosos de que nada de lo humano le sea a nadie extraño.

Sí nos importa, sí, que el señor rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, fuera un reaccionario y estuviera a cada momento lamentándose de no poder vivir con su pueblo en la Edad Media, pues aquella triste y lamentable época fue la negación del sentir, del pensar y del amar humanos, y quien exalta esos valores negativos, afirmando que fueron fecundos, causa gran daño no tan sólo a su pueblo sino a la humanidad.

La Edad Media, aunque heredera de las anteriores -los tiempos se engarzan unos a otros sin intervención del hombre- es el tiempo histórico en que los señores feudales y el clero, que también disfruta de feudos, imponen brutalmente sus exacciones, dando visos de legalidad a sus robos, manteniendo a las criaturas humanas en forzada esclavitud, pues en el feudo hay un señor, cuya fuerza, responda al Emperador o al Papa, radica en la servidumbre. Además, y este además tiene gran importancia, clérigos y señores feudales jerarquizaron la vida de tal manera que la clase más alta de hombre culminaba en Dios y la más baja se emparentaba con la bestia. Bien claro lo explicó Santa Hildegarda: "Dios ordena a todos los hombres de manera que el estamento inferior no debe elevarse por encima del superior como hicieron antaño Satán y el primer hombre, que intentaron elevarse por encima de sus respectivos estados. Pues ¿qué hombre pone todos sus animales en un establo: bueyes, asnos, ovejas, cabras? Si tal hiciera, seguirían muchos males a esa mezcla. Análogamente, hay que tener cuidado de no mezclar a todas las gentes en un rebaño". En su estructura jerárquica de las clases humanas, que

culminan en Dios y terminan en la bestia, se sustenta todo el pensamiento y toda la economía de la Edad Media: los sacerdotes y los señores mandan y disfrutan; los siervos trabajan y sufren.

Contra aquella situación, que Unamuno aplaude, se levantaron los hombres de pensamiento. No fue una guerra, que en las guerras se mata, pero no se da a luz una idea generosa y noble. Si sólo hubiera sido el deseo de resucitar, como algunos aseguran la antigüedad, y, más que cualquier otra, la antigua cultura helénica, el movimiento renacentista hubiera carecido de valor, y la Edad Media, con sus estamentos, habría continuado hasta el presente. Pero no fue esa la idea madre. El germen estaba en los cerebros, pues el hombre pensaba que era una unidad humana no perteneciente al señor ni a la Iglesia, sino a él mismo. Y el grandioso avance hecho por la humanidad de entonces acá se debe a aquel maravilloso descubrimiento, el más importante hasta ahora; el descubrimiento del hombre. Desde el día que el hombre se descubrió a sí mismo, desde aquel en que tuvo conocimiento de sí, el maestro laico le disputa al sacerdote el derecho de enseñar a la juventud, porque enseña cosa nueva: libertad, que el fraile desconoce, y desde entonces el mundo dejó de ser estático, como lo quería la Iglesia, y se convirtió en un mundo dinámico, como mundo del hombre. En aquellas mentes despiertas que, iluminadas por una luz interior, viven en estado de alerta, nacen dos pensamientos con los que, podríamos asegurarlo, empieza el Renacimiento: “Sólo el individuo es real” y “cuando los conceptos van más allá del mundo de la experiencia, pierden toda certeza”.

Se equivocan, pues, los que creen que el Renacimiento fue un movimiento artístico que trató de que renacieran las bellas formas de la estatuaria helenística, porque ése sólo fue uno de sus naturales y benéficos efectos. Las ideas de los renacentistas fueron dirigidas muy especialmente contra el poder eclesiástico, que todo lo dominaba y absorbía, pues los hombres de iglesia, que vivían en permanente orgía, necesitaban de la purificación. Eso lo hace aparecer como un movimiento fundamentalmente ético, de renovación del hombre, del individuo. De aquel sentimiento individualista hubo de derivarse el sentimiento de libertad, puesto que para mejorarse el individuo necesitaba ser libre, y con aquel sentimiento de libertad nace un nuevo concepto de humanismo, que aquel hombre nuevo abona y estimula. Pero la idea-sentimiento del valor del hombre engendra otra: el antipapismo. De modo que el Renacimiento es, en sí, un movimiento individualista, pues al tener los individuos conciencia de su propio valer, como resultado lógico quieren independizarse de la tutela de la Iglesia, yendo contra ella. Contra la Iglesia, no todavía contra la idea de Dios, que este atrevimiento es hijo del hombre de hoy, pues si ayer dejó de buscar el consuelo que le proporcionaban los clérigos, hoy ya no se coloca bajo el amparo de la divinidad. Se sabe solo. No tiene ya a quien pedirle apoyo, como no sea a su hermano, hombre como él y como él unidad humana. De modo que desapareció la Edad Media en cuanto el individuo con ansias de libertad se enfrentó a la Iglesia, desconociéndola, y en cuanto se despoje de la idea de Dios adquirirá un nuevo sentido: el de la responsabilidad ante sí mismo, que será no tan sólo nuevo concepto de la hombría, sino nuevo sentimiento de sí, y, por consiguiente, nuevo sentimiento y nueva idea de humanidad, empezando entonces un nuevo renacimiento, y, con él un nuevo sentido de la filosofía, y de la historia, y de la ciencia, y, en general, de la cultura, pues al sentirse el hombre libre de dioses, que será tanto como libre de trabas que le impiden pensar, se atreverá a hurgar en todo cuanto ayer le presentaron las religiones como misterios inescrutables.

Esos, entre otros varios, son los motivos que tiene Unamuno para declararse tan enemigo del Renacimiento como amigo de la contra-reforma -excusa contra-luterana para atacar la idea, y más todavía el sentimiento de libertad-, porque, en realidad, esos motivos abonan en él la semilla anti-libertaria (en él es contra-libertaria) a la que llama sentimiento trágico de la vida. Pensar que el hombre puede vivir sin Dios es la gran tragedia unamuniana, porque partidario de la conservación de los estamentos de Santa Hildegarda, al desaparecer, vuela con ellos su idea de que él, inmortal, culminará en Dios. Porque había dicho: “El que a Dios conoce, es ya Dios él”, sin haber pensado que para conocer a Dios hace falta despojarse de todo contenido

humano, según San Juan de la Cruz, por lo que no puede conocerlo el hombre, sino el no-hombre, el que se vacía de todo lo humano, que es lo que pretende Unamuno.

Dicho lo anterior, se comprenderá que cuando afirmo que Napoleón, considerado como general, fue un gran general, digo una verdad social, pero también que cuando sostengo que Napoleón, visto como hombre, como unidad humana, fue un ser subhumano sostengo otra verdad, en este caso verdad humana, porque si se pretende pesar a Napoleón en la balanza ética en que se pesan los valores humanos, es imposible hacerlo porque Napoleón carece de humanidad. Así, cuando digo que Unamuno fue un gran literato, proclamo una verdad, aunque verdad literaria; pero si, al margen de la literatura, como criatura humana, levanto mi tienda en medio de la humanidad, y en ella y desde ella afirmo que Unamuno, como hombre, no sólo no ayudó a los españoles a encontrar el camino de su libertad, sino que los distrajo, procurando llevarlos por vericuetos oscuros y torcidos, grito otra verdad, y ésta es verdad humana, pues Unamuno vivió de espaldas a la vida, cantándole a la muerte. Y la muerte ni ara ni siembra en los campos humanos.

Sólo considerando a Unamuno como el hombre de las contradicciones, puede ser comprendido que chocara con Millán Astray en aquel día del 12 de octubre de 1936, cuando al celebrarse en el paraninfo de la Universidad de Salamanca la fiesta de la raza, el general insurrecto gritó: "¡Viva la muerte!", porque sabido es que el señor rector le había cantado en verso y en prosa permanentemente.

Tampoco le debió haber molestado el segundo grito: "¡Mueran los intelectuales!", puesto que en el primero quedaban aquéllos incluidos, y Unamuno había dado gritos más estridentes y peores, por más inhumanos. De pensar es, empleando la razón y deduciendo con lógica, de las que tan poco amigo era, que don Miguel se molestó por considerarse personalmente ofendido como intelectual, puesto que no hacía muchos días que había hecho públicas manifestaciones de adhesión a los Millán Astray que se habían levantado en armas contra la República, y aquellos señores guerreros, que tanto amaba, no eran muy amigos de la inteligencia, siendo, como lo eran, de la violencia. Aquella manifestación afectiva a los del escuadrón en armas demostró, a las claras, que los insurrectos lo consideraban suyo, como de la familia, por eso eligieron su universidad para la fiesta, asombrándose cuando en presencia de la esposa del Caudillo, discursó contra las huestes de la Falange. Y es que con aquel hombre vivieron todos equivocados, porque no fue republicano, aun aceptando una diputación, por la República; ni falangista, aun proclamando su adhesión en medio de la plaza; ni carlista, ni socialista, ni libertario. Don Miguel de Unamuno, que no pudo vivir en paz con nadie, porque no era un hombre cordial, fue de Unamuno y de nadie más que de Unamuno. Con los jesuitas chocó con frecuencia porque no observaban fielmente los mandamientos del fundador de la Compañía, santo de su mayor devoción, y a los republicanos que lo llenaron de honores, los traicionó en los momentos más duros y peligrosos. ¿Cómo saber con este hombre de qué España hablaba cuando pronunció aquella frase, que repitieron los españoles con admiración y con asombro: "Me duele España en el alma"? Si no quería a los campesinos, que despreciaba; ni a los obreros de la ciudad, a los que aborrecía; ni a los intelectuales, a los que sin cesar les arañaba; ni a los liberales, a los que ridiculizaba; ni a los católicos, con los que guerreaba, ni a ninguno de los diferentes sectores en que se dividía España y la componían, ¿de qué España se lamentaba?, ¿qué España le dolía en el alma? Y se puede afirmar, conociéndolo, que la que le dolía era la España inexistente, la de la Edad Media, en la que él pensaba que debía vivir entonando el lúgubre canto del miserere, en la que quería vivir para Dios y no para el hombre.

En las paredes de la Universidad de Salamanca, por cuyas aulas pasaron tantos frailes, debe haber incrustado algún virus maléfico que atenta contra el hombre.

## CAPÍTULO XI

### ¿AMÓ UNAMUNO? ¿SUPO AMAR? ¿PUDO AMAR? ¿AMÓ DÁMASO ALONSO, POETA DEL MOVIMIENTO NACIONAL Y AUTOR DE UN LIBRO HORRENDO “HIJOS DE LA IRA”? ¿SUPO, PUDO AMAR?

Amor no se define. Se vive, se siente, se gusta, se actúa. Y por la manera de vivirlo, sentirlo, gustarlo, actuarlo, se conoce la calidad humana de las personas.

“Es el amor, lectores y amigos míos, lo más trágico que en el mundo y en la vida hay; es el amor hijo del engaño y padre del desengaño; es el amor el consuelo en el desconsuelo es la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermana”, empieza diciendo Unamuno al tratar del amor en el capítulo séptimo de *Del sentimiento trágico de la vida*.

He dicho más arriba, en el epígrafe, que amor no se define con lo que he querido dar a entender que *no puede definirse*, porque amor no es siempre uno y el mismo, constante y eterno, sino que es vario, diverso, cambiante. Cada persona que ama, y es casi imposible concebir que haya criatura humana que, a su modo y manera, no ame o haya amado, ama como no ama ni amó nadie más que ella; de ahí que el que define amor dará la definición del amor que él siente y vive, quedando fuera el de millones y millones de criaturas que no se hallan ni pueden hallarse dentro de ella. Así pues, definir el amor, dar una versión de él, explicar la que es, no constituye nunca regla. Cada uno de los que amamos, podemos y debemos decir: “ya amo así”, explicando nuestra manera de amar; pero quien dice “esto es amor”, no sólo se equivoca, sino que equivoca o engaña a quienes de buena fe toman su definición por verdadera.

El diccionario, que es el libro en que se contienen y explican las palabras de un idioma, nos dice que “amor es afecto por el cual busca el ánimo el bien verdadero o imaginado y apetece gozarlo”, definición ambigua y poco más o menos engañosa que la de Unamuno, ya que no es el ánimo el que busca, sino la criatura, y no el bien verdadero, pues en ciertos casos, en no pocos, el amoroso no busca para él un bien, sino persona a la que hacer un bien, porque amoroso y bondadoso se confunden con mucha frecuencia.

Pero volvamos a la definición de Unamuno, llevémosla a nuestra mente, o, mejor, a nuestro corazón, estudiémosla, sintámosla, dando vida en nosotros a cada una de las afirmaciones que contiene, y digámonos si, por nuestras experiencias y observaciones, podemos aceptar lo que el autor nos dice. Yo, que he amado, amo y amaré en tanto viva, afirmo que *mi* amor, no fue nunca tragedia. Y he dicho *mi* amor, no *el* amor, porque es del amor mío, del que ya engendro y crío en mí, del que vivo y actúo, del que puedo hablar con razón y a conciencia, no del de mi vecino, que sólo él conoce y vive y gusta. Podría ser, no lo dudo, que para Unamuno amor fuera tragedia, ya que él sin confesarlo, lo dice, puesto que así lo define, y cada uno define lo que siente y sabe; pero esa definición puede ser verdadera por lo que a él se refiere, sin que tenga relación alguna conmigo, ni, por consiguiente, con *mi* amor. Por las mismas razones creo y acepto que su amor fuera hijo de un engaño y padre de un desengaño; pero mi amor no nació así en mí, quiero decir que no fui engañado por la persona a la que amé, porque a mi amor por ella le di nacimiento en mi corazón, queriendo, con plena conciencia de lo que hacía y sentía, gustando aquel amor como a algo superior y mejor de mi vida. Podría suceder también que a Unamuno, desconsolado porque el amor no le diera lo que le exigía, le sirviera, cuando le apareciera y diera, de consuelo en su desconsuelo; pero yo, que no sufrí nunca desconsuelo

porque no me visitara amor ya que siempre lo llevaba conmigo, por ser mío, no tuve que recibir consuelo del amor, puesto que a más de no pedirle nada, me agradaba criarlo y recrearlo en mí alimentándolo con lo mejor que tenía y en mí creaba. No sé tampoco, lo confieso -más claro: no lo entiendo-, qué quiso decir con aquello de que el amor "es la única medicina contra la muerte, siendo como es hermana de ella", y no lo entiendo, aun después de haberlo consultado con otras, que tampoco lo entienden porque todas ignoran, hasta los místicos, que mucho saben de la muerte por saber poco de la vida, la interrelación que puede haber entre el amor y la muerte, ni el efecto medicinal que aquél le produce a esta, y menos todavía la fraternidad que puede existir entre la medicina y la muerte, todo lo cual se parece a aquello de "la razón de la sinrazón" de que se rió Cervantes. En fin, por esta primera definición del amor que nos ha dado don Miguel de Salamanca, no me entera de lo que él dice que es amor por lo que continuaré hurgando en sus definiciones que son muchas y muy bien adobadas.

Así, dice más adelante: "El amor busca con furia a través del amado, algo que está allende éste, y como no lo halla, se desespera". ¡Recontra con este amar del señor de Unamuno! ¡Recontra!, ¡recontra! Si no busca con furia más que el furioso, y al que está furioso, por tenerle miedo, le huye todo el mundo lógico que ese amor enfurecido se desespera más al no encontrar lo que busca ni aun buscándolo fuera del amado, que es el lugar menos a propósito para la búsqueda, porque si el amado no tiene el amor que el amor busca, es porque, temeroso, el amor del amado ha huido, y con razón, pues siempre hay que temerle a un enfurecido, aunque éste sea el amor.

"El amor no es en el fondo ni idea ni volición -vuelve a decirnos-; es más bien deseo, sentimiento; es algo carnal hasta en el espíritu. Gracias al amor sentimos todo lo que de carne tiene el espíritu". Claro que no es idea solamente, aunque quien lo siente y vive tenga idea de él, pero sí influye mucho en su mantenimiento y crianza la volición, pues no cría gallinas ni amor, más que quien quiere criar, y el que no quiere, no cría nada. Pero tirando de la manta, vamos encontrando poco a poco al lado de lo que no es amor, cenizas de amor y hasta algún rescoldo, porque el amor, mi amor, más que carne, es como perfume de mi carne, como el amor del rosal, si amor tuviera -y valga esta comparanza amorosa y perfumada- no es la flor, sino su perfume, pues el perfume de la flor del rosal, su amor, como el mío, no busca con furia a través del amado, sino que, "esenciado", se expande envolviendo a todos generosamente, arropándolos. Cuando alguien, un necesitado de amor aspira su perfume, y la flor "lo sabe", sonríe contenta, y cuando yo, como la flor, percibo que otro necesitado de amor gusta el mío, mi conciencia, que es yo mismo, se alegra, brincando el regocijo por toda mi carne. Y ni en ese recorrido de mi amor por todo mi cuerpo, ni en la aspiración del necesitado, ni en el diálogo que con él he sostenido para agradecerle su distinción, he tropezado con el espíritu, ese espíritu de Unamuno, que ahora tiene carne y vive trágicamente, desesperado, buscando siempre y no encontrando nunca. Y es que ni el rosal ni yo buscamos a alguien que nos dé, porque somos nosotros los que damos, y en el dar y con dar goza nuestro amor, que somos nosotros.

"El amor sexual es el tipo generador de todo otro amor", dice, lo que equivale a afirmar que el amor humano está en el sexo y sólo en el sexo, ya que ese todo no nos permite excluir de él a ningún otro amor.

Quien haya leído las obras de Unamuno reposadamente, analizando sus afirmaciones y sus negaciones, habrá observado que no pocas veces están hechas unas y otras a la ligera, como si no obedecieran, o no las generaran, pensamientos maduros, sino ideas volanderas, tal ésta de que en el sexo está todo amor. En el sexo está, parece ser que ahí radica, el instinto de procreación sin el cual se extinguiría nuestra especie; pero el dar cumplida satisfacción a los instintos sexuales no es todavía amor, ya que sin amor también son satisfechos. Si amor y sexo pudieran ser confundidos, los animales amarían. Y, que nosotros sepamos, no aman. En la época del celo se buscan para dar satisfacción a lo que el organismo les pide con fuerza irresistible; pero una vez llenas tales necesidades suelen separarse, y hasta los que forman

pareja, no se buscan ni aun para cazar. Amor no es sexo. La atracción sexual no es amor, es instinto. Ese instinto puede llevarse a término brutalmente o amorosamente, tomando a la hembra sin consideración alguna, satisfaciendo el deseo sin preocuparse de su dolor ni de su placer, o haciendo el macho cuanto puede para agradarle, rindiéndosele entonces con voluntad y entregándosele con placer, estando, por consiguiente, más cerca de la animalidad el acto brutal y más cerca del amor humano el acto voluntario. De éste puede partirse como del punto que llevará al amor, reservado al hombre, o, mejor, a la pareja humana, única generadora del amor sublime, y que no tiene que ver nada con lo de “confundir sus entrañas en un apretón de furia”, pues la furia no tiene parentesco con el amor.

No pongo en duda, él lo dice y yo debo creerlo, que en Unamuno el proceso amoroso empezara en el sexo, por lo que considero que no pudo ni sentir, ni gustar ni gozar de los bienes de un amor excelso; pero en mí no sucedió tal cosa. Amé con pasión a una jovencita que iba conmigo de la mano a la escuela, y casi podría decir que con pasión de orífice por lo hermoso y claro que hice mi amor, aun antes, mucho antes de despertármeme el sexo y de pensar en él; amé a mi madre con un amor tan candoroso y tierno, como si ella reuniera en sí todas las perfecciones y en mí naciera tan natural como las yerbecillas en el campo; amé a mi padre con admiración, podría asegurar que con veneración, considerándolo como el hombre más fuerte, noble y bondadoso; amé a mis hermanas, porque al convertirse en mis maestras y enseñarme a leer, descubrieron ante mí pedazos de universo amoroso que yo fui cosiendo con el hilo de mi ilusión y más tarde con el de mi experiencia, y amé a mis amigos envolviéndolos en mis ingenuas y dulces fragancias, que se unían en mi corazón a las que en mi casa y de mis seres queridos recibía y a las que me regalaban mis vecinos y mis vecinas, los viejos muy viejos que me daban consejos de patriarcas, y las viejecillas muy viejas que me acariciaban con sus dedos suaves y rugosos y con sus ojillos semi-cerrados, como si quisieran obsequiarme la luz que les quedaba. Cuando se me despertó el sexo, ya estaba preparado para los grandes amores, tanto para darlos como para recibirlos, para que mi perfume perfumara a otros, como para recibir sus fragancias; y fue como si amaneciera a otra vida más placentera y bella.

Tuve la suerte -y suerte grande fue- de ser iniciado en el amor genésico por una mujer inteligente, exquisita, magnífica, haciéndome conocer y gustar la plenitud amorosa, pero también la plenitud corporal y mental, porque fue entonces cuando me elevé a la jerarquía de hombre, sin la cual no hubiera podido generar en mí el sentimiento de formar parte de la humanidad. Sabido esto, me asomé al mundo humano, y, al verlos amar, declaré a los hombres hermanos míos, y con el verso de Terencio que, después de hacerlo mío, había subido de mí mente a mi corazón, nada que tuviera relación con mis hermanos me fue ya extraño.

No comprendo, en verdad, a Unamuno cuando dice que “en el amor y por él buscamos perpetuarnos y sólo nos perpetuamos sobre la tierra a condición de morir, de entregar a otro nuestra vida”, porque en medio del deleite amoroso no tuve tiempo de pensar en mi perpetuación, sino de entregarme, para llegar, por mi total entrega, a la plenitud de amor, anhelante de que también la alcanzara mi compañera. ¿Morir? ¿Quién pensaba en morir si aquello era un vivir en grado tal como no puede alcanzarse otro en la vida? ¿Que ese goce excelso “es una sensación de resurrección de resucitar en otro, porque sólo en otros podemos resucitar para perpetuarnos”? No es cierto, no es cierto, porque aquel goce excelso no fue en mí “una sensación de resurrección de resucitar en otro”, ni aun siquiera un renacer mío, porque fue un nacer, una explosión de alegría jamás sentida, una sensación nueva. Yo creo que los que en el acto amoroso experimentan o sienten el deseo o la sensación de resurrección de resucitar en otro, es porque se distraen en el momento de amar, porque no sienten ni gozan totalmente ese momento de plenitud. Y creo más: que no perfuman la vida de los otros porque no son perfume, porque no son amor. El que es amor no piensa en tal momento, porque ni una de sus células, aun la más modesta y oculta, deja de estar trabajando en función de amor, y si acaso llegara a pensar, pensaría en amar, en darse por completo, en regalarse, en ser manjar para que la amada, deseosa de amar, se satisfaga. Porque no hay en el amor, según yo lo



comprendo y vivo, "algo trágicamente destructivo", sino que, al contrario, todo ese enorme caudal de sentimiento que en el amor nace y crece, va construyendo la personalidad humano-amorosa, dándole el tono y el toque de humanidad, y enriqueciéndola con cada nueva sensación como se enriquece el árbol con cada rama nueva, como no es ni puede ser verdad que los amantes "al abrazarse se odian tanto como se aman", pues considerar que el amor y el odio pueden darse en la misma persona y en el mismo momento de amarse, es una blasfemia humana. El odio no engendra, el odio no cría, el odio no ama.

"Es posible que haya quien para mejor perpetuarse guarde su virginidad -dice-. Y para perpetuar algo más humano que la carne. Porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte. El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija". Sí, es posible que los no-humanos con sueños de espiritualización y de eternización traten de martirizar su carne, prohibiéndole los goces de amor. Es posible que así obren por creer que deben perpetuar su espíritu, más humano, para ellos, que la carne. Y es posible que crean que lo que perpetúan en el hijo "es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte", porque "el amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija" (y he repetido eso por parecerme terrible e inhumano). Pero eso les puede suceder a los que no alcanzaron o perdieron o renegaron de lo humano por creer lo humano y aun la humanidad fueran lo falso; eso les puede de ocurrir a quienes como Juan de la Cruz, tan admirado, se vacían de *todo* su contenido humano para, libre de tan inservible lastre humanístico, poder volar a Dios; eso pueden sentirlo y hacerlo los que como Francisco de Asís, tan ensalzado porque llama hermano al lobo y hermanas a las florecillas, somete a sus hermanos verdaderos, que son sus frailecitos, a tales privaciones, que se le mueren de hambre, de frío y de miseria; eso pueden hacerlo quienes como Teresa de Avila imponen tan dura disciplina en sus conventos como para dar lugar a que, por inaguantable, protesten las pobrecillas e infelices monjitas que, sin atrevimiento para morir, la resisten; eso pueden sentirlo y publicarlo los que como Ganivet no tiemblan al pensar, desear y pedir que un millón de criaturas humanas sean echadas a los lobos por cometer el delito de pensar; eso solo pueden pedirlo a desesperados gritos los que, como Unamuno, invitan a la formación de un escuadrón de flageladores que cierren y tapen toda rendija por la que los hombres puedan asomarse para verse y amarse; eso pueden emprenderlo y llevarlo a término quienes, como Franco, o como Hitler, o como Stalin, por abominación de lo humano, destruyeron a los humanos, sin que tales destrucciones les produjeran dolor; eso pueden hacerlo los que, por haberse deshumanizado -y los que se deshumanizan se vuelven fieras-, obran como los lobos y no como los hombres. Sí, sí; eso pueden hacerlo los no-hombres, los no-humanos, los alabados, los que tiraron a la basura los sentimientos humanos que, al nacer, les pusieron sus madres en su morral de viaje. Sí, eso pueden hacerlo, y lo hacen, los que, perturbados -se deja de ser hombre por perturbación mental, por enloquecimiento-, gritan en medio de la calle que los hombres no amen, no engendren, porque sus hijos estarán fundidos en carne de dolor, serán dolor, hermanos de la muerte; pero los hombres, los verdaderos hombres, los que aman a sus padres, a sus hermanos, a su familia y a su pueblo, esos no lo hacen, no pueden hacerlo.

Si en verdad nuestro refrán de que "un loco hace ciento", verdad es que la demencia es contagiosa, porque la última experiencia delictiva, que fue la guerra española, demostró que por contagio demencial unos cuantos dementes que creyeron que la muerte era la madre del amor, lo ahogaron en sus pechos para entregarse, sonrientes, a la matanza de hombres, y ahogaron el amor humano, su amor humano, por creer que de la muerte del amor carnal nace el amor espiritual, que es el amor sin carne -aunque acaba de decir Unamuno que sí la tiene-, el amor sin hombres, y algunos creyeron eso, y se contagiaron, y, enloquecidos, alabados, obraron como Jobos, matando a sus hermanos y aun dejándose matar con cierta sádica alegría por creer que lo que moría era lo peor de ellos, su miserable carne, en tanto lo mejor, su resplandeciente espíritu, se elevaba al cielo a fundirse con el gran Todo, porque "la finalidad del hombre es ir a Dios" según afirmó nuestro comentado y sabio maestro. A lo que agregó: "Sólo

es divino lo que sufre". A lo que podríamos oponerle con más razón: Sólo lo que goza es humano.

Pero... Anoche, en este mi retiro, al que llega el eco de los cantares que los mozos que van de ronda entonan al pie de las ventanas de sus mozas para comunicarles su optimismo, su alegría y su esperanza, hojeaba algunos libros que quería seleccionar para destilarlos en mi alambique, cuando, sin saber cómo, me encontré en la mano con uno que me llamó la atención por su título: *Hijos de la ira*. Su autor, Dámaso Alonso, uno de los mejores poetas con que para su ensalzamiento contó el Movimiento Nacional de la Falange en armas. Me extrañó el título, porque ningún poeta ignora, aunque sea falangista, que la ira no engendra y no puede tener hijos, pues engendran los seres vivos, pero la ira, estado demencial, de cólera, de rabia, de furia, de enfierecimiento del hombre que ha perdido el juicio, no puede engendrar. Pero como el editor me decía que se trataba de "un penitente español, que bajo la sombra invicta del ciprés reza dirigiéndose a Dios", abrí el libro y empecé a leer para saber lo que el penitente rezaba.

Contiene veintiséis *poemas*. Los he leído todos, con sus puntos y sus comas, y, al leerlos, he comprendido a Falange mucho mejor de lo que hasta entonces la habla comprendido. Los falangistas son pasionales, violentos, arrebatados, iracundos, por lo que no sólo tienen que despreciarse a sí mismos por creerse indignos, sino que su vida furiosa les obliga a odiar a sus semejantes. Un Estado falangista tenía que ser, por fuerza, un Estado de opresión de odiosidad, de execración, de saña.

Sería preciso, para que mis amigos lo conocieran, si es que no lo conocen, transcribir íntegro el libro, que responde cabalmente al título, *Hijos de la ira*, porque cada poema es una rama desgarrada, descuajada, del árbol de la ira, que el autor se ha forjado. Pero ha de bastar, para formarse juicio, con la presentación-retrato que el autor hace de sí mismo:

*Si van por la carretera del arrabal, apártense, no les inficione mi pestilencia.*

*El dedo de mi Dios me ha señalado: odre de putrefacción quiso que fuera este mi cuerpo, y una ramera de solicitudes mi alma, no una ramera fastuosa de las que hacen languidecer de amor al príncipe sobre el cabezo del valle, en el palacete de verano, sino una loba de arrabal, acoceada por los trajinantes, que ya ha olvidado la palabra amor, y sólo puede pedir unas monedas de cobre en la cantonada.*

*Yo soy la piltrafa que el tablajero arroja al perro del mendigo, y el perro del mendigo arroja al muladar.*

*Pero desde la mina de las maldades, desde el pozo de la miseria, mi corazón se ha levantado hasta mi Dios, y le ha dicho: Oh Señor, tú que has hecho también la podredumbre, mírame, yo soy el orujo exprimido en el año de mala cosecha, yo soy el excremento del can sarnoso, el zapato sin suela en el carnero del camposanto, yo soy el montoncito de estiércol a medio hacer, que nadie compra, y donde casi no escarban las gallinas.*

*Pero te amo, pero te amo frenéticamente.*

*¡Déjame, déjame fermentar en tu amor, deja que me pudra hasta la entraña, que se me aniquilen hasta las últimas briznas de mi ser para que un día sea mantillo de tus huertos!*

Y esto no es humildad, sino soberbia, trágica y terrible soberbia. Porque existe en el humilde que no pierde su condición de hombre un estado de alerta de su conciencia que le obliga a mantener con dignidad su hombría, en cuyo caso la humildad puede ser considerada como estado de pureza humana, virtud que se opone a la soberbia. Pero si no mantiene la pureza de su hombría por pérdida o abdicación de su dignidad; si, infiel a sí mismo, se achica y rebaja hasta la ruindad; si, por atruhanamiento, pierde su condición de hombre moral, el que quiso presentársenos como humilde es un impostor que chapotea en la vileza. Y el vil aunque le ofrende la vida a su dios, es despreciable, porque lo abyecto no es valor cotizabile ni aun en el cielo.

Con la savia de estos cantores se nutrió el Movimiento Nacional de la Falange. El hombre que se considera a sí mismo excremento de perro sarnoso, no está capacitado para amar, y no ama. El excremento inficiona el ambiente, y quien como este poeta confiesa que tiene el alma "como loba de arrabal, acoceada por los trajinantes", muerde, que es lo único que saben hacer los lobos y las lobas.

Tú tampoco amaste, Unamuno. No supiste amar. Quizá no pudiste. Porque no hay otro amor humano que el amor del hombre a la criatura humana: al padre, a la madre, a la novia, al amigo. Y tú no gozaste esos amores. Porque lo que tratas en tus libros lo que cantas, como ese poeta, que bien podríamos considerar como hijo tuyo, hijo de la ira trágica: lo tuyo, no son hombres, son sombras, son fantasmas. A tus semejantes no los viste, porque no tuviste semejantes. Corno no tuviste contemporáneos. Fuiste un nombre de ultramundo o de submundo. Si hubieras sido de este mundo y hubieras tenido contemporáneos, los hubieras visto sangrar y, condolido, les hubieras tendido los brazos. Y les volviste la espalda y tendiste tus dos manos a Dios, pidiéndole que te llevara, con él, que te inmortalizara, que te hiciera también a ti Dios, alejándote de los labriegos, que eran hermanos tuyos, de carne y hueso. De la carne y de la sangre que despreciabas queriendo ser espíritu.

Tú, que conoces tantas cosas, conocerás, sin duda, esto de Guyau: Sueña el filósofo que un ángel lo toma en sus brazos para elevarlo al cielo; pero cuando van alejándose de la tierra, oye algo que le parecen sollozos y lamentos, por lo que le pregunta al ángel qué es aquello, contestándole éste: "Son los quejidos de los hombres que sufren allá abajo, en la tierra". "Pues si mis hermanos sufren no quiero ir a Dios". Y soltándose de las manos del ángel, volvió a la tierra.

Pero eso pudo soñarlo y escribirlo Guyau, que era un hombre. Como aquello del perdón, que soñó y escribió Cervantes, que era otro hombre.

Porque no amaste al hombre, porque no predicaste amor y perdón, como Guyau y como Cervantes, ni tus discípulos te perdonaron. Tus discípulos, que fueron los Millán Astray y los Franco. No te perdonaron, porque no conocieron el sabor del perdón. Les enseñaste a odiar, y odiaron. Y los que odian, matan. Irremisiblemente. Si vivieras hoy, tendrías que morirte para no ver lo que hicieron tus discípulos, los que formaron el escuadrón de flagelantes que tú les dijiste que formaran: jóvenes en flor, asesinados; muchachitas en la edad del amor, estupradas, hozadas; madres llorando lágrimas de sangre; padres maldiciendo. Por ellos, por los que sufren, hoy te maldicen todos: los hombres, los niños, los campos, los ríos, los mares, los aires, los pájaros. Si volvieras, no encontrarías un palmo de terreno del que no brotara una maldición.

Pero ya eres inmortal, que era lo que buscabas, lo que apetecías, lo que anhelabas. Ya eres inmortal. Y alcanzaste la inmortalidad por tu odio al hombre: por atacar contra el hombre, por vender al hombre. Como nadie le pagó a Caín su deuda de sangre ni a Judas su venta del hombre, nadie ha de pagarte a ti, que hay deudas que se contraen a perpetuidad y no pueden saldarse, y no deben saldarse, para que duren tanto como las razas, para que sean recordadas por siempre, siempre.

Si, como deseabas, vivieras en el cielo, que rechazó Guyau, y desde allí quisieras volver a mirar los campos de Castilla, que dijiste querer, ya no podrías verlos porque los cubrieron los cadáveres de los castellanos que asesinaron los flagelantes de tu escuadrón. Murieron los labriegos que estorbaban en el paisaje, y ya no hay labriegos ni paisaje. La tierra parda de los ricos trigales es roja ahora. Los de tu escuadrón la tiñeron con sangre.

Si el Caballero Manchego de la Triste Figura resucitara, te retaría a duelo. A ti y a tu Quijote, que fue un impostor.

## CAPÍTULO XII

### LOS HOMBRES DEL 98

Por dos caminos podemos llegar a conocer a un hombre: por el de su verbo y por el de su acción. Pero aunque su palabra nos enamore, por su conducta será por la que lo juzguemos.

Ha muerto Azorín. Las emisoras de radio y televisión han dado la noticia al mundo, muy especialmente al mundo americano, y los que la han recibido han sentido su muerte según el grado de aprecio que le tenían, pues si unos lo querían como literato, otros recelaron siempre del hombre.

Sí, Azorín, el último sobreviviente de los que formaron la “generación del 98”, ha muerto. Poco a poco, y uno tras otro, sujetos a inexorable ley, han ido desapareciendo todos. Queda su obra literaria, que aquí no discutimos. Fue suya. Y, como suya, la dieron. Sus amigos la aplaudieron; los que no lo fueron, no le regatearon tampoco elogios. No he de hablar aquí, por lo tanto, de Azorín literato, sí de Azorín hombre, aunque en toda obra literaria se encuentra fácilmente, y sin mucho escarbar, la hombría de su autor. Tampoco hablaré, para juzgarla, de la obra de los demás literatos del 98, pero sí diré algo de su contextura humana, refiriéndome al bien o al mal que, visto desde el especial punto de mira en que me coloco, causaron a los españoles y a los americanos, ya que en América se leyó a estos hombres tanto o más que en España.

Azorín había creado un tipo novelístico del que se enamoró con el correr del tiempo, y al enamorarse del nombre, tiró el suyo al arroyo y se vistió con el nuevo, que llegó a ser, por creación y adopción, el suyo propio. E hizo bien. Cada uno puede y debe ponerse, cuando el suyo no le gusta, el que más le acomode, puesto que la predilección por el nombre corre pareja con la elección de vida, o mejor, con el rumbo que el ansia de vivir le traza o trata de trazarle a su vida. Y él, provinciano, se había trazado el suyo desde que abandonó su pueblo, conquistar Madrid, para, una vez Madrid conquistado, conquistar España, porque en América pensaba poco el joven, pues la desconocía. Para los mozos del 98, que no eran geógrafos, la geografía se reducía, excepción hecha de Valle-Inclán, que había pisado México, y de Unamuno, insaciable buscador de paisajes, a la Península Ibérica, aunque no conocieran Coimbra.

Debió pensar el joven soñador de conquistas que no le sería fácil conquistar Madrid llamándose José Martínez Ruiz, nombre prosaico, ya que de esos nombres estaba llena España, llevándolo con orgullo gañanes y gitanos, así que, levantino y poeta, quiero decir, audaz y visionario, se colocó el nuevo nombre, paseándolo por Madrid con la arrogancia y garbo de sandunguera capa. Martínez, pensaba en sus adentros, era un nombre plebeyo, sin son ni alcurnia, molestándole al mozo porque germinaba ya en él un aristócrata, y Ruiz, monosilábico, era corto, pequeño, ruin, insignificante. Necesitaba adornarse con un nombre que tuviera por lo menos tres sílabas y que, al ser pronunciado, diera idea y sensación de ala. Así, de azor, ave de fuerte vuelo, creó Azorín, haciéndole punta para poder clavarlo como banderín que marcara su paso en las laderas de la montaña que pretendía escalar. Y no quiso hacer con él, por modestia, como alguien asegura, un diminutivo, deseoso de no ser visto, de pasar desapercibido, sino muy al contrario, para que se fijaran en él, un aumentativo, y más todavía un superlativo, y sí, como buen hablista, no se atrevió a llamarse Azorísimo, porque hubiera descubierto su orgullo y su inmodestia, que deseaba mantener guardadas bajo siete llaves, se dio el que era, como de ave de presa, garra y ala, escalo y cumbre, así que muy contento con su hallazgo, se echó sobre los hombros Azorín, y lo paseó, con *recatada* insolencia, por el Madrid literario. Y fue un acierto, el primer acierto del audaz, visionario, conquistador y aventurero joven.

En sus primeros tiempos -tiempos de ingenua y pueblerina infancia-, firmaba sus artículos con el nombre de Cándido; pero como el madrileño es guasa viva, los amigos de que se iba haciendo en cafés y pensiones baratas, lo molían a chistes, decidiéndose muy pronto a abandonarlo. Se vistió el nombre nuevo, se cambió de pensión, abandonó el café de la Puerta del Sol por uno de Alcalá, en el que pontificaban unos cuantos señores, y se dedicó a visitar redacciones y a conquistar amigos, pensando entonces que podía formar con otros jóvenes aspirantes a literatos, también audaces y aventureros, un grupo en que apoyarse, por lo que con la idea laténdole en la entraña; fue fijando su atención en unos cuantos, que, descontentos como él y como él con garra, tenían el atrevimiento de hablar mal de Madrid en el Madrid que les daba cobijo, demostrando con ello que querían "aterrorizar" a las gentes de letras, abriéndose paso a zarpazos en la selva literaria. Reclamaban un sitio, un lugar, y el que reclama, no lo hace nunca con palabra meliflua, sino empujando y gritando. Y así lo hicieron.

Con paciencia, poco a poco, fue eligiendo a los mozos, para lo cual revisaba estilos, pesaba atrevimientos estudiaba nombres, a los que concedía gran importancia, muy explicable en él, que se había *dado* uno sonoro, pinchado, valiente. Así, Unamuno, cuya o final le daba sonoridad, peso y fuerza, le pareció nombre macizo, como su estilo, por lo que fue el primer elegido; Baroja, que, por la jota, debía pronunciarse como un desgarró, que así escribía el joven e irreverente Pío, no era nombre corriente ni despreciable, por lo que fue el segundo; a Maeztu le encontró sabor romántico y olor a Pirineo, cuyos vientos filtraban sus amores y sus delirios por entre las olorosas hojas de corpulentos y centenarios pinos; al descubrir en Machado música y danza, se enamoró de él, comparándolo a un pasodoble florido y marchoso, y Ramón María del Valle-Inclán, que todavía no se llamaba don Ramón, ni usaba estafalaria barba ni era esperpento, pero que traía bajo el brazo pergaminos más o menos auténticos, desenterrados en sótanos de viejas catedrales, deslumbró al joven de Monóvar, que ya había abandonado el traje de Cándido y se había vestido con el de Azorín, que parecía un cantarillo. Por aquel tiempo de dudas, de tanteos, de ambiciones, no había leído a Ganivet, cuya vida, al servicio de la Monarquía, transcurría en el extranjero.

Solo en la capital de las Españas -que así le llamaban todavía los viejos hidalgos a Madrid-, sin amistades entrañables, sentía la necesidad de rodearse de personas que le dieran, si no cariño, sí calor, que lo apoyaran, que le sirvieran de marco y le hicieran coro -a pesar de andar vestido de Azorín, Martínez Ruiz continuaba siendo Cándido, niño de pantalón corto aunque de ambición larga-, pues si bien iba ya dándose a conocer con su prosa, que olía a mar y almendros, asomaba a sus labios resecos tristeza de orfandad. Así, allá por el año de 1900, teniendo él veintiocho, habla de un grupo, que apellida de "los tres" y que, según el huérfano de amores y de apoyo, componen Maeztu, Baroja y el propio Cándido. Fue el primer escalón que se fabricó, su primer punto de apoyo, su primer montoncito de tierra desde el que, como buen soñador, pensaba elevarse a las alturas.

El grupito, que casi pasó desapercibido, no despertó sospechas en la república de las letras, pues por lo poco numeroso, más parecía de amigos de café que de principiantes de literato. Pero aun lanzado con tanto miedo como entusiasmo y fervor a los cuatro vientos de Alcalá y de Pombo, se dio cuenta en seguida de su insignificancia, porque él necesitaba más amplio marco, coro más numeroso, algo, en fin, de lo que pudiera esperar más ayuda. Así que, en silencio, trabajo mental de joven precavido y ambicioso, sí que también, y a la vez, un tantico miedoso, dedicó sus ocios a agrandarlo en su imaginación, seleccionando con toda meticulosidad y cuidado a quienes a él le parecía que estaban, desde el punto de vista de la ambición, más concordantes con él, porque realmente no había parentesco de pensamiento entre los elegidos, sino un ansia de subir concordante, que, al formar el grupo, se transformó en redoblada audacia.

(Pensándolo detenidamente se ve con claridad que lo que Azorín quería formar, y al fin formó, era una comandita de las letras, en la que se reservó la gerencia, confiriéndole a Unamuno, hombre de más poderosa garra, la dirección de la empresa).

Desde muy temprano se vio al director ejercer influencia sobre aquella juventud desperdigada, pero anhelosa de laureles. Como hombre más granado y con mejor bagaje, va más seguro por el camino que él ha ido abriéndose a hachazos. Escribe más y en prosa más segura, de mayor macicez; demuestra haber leído más -ya hace gala de citas en sus escritos y, por lo tanto, de erudición-; se percibe ya claramente su originalidad; ataca problemas de lenguaje, de religión y de filosofía con mayor dominio; defiende con ahínco una posición españolista, que él llama castiza, y que enamora y cautiva a los jóvenes aspirantes a literatos, quizás porque a su casticismo le ha dado una buena mano de barniz religioso. Se puede afirmar sin temor a equivocarse que su temprana fecundidad les suministra temas a los más jóvenes, tal el del quijotismo que convirtió en fervorosos quijotistas a todos los que habían de ser más tarde sus amigos, aunque fueran también sus inconfesados discípulos. El fue el primero que habló de Ganivet, después de su suicidio, y por él se le despertó a Azorín el apetito ganivetiano.

Nuestro mozo -y continuamos hablando de Azorín-, siempre descontento, trata de formar ocultamente, y para su uso, un arsenal, tomando a sus amigos, más que como a soldados, como a explosivos con los que ha de dar un día la batalla, su gran batalla. Con esa idea en la mente, deja de hablar del grupo de “los tres” y pone en circulación otra: la de una “generación de 1896”, año del arribo de Martínez Ruiz a Madrid, que él se imagina que había de registrar la historia. Pero la idea de la tal generación, recibida entre chistes en los mentideros madrileños, desprestigiada desde su nacimiento -chistoso hubo que aseguró que había nacido la niña enferma-, murió en seguida. Sin embargo, el levantino no se descorazona, pues a poco da a conocer la que él llama la “generación de 98”, que, recibida con desconfianza por unos, es apadrinada por otros, quizás porque 1898 había sido el año del llamado desastre colonial, y en los patriotas el patriotismo despierta siempre sentimientos de aprobación y aplauso a todo lo patriótico.

¿Que quiénes la formaron? El nos los dice: Unamuno, que nacido en 1864, tiene 34 años en 1898, fecha del nacimiento generacionista, según su inventor; Ganivet, que nació en 1865, por lo que tiene 33 años a la hora de nacer en la generación que crea Azorín; Valle-Inclán, que ve la luz primera en 1866, aunque la segunda lo sea en 1898, teniendo, por lo tanto, cuando vuelve a nacer, 32 años; Baroja, que se asomó al mundo en 1872, y cumple 26; Azorín, que por haber nacido en 1873, tiene 25; Maeztu y Machado, benjamines del grupo, que nacieron en 1875, y tienen 23 cuando en Riga se suicida Ganivet.

Baraja, no obstante haber sido distinguido con su inclusión en el grupo que despertó celos, envidias, críticas y aplausos, entre los literatos no incluidos, negó la existencia de tal generación, diciendo: “Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni siquiera el nexos de la edad, no es una generación”. Y, refiriéndose a Ganivet, incluido por Azorín en el grupo cuando ya se había suicidado, dice con su acostumbrada soltura: “Se ha dicho que la generación seguía la tendencia de Ganivet. Entre los escritores que conocí, no había ninguno que hubiera leído a Ganivet. Yo tampoco. Ganivet, en ese tiempo, era un desconocido”, lo que abona mi tesis de que su inclusión en el grupo se debió a la influencia que Unamuno ejercía sobre Azorín, puesto que aquél era el único que, por coincidencia de pensamiento, lo conocía. Había en Ganivet y Unamuno cierto sentimiento místico-patriótico-castizo-religioso que los aproximaba. De modo que no erraban los que aseguraron que la inventada generación seguía la tendencia de Ganivet. Después que éste habló de echar un millón de españoles a los lobos, Unamuno invitó a la formación del escuadrón que convertiría en hecho de sangre la idea del representante del rey de España en Riga.

Y bien, la generación, aunque, según Baroja, no lo fuera, quedó "formada" y el español y el mundo americano la aceptaron, muy especialmente por su crítica, que utilizaban, como piqueta de derribo, con tanta inconsciencia como audacia. Machado, uno de los más jóvenes, y por ello y también por andaluz, más arrebatado, ensañándose con la España que decía amar, la llama "vieja y tahúr", y al leer aquel exabrupto los americanos de nuestra lengua, no sólo se sonrieron aprobando el insulto, sino que lo aplaudieron, y no sólo lo aplaudieron, sino que, al hacerlo suyo, les removi6 viejos y mal curados rencores, porque les agrandó la herida que los conquistadores y encomenderos les habían dejado abierta.

"Efectivamente, se dijeron, si sus hijos, «sus mejores hijos», poetas y escritores, afirman que España fue una vieja tramposa ¿cómo no creerlos?" Y como no se puede respetar ni menos querer a una vieja alcahueta que a su vejez une sus pústulas y sus vicios, lógico fue que, exacerbados los rencores, los pueblos de América trataran de borrar hasta los menores vestigios de la Colonia.

Al conseguir su trabajosamente ganada libertad, los que habían luchado contra España sintieron como si sus odios se fundieran con ellos, con su carne, y otorgándoles personalidad, los tomaron por consejeros, por lo que renegando del idioma que consideraban como postizo, trataran de corromperlo, destrozarlo, abandonarlo para formar cada pueblo independizado el suyo propio. Y cuando se aplacaban los odios y amainaban los rencores; cuando las heridas iban cicatrizando; cuando voces sensatas hablaban de la gran pérdida que representaría para la cultura universal que una lengua sonora, brillante, sencilla, hermosa y bien construida se perdiera en América, llegaron aquellos jovencuelos gritando y maldiciendo contra la madre que les había dado el habla, y como los gritos y las acusaciones contra su madre eran porque la "vieja" no había sabido ni podido retener por más tiempo en esclavitud a las criaturas de sus últimos dominios, exasperaba a quienes habían soportado durante siglos su tiranía, pues la locura de aquellos jóvenes no podía alcanzar más desabridos tonos: insultaban a su madre cuando por su exhaustez estaba más necesitada de ayuda, de consuelo y, sobre todo, de que se le mareara un nuevo rumbo que la llevara a puerto de salvación, pues aquella crítica, llorante y mordiente, no iba dirigida contra la reyecía y la clerecía, causantes de su pobreza y realizadores de todos cuantos desmanes se habían cometido en su nombre, sino contra la madre con todos sus hijos, millones de los cuales no habían hecho otra cosa que sufrir en sus carnes los zarpazos de los poderosos.

En fin, al formarse aquella comandita literaria y conforme iba pasando el tiempo, las discrepancias de pensamiento de que se quejaba Baroja, fueron limándose y las coincidencias apareciendo -Unamuno ejerció siempre en el grupo poderosa influencia-, de modo que, a poco andar, aquel infantil liberalismo -más que liberalismo, *revoltosismo* (alguien, indocumentado, se atrevió sin ningún fundamento a llamarlo anarquismo)- de los jóvenes literatos fue desvaneciéndose y su natural conservatismo creciendo hasta mostrarlo en sus escritos y en su conducta con claridad, pues aunque en cada uno de ellos se manifestara, como era lógico, de una manera, en el fondo de su reaccionarismo cubierto con finísima capa de barniz liberal, aparecieron los caracteres demostrativos de su igualdad.

En Cuba, Puerto Rico y Filipinas, restos del imperio colonial español, el malestar de los nativos, siempre latente, daba lugar a constantes levantamientos, agudizándose de tal manera desde 1890 que obligaban al gobierno de la península a mantener un ejército en pie de guerra superior a sus posibilidades, pues si en 1895 había en Cuba un ejército de tierra de 180,000 hombres, más otros 60,000 de marina, bien puede asegurarse que había 100,000 más en Puerto Rico y otros 150,000 en Filipinas, ya que ese año fue de frecuentes insurgencias contra España, como si se quisiera acabar de una vez y para siempre con el vasallaje. Aquellos ejércitos agotaban las pocas reservas que en dinero y en hombres le quedaban.

Por aquellos días, nuestros mozos, que habían gritado en todos los tonos su patriotismo -era ésta una de las herramientas que utilizaban para abrirse camino-, tienen: Machado y Maeztu 20 años, Azorín 22, Baraja 23, Valle-Inclán 26, Ganivet 30, Unamuno 31. Están todos, por lo tanto, en edad militar, pues el gobierno, necesitado siempre de hombres, que las guerras devoraban, obligaba a ir a filas hasta a los reservistas de más de treinta años, casados y con hijos. No obstante, no se tienen noticias a pesar de su patriotismo y de su guerrerismo de haber ido, como reclutas, a los cuarteles, y menos de que se contaran como voluntarios entre las tropas de línea que guerreaban en Asia y en América. Y se explica. En el jerarquizado sistema de vida español -los estamentos se conservaban y respetaban como en la Edad Media- existía el derecho de compra de hombres, de modo que un mozo que en el sorteo de su pueblo le había correspondido ser soldado, podía comprar a otro para que hiciera el servicio militar por él, lo que daba lugar a mil consentidos embrollos, que servían para que salieran libres los que tenían dinero y soldados los que no lo tenían, de modo que, irremisiblemente, vendiéndose o sin venderse, el mozo pobre iba a la guerra y el rico se quedaba en su casa cuidando y disfrutando patrióticamente de su hacienda. Pero cuando las exigencias guerreras obligaban a ir al cuartel a los que con trampas se habían salvado, podía encontrarse fácilmente algún mozo inútil -había agentes que se dedicaban al “negocio” de compra-venta de carne humana para la guerra-, siempre que algún alcalde certificara que estaba útil, y alcaldes no faltaban, o algún hijo de viuda que se hubiera librado por su pobreza, o alguno de padre sexagenario que viviera en miseria, ya que abundaban las situaciones de extrema pobreza, que obligaban a venderse a los mozos para dejarle a la madre o al padre un puñado de pesetas, que nunca eran muchas. En las calles y en los campos de pueblos y aldeas protestaban a gritos los campesinos porque los hijos de viuda pobre iban a los cuarteles quedándose en sus casas los hijos de viuda rica, abundando los casos en que se declaraba inútiles a hijos robustos de terratenientes, y sanos y aptos para todo servicio a mozos enclenques cuyos viejos padres pedían limosna. Además, se inventaban exenciones que no figuraban en las ordenanzas y se dejaban de cumplir otras que estaban bien expresas. Por las primeras, se libraban de ir a la guerra empleados de ministerios e hijos de ministros, gobernadores y diputados, tanto y más los que estaban ligados a la nobleza, mientras que a los campesinos se les negaban todos los recursos de exención, que se cumplían con los jóvenes que, arracimados, ingresaban en los seminarios, ya que, por ley, estaban libres, como lo están ahora, de obligaciones militares todos cuantos de cerca o de lejos tenían relaciones con la Iglesia. Y eso, que lo sabían todos; no podían ignorarlo los hombres de la “generación del 98”, porque lo vivían en las calles y en sus casas; pero lo callaban no sé haber estado incursos en ilegales exenciones o por haber podido hacer en su beneficio una compra de carne humana.

Estos revoltosos de la generación noventaiochesca, que cuando empiezan a vivir dan palos de ciego a troche y moche y no solo a los campesinos, que ningún generacionista quiere porque son toscos, rudos y enturbian el paisaje, ni a los obreros que cuando piden más pan y menos trabajo -en los campos españoles se trabajaron siempre doce, catorce y diez y seis horas diarias- les llaman despectivamente hordas, sino tampoco a los intelectuales que conviven con ellos o les precedieron, por lo que protestaron ruidosamente, podría decirse que escandalosamente cuando a Echegaray le concedieron medio premio Nobel de Literatura, quizá, y no puede explicarse de otra manera -Azorín fue el promotor y el que redactó la protesta-, por desearlo para alguno de ellos, ya que Cándido fue quien más gritó.

Su crítica, y en los comienzos de su carrera no hacen otra cosa que criticar (que maldecir), es corrosiva, no pocas veces feroz como zarpazo de lobo, suponiendo que lo que se proponen es dejar libres de estorbos los caminos literarios por donde quieren andar sin dificultades, no arredrándoles las injusticias, ya que abundaban entonces los hombres que se habían ganado por propio valimiento un lugar destacado en las letras.

Pero sus críticas, aun duras y amargas no calaron hondo como si no quisieran llegar hasta la raíz del mal que sufría España y más todavía los españoles desvalidos, pues jamás pudo



escuchárseles una palabra que fuera protesta contra la esclavitud a pesar de haber nacido cuando todavía figuraba como legal en los códigos españoles -en 1880 se decretó abolida la esclavitud en Cuba-. Al contrario, Unamuno la propaga como una necesidad y el resto de los generacionistas no escribieron nunca contra lo que pudiera perturbar el sosiego de los latifundistas, casi todos "grandes de España", en cuyos dominios se conservaban las viejas tradiciones de servidumbre.

Después del desastre, que por el nombre elegido para su ficticia generación, pareció como si fueran ellos los que quisieran monopolizar el sentimiento nacional -chorrea ese nombre bastante impudicia-, no dieron gritos, los desesperados gritos de Unamuno llamando a Dios, cuando vieron la situación de pobreza, de miseria, de horror en que llegaron a España los repatriados de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, aunque bien hubieran podido pensar, siquiera por un momento, que podían haberse encontrado entre ellos si, por ser verdaderos sus sentimientos patrióticos, hubieran obrado de acuerdo con ellos, no hurtándole el cuerpo a la guerra.

Harapientos, esqueléticos, enfermos, los hombres que los barcos españoles "descargaban" en los puertos, se desparramaban, como mejor podían, por todas partes, pues el gobierno no había preparado hospitales ni casas de reposo para recibirlos y ponerlos en condiciones de que recuperaran su pérdida salud, licenciándolos con sus harapos y sus enfermedades a costas, y convirtiendo España entera en hospital, porque aquellos hombres, con sus uniformes de soldados de la patria hechos pingajos, muchos de ellos con fiebres tropicales que nunca se curaron, anduvieron errantes por campos y ciudades implorando un mendrugo. Y si los de las ciudades; *por estética*, los rechazaban -maldita estética de inhumanos estetas-, los campesinos, que no eran estetas pero sí humanos, los recibían en sus casas como a familia en desgracia, como a hermanos suyos, como a carne suya, partiendo con los dolientes su poco pan y su mucho cariño. Y los que quisieron monopolizar el sentimiento de los españoles, apellidándose "generación del 98", que pudieron formarla por no haber cumplido con España, madre a la que decían amar e insultaban, no clamaron a la tierra y al cielo contra aquella iniquidad, porque tuvieron miedo de que sus protestas entorpecieran su carrera de literatos, que era lo que les preocupaba, sabedores de que a los que protestan se les cierran las redacciones de los diarios y hasta las puertas de las editoriales, y lo que les interesaba no era el dolor de los españoles que sufrían pobreza, sino, en abstracto, España, como si España pudiera tener algún valor sin españoles. Como pago a su silencio obtuvieron ciertos puestos bien remunerados, y Azorín, el creador del grupo que había de apoyarlo -que había de darle mareo y coro-, una banca en el Congreso de los Diputados y, al poco tiempo, otra en la Academia de la Lengua.

¿Qué ideas, qué sentimientos, qué anhelos de mejoramiento para los hombres de su raza, todos o casi todos en dolor y en penuria, llevó el flamante y joven diputado al Congreso? O, al contrario, ¿qué apoyo buscaba y qué vanidades satisfacía? ¿Se sentía con fuerza y valor para desde tan alta tribuna ser guía de hombres? No, ciertamente no, porque él, que se había llamado hasta entonces liberal, aceptó que lo llevaran de la mano los conservadores, o sea, los reaccionarios, los que deseaban que continuara España en la situación en que se hallaba hundida desde hacía siglos. Y he dicho que los conservadores lo llevaron de la mano, porque su diputación fue un regalo de ellos, no el producto de una lucha, pues no fue elegido en libres comicios por el pueblo, y como para ser acreedor a un obsequio de tal naturaleza es necesario que se hayan hecho suficientes méritos, y él no era un estadista, ni un científico, ni un conecedor del agro, justo es pensar que su acta de diputado, más que un pago a lo que publicaba, era un pago a lo que silenciaba, un pago a su silencio. A los que dirigen la política de los pueblos, sean quienes fueran, no pueden acercarse los escritores más que con la lisonja en los labios.

La experiencia enseña que escritor que se aviene a aceptar como regalo una diputación, a poco se transforma en literato, y si continúa retozando por los prados de la política, en amanuense.

Ya no dará a luz una obra genial, de ésas que abren caminos nuevos a la humanidad. A lo sumo producirá obras bonitas, que, si se escudriña en ellas con detenimiento, resultan halagos para los poderosos. El libro que desasosiega, que inquieta, que transforma, que revoluciona, está más allá de sus alcances por haberlo estado antes de sus deseos. No lo siente, y, por no sentirlo, no lo engendra, no lo pare, porque parir un libro así produce dolores. Y siempre; mientras el autor viva, sinsabores.

No cabe duda alguna que las frases que se escriben y de las cuales sus autores se enamoran, suelen, más temprano o más tarde, servirles de retrato. Así esta frase de los tiempos en que se sentía hidalgo de capa y espada, frase mordaz, hiriente, cáustica: “No hay cosa más abyecta que un político”. La escribió y publicó el mozo de Monóvar cuando en plan conquistador quería adueñarse de Madrid. Por aquella “terrible” frase, que algunos inocentes tomaron por revolucionaria, cuando sólo era grosera, le pusieron el mote de “anarquista”, mote que paseaba con orgullo por cafés y redacciones, pareciéndole que con aquel barniz de terribilidad aceleraba sus conquistas. Y quizá tuviera razón, porque para que no escribiera más aquellas cosas que espantaban a ciertas gentes, lo hicieron diputado. Y es de preguntarse para que lo conteste quien quiera contestarlo: Si un político es la cosa más abyecta, y yo no defiendo al político, ¿qué cosa será o en qué cosa se convertirá el que no siendo político medra con la política?

Maeztu, otro “anarquista” tipo Azorín, que como él había esgrimido el bordón del ciego para dar palos a diestra y siniestra, cuando se le reprocha su salto atrás, del más extremista obrerismo al loyolismo, que es el más extremista reaccionarismo, del ateísmo a la más cerrada ortodoxia católica, asegura que su gran amor a España le había llevado a la religión (y vamos andando por los caminos que anduvieron estos mozos), lo que no fue así, aunque él lo creyera, sino al contrario: su religiosidad, que le hervía en la sangre, le llevó, como a los otros, a hablar mal de la España que le era contemporánea, puesto que formaba parte de ella, y bien de una España antigua, la de las imperiales grandezas, que bien podríamos tomar nosotros por pobrezas, ya que en la por él soñada, amada y cantada se desconocía la hombría, que empezaba a florecer en la España en que vivía y cuyo florecimiento de libertades humanas le molestaba. Así le oímos decir a don Ramiro cuando, asustado de que campesinos y obreros apetecieran vivir mejor y con más libertad, lo que le parecía herético, porque creía ciegamente en los estamentos de Santa Hildegarda y deseaba su estricta observancia: “La crisis del mundo pudiera definirse como la falta de una aristocracia que imponga respeto”. Y a trabajar en beneficio de tal aristocracia y en perjuicio de los que pedían libertades y pan dedicó su vida, argumentando para proporcionar armas morales a los que habían de insurreccionarse: “Se me figura que si el mundo se arregla lo tendrán que arreglar los militares. Por eso decía que yo no confiaba la salvación de España sino a la posibilidad de que se les ocurriera salvarla a 49 capitanes, porque todos los pueblos son cera para un puñado de hombres que sean a la vez buenos y duros”.

Sin necesidad de esfuerzo mental, simplemente cotejando actitudes y textos, puede verse y comprobarse la relación de pensamiento entre Unamuno, Ganivet, Maeztu y los demás componentes del grupo, pues en cuanto Ganivet invitó con duro corazón a echar un millón de españoles a los lobos para “arreglar” a España, Unamuno explicó cómo había de formarse la tropa loba, y Maeztu, considerando que el pueblo es cera, por lo que no se precisa de gran esfuerzo para domarlo, señaló el número de capitanes necesario para la empresa: 49. Y lo publicaron para que el mundo lo supiera y los capitanes se prepararan para hacerlo, porque a España le faltaba Dios y le sobraban hombres, criterio que compartía el carlista Valle-Inclán, y no rechazaban ni Azorín ni Baroja, huyentes a Francia en cuanto hicieron los primeros disparos los de la tropa en armas, que llevaba la cruz como enseña, y retornantes en cuanto ya no se veían los relámpagos ni se escuchaban los truenos de la tormenta, advirtiendo que para que el retorno les fuera concedido, tuvieron que pedir perdón por haber huido y hacer pública e incondicional adhesión al movimiento falangista, a lo que se adelantó Azorín, que ya no era

Cándido -hemos de ser verídicos-, puesto que fue uno de los primeros, si no el primero, en felicitar al Caudillo "por su triunfo contra las hordas anarquistas".

Machado, el pobre don Antonio Machado, que despectivamente llamó caínes a los campesinos -creo que influenciado por el eternamente malhumorado don Miguel de Unamuno-, enfermo y desvalido pasó la frontera en brazos de los despreciados labriegos españoles que, generosos, lo atendieron, lo llevaron a hombros, lo consolaron, le curaron sus males como mejor supieron y pudieron, recibieron su último suspiro, cavaron su fosa, lo cubrieron con tierra y hasta vertieron en su honor una lágrima, que así pagan siempre los hombres del campo sus deudas de desprecio.

*Ha muerto Azorín, Con su muerte termina la existencia de una generación, que él creó para su protección y apoyo. Quedan las obras de los que la formaron, las literarias y las morales, para que las juzguen los hombres futuros.*

*Ha muerto Azorín. Y con él, afortunadamente, se ha enterrado una época.*

## CAPÍTULO XIII

### ¿QUÉ SUCEDERÁ?

El bien que venga para todos sea.

Han llamado a la puerta y he salido a abrir con cierta precaución, porque mis paisanos no llaman, sino que levantan el picaporte, abren y entran. Las casas aldeanas están cerradas al frío, al viento, al polvo, a los perros y a las moscas, pero no a las criaturas humanas. Cuando sale el ama de casa y no queda nadie en ella, deja la puerta entornada, y si la vecina necesita alguna cosa, entra, la toma, se va y después le dice a su dueña lo que se llevó o se lo devuelve. En la aldea, la confianza y la honradez presiden la vida de relación de las personas. De ahí mi extrañeza al oír llamar y la preocupación y desconfianza con que he salido a abrir.

Abierta la puerta, me he enfrentado con un desconocido, y si su porte, mitad de hombre de ciudad, mitad de hombre de campo, ha despertado en mí alguna sospecha, su cara serena y su voz limpia y clara me han devuelto el sosiego.

Como lo primero que los castellanos damos es el saludo, porque lo llevamos siempre a flor de labios, he saludado, agregándole, según nuestra costumbre, una palabra amable y cordial.

– Buenos días, buen hombre. ¿Qué desea?

– Buenos días -me ha contestado, envolviendo sus palabras en franca sonrisa. Y me ha explicado-: En el ayuntamiento, donde he vendido unos cuantos libros, referentes al Concilio Vaticano, que es lo único que se puede vender hoy en, España, me han dicho que quizá usted, que es gran lector, podría interesarse por algo de lo que llevo, y he venido a verlo. Si me lo permite, le enseñaré estos catálogos -y me mostraba lo que llevaba en la mano.

– Pase usted -le he invitado con gesto amable, dejándole la puerta franca.

Hemos entrado juntos, hemos atravesado en silencio la casa labradora y el corral amplio y hemos llegado al porche, a mi porche, en el que paso la mitad de mi vida entre conejos, gallinas y libros, y al ver rimeros de ellos encima de unos bancos y sobre mi tosca y amiga mesa periódicos, revistas, recado de escribir y unas cuartillas, me ha preguntado:

– ¿Escribe?

– Escribo -he contestado.

– ¿Mucho? -ha insistido.

– Bastante -afirmo.

– ¿Y publica?

Y un poco molesto por su inquisitivo preguntar, contesto fríamente:

– Poco, muy poco. Pero... sentémonos -le digo señalándole una silla.

Nos sentamos, deja sus cartapacios encima de la mesa, me ofrece un cigarrillo, que le agradezco, aunque no fumo, escudriña con la mirada todos los rincones y, por fin, dice:

– En esta España, todos escribimos y muy pocos publican. -Y tras una breve pausa, que me ha parecido amasada con temor, ha agregado-: Unos, como usted, escriben en papel; otros, como yo, imprimimos ideas en nuestra mente cuando no sentimientos en nuestro corazón. Pero en esta España no hay quien no escriba, unos, como rezando, no pocos, maldiciendo.

– Ha dicho usted dos veces “esta España”. ¿Por qué? ¿Qué quiere decir con eso? -pregunto.

– Que esta España de hoy no se parece a ninguna otra anterior, ni a la de Felipe II ni aun a la de Fernando VII -ha contestado.

Ha callado, y yo, un poco asombrado por sus palabras, he guardado también silencio. Y él me mira, como estudiándome, y yo lo miro, como estudiándolo, pues en tiempos de tiranía una palabra imprudente lleva a un hombre a la cárcel.

Rompo yo el silencio, que ya, por prolongado, se hace embarazoso, para preguntarle, y mi pregunta tiene mucho de anzuelo:

– ¿Por qué dijo usted antes que en esta España todos escriben, unos en el papel y otros en su conciencia? ¿Ha querido decir con ello que hasta los que no saben escribir escriben, porque graban dolores en su corazón?

– Eso justamente he dicho, usted lo ha comprendido, porque los que no saben dibujar los signos de la palabra, imprimen angustias en sus entrañas. -Y continúa desarrollando su idea, que sigo con sumo interés-. En los pueblos, en todos estos pueblos, en cuya superficie parece haber lisura, conformidad, los que más sufren son los que más escriben. Y, a poco ahondar, a todos se les ve sufrir, a grandes y a chicos. Por eso le dije que en esta España todos escribimos.

¿Ha querido decir, cuando arrastró la frase, como si le pusiera puntos suspensivos, en los pueblos esclavizados? Así lo he interpretado, por lo que lo he mirado de hito en hito, para después clavar mis ojos en los suyos, porque este vendedor de libros lo mismo puede ser un

espía que un hombre honrado. Pero decidido a descubrir mi pensamiento ante quien fuera, he argumentado:

– Sí, efectivamente, en esta España, como usted dice, se vive en sufrimiento, creyendo que todos, altos y bajos, ricos y pobres, opresores y oprimidos, viven sufriendo. -Y desviando mi pensamiento intencionadamente, le he preguntado-: ¿Cree usted que los españoles que sufren, escriben porque, según afirmaron algunos, el dolor les hace ser fecundos?

– Ha torcido usted el curso de lo que empezaba a ser confesión -ha contestado después de un corto silencio-; pero, no importa, voy a entrar gustoso en ese desvío del camino, para volver otra vez a lo que iba aproximándonos, el origen o motivo del sufrimiento. -Y sin esperar a que le contestara, ha continuado-: No hay razones valederas por las que podamos considerar que el sufrimiento y la fecundidad formen un feliz matrimonio, pero si es verdad que, en ciertas condiciones, los que sufren escriben, y no porque el sufrimiento sea fecundo, sino porque el escribir, el hablar, el decir, el contarle a otro sus penas es una manera de mitigar el sufrimiento, desahogándose. Así que lo fundamental no está en saber que escriben cuando sufren, sino en tener conciencia de por qué sufren y de qué sufren.

Ha callado, quizás esperando que yo hablara, pero he permanecido mudo, viéndose él obligado a continuar:

– Cuando a un campesino se le muere una oveja, una vaca o una mula de labranza, sufre; lastimado en sus intereses, pero no escribe; cuando se le muere un hijo, revolotean en su mente unas cuantas palabras, más o menos como las que se graban en una lápida mortuoria, que las aguas, los vientos y los soles borran, pero su sufrimiento no le hace escribir; cuando se le muere su mujer, su compañera, sufre y llora, llenándosele la conciencia de brumas y de lágrimas, y en sus largos días de soledad y de labranza, van juntos detrás del arado, y allí, surco arriba y surco abajo, hablan, ríen, se dicen ternezas, porque lleva la imagen de ella esculpida en su corazón, y escribe sin cesar, en la besana y en la casa, un poema de amor y de dolor. Pero si a ese mismo campesino que ha archivado sufrimientos, lo befan, lo escarnecen, lo maltratan, robándole, además, su libertad y su hacienda; si delante de él, y sometido a impotencia para defenderse, ve ultrajar a su padre y a su madre, a su hijo y a su hija, a su hermano y a su hermana, a su vecino y a su vecina; si sale, atado con ellos o con otros, camino del presidio, sin haber cometido otro delito que el de querer ser libre; si en la cárcel, entre palabras injuriosas y malos tratos, se le obliga a asistir a la misa que un cura carcelero masculla, que no reza; si al volver a la aldea -él ha vuelto, otros se han quedado allí para siempre-, ve diezmada a su familia, y en la mayor miseria a los que de ella quedan, y en la casa que él levantó con sus manos viviendo gente extraña, y arando otros las tierras que regó con sudor, siendo considerado como un ser maldito, porque el cura lo ha nombrado en el sermón como a un hombre satánico, lo que ha hecho que se santigüen las beatas, y si de lo poco que gana, trabajando mucho, debe darle a la iglesia una parte, porque el vicario, como señor y amo de vidas y haciendas, puede cobrar y cobra el diezmo y la primicia, este campesino, que no sabe escribir, escribe, que tal cosa significa para él juntar angustias en su corazón y lanzarlas al aire si no tiene a nadie de confianza a quien poder contárselas, y escriben también los que como usted y como yo hacemos nuestras esas angustias.

– Sí, ¿pero cuántos publican lo que escriben? -pregunto por preguntar algo, ya que todavía no le tengo plena confianza a este vendedor de libros, porque los soplones se disfrazan de mil diversas formas.

– Como se ha roto el misterio entre nosotros -ha dicho con visible alegría-; como sus temores se han disipado, y los míos, por infundados, han desaparecido, "podemos hablar claro. -Y después de descansar como si necesitara tomar aliento, ha continuado-: Los que en los pueblos esclavizados escriben en papel podríamos dividirlos en tres clases o categorías: los que

escriben y publican libremente, y éstos valen poco porque lo publicado está siempre de acuerdo con los que hacen sufrir; los que escriben y archivan, y sus escritos tendrán quizá valor para la historia, porque cuando vean la luz habrá pasado el momento de su eficacia; y los que escriben y, desafiando peligros, publican clandestinamente, y éstos son los que sacuden las conciencias, por ser los que dicen la verdad sin miedo. Sin embargo, los que escriben en papel, aunque sean muchos y tengan grandes valores, no publican tanto como los que escriben en sus conciencias, que son más, muchos más. Y para contestar directamente a su pregunta, debo decirle: todos cuantos escriben en sus conciencias, publican lo que en ellas escriben; los que no publican, los que no hablan, y hablar es escribir y publicar, son los que por no tener conciencia no pudieron marcar en ella los signos de su dolor.

Escucho, gustoso, lo que este hombre me va diciendo, pensando que no sólo escribe en su conciencia, sino que debe escribir también en el papel, y para romper, como él propone, la desconfianza que nos separa, continúo yo desarrollando su pensamiento:

– Sí, sí, por eso y para eso he vuelto al pueblo y estoy aquí desafiando cuantos peligros puedan acecharme, para hablar yo y para que hablen ellos, los hombres de la aldea, y, afortunadamente, pasada la era del mutismo, que fue la del terror, ya van hablando, o, como usted dice, ya van publicando. Cuando por las mañanas me echo mi azada al hombro y me junto en los caminos con los hombres de la azada y del arado, a campo abierto todos hablamos, todos publicamos. ¡Y qué cosas se dicen y nos decimos unos a otros! ¡Y qué palabras tan sensatas y sabias dicen los viejos y qué maldiciones tan redondas lanzan los jóvenes y qué amenazas tan terribles se escapan de sus labios!

– ¡Esa, ésa es la publicación valedera, porque ésa, de boca a oído, es la que entra bien adentro y remueve las entrañas -me interrumpe con júbilo. Pero de pronto se detiene como si pensara lo que iba a decirme.

– Lo que iba a decir, dígalo, que ya podemos confesarnos lo que pensamos -digo, invitándolo con la palabra y el gesto a la confesión.

– He venido aquí -confiesa- no a vender libros, sino a pedirle sus ideas y a darle las mías, que, según voy viendo, tienen gran parentesco, y al llevarme las tuyas y unir las a las mías, ir con ellas en la mente y en los labios, publicándolas por campos y aldeas al oído de los hombres, que es la mejor y más efectiva publicación, porque lo que se vocea en la plaza suele llevarse el viento.

– Hay mucho que sembrar -digo-, mucho; pero sembrarlo bien, sin desperdiciar una simiente, pues si las simientes de trigo nos son preciosas, más preciosas han de ser las simientes de hombres. Y lo que más necesita hoy España son hombres, porque por medio del terror llevaron a cabo estos gobernantes un horrible trabajo de castración, que es el más criminal de los trabajos.

– ¿De modo que usted cree, coincidiendo conmigo, que la primera labor es la de re-crear hombres, y por re-crear debemos entender esforzarnos en que renazca en ellos: primero, la propia estimación; segundo, la mutua confianza; tercero, y como natural derivación, el perdido valor? -me ha preguntado.

– Eso es, eso es -exclamo-. El hombre que se estima, que se aprecia, cultiva en él la dignidad, la hombría; al sentirse digno, que es tanto como sentirse hombre, confía en sí, y como consecuencia, confía en los demás, y el que crea en sí esas confianzas, readquiere el valor, se vuelve valeroso.

– Lo que precisamos saber, para entendernos, es en qué consiste el valor -me dice.

– En eso -contesto-, en ser dignos, pues el que se considera digno ante su conciencia es moralmente fuerte.

– Cierto, cierto. Sin dignidad no hay hombre, y yo sé que aunque parezca que ha desaparecido, la dignidad vive porque muchos la ocultaron en las arcas de su corazón. Pero cuando vuelvan a vestirse con ella, y ya van vistiéndose algunos; cuando otra vez se sientan hombres, o sea, valerosos, ¿cómo cree usted que debe manifestarse ese valor?... ¿Serenamente?... ¿tumultuosamente?... ¿irasciblemente? Porque de la manera de encarar el valor depende el futuro español, o mejor, la futura vida de los españoles.

– Mucho he pensado en ello, mucho; desde hace años estoy pensándolo, habiendo llegado, tras mucho pensar y razonar, a una conclusión: con violencia no se llega más que a una situación como la presente, en la que el violento mejor armado triunfó e impuso su capricho al vencido.

– ¿Entonces? -me pregunta.

– Los hombres dignos, y hemos quedado en que la dignidad es un estado de conciencia que va unida a la honra, no necesitan ser violentos, pues les basta y sobra con no hacerse cómplices ni con la deshonestidad ni con el crimen.

– Si a la deshonestidad no se le hace frente, se perpetúa; si el crimen no se frena, continúa su carrera de atropellos y desenfrenos -protesta.

– A la deshonestidad -digo, oponiendo mi criterio al suyo se le hace frente cuando usted y aquél y yo nos negamos no sólo a ser deshonestos sino a complicarnos en actos deshonestos. Y más todavía, a tener relaciones personales con los que no sean honestos. Freno el crimen cuando me niego en mi corazón a ser criminal. Y más: cuando por acto de conciencia, no sostengo relaciones con el criminal, sea éste el que fuera, alto o bajo, ministro o alguacil de aldea, cura rural o arzobispo nacional, general o soldado.

– Según eso, la situación de los españoles dentro de España no cambiará nunca, porque el ladrón seguirá robando y el criminal continuará cometiendo crímenes. No creo que la pasividad sea el mejor remedio para acabar con el sufrimiento, así que recomendarles tranquilidad y sosiego se me figura recomendación parecida a la del señor de Unamuno cuando les decía a los españoles que para curar sus penas cantaran un miserere -dice mi colocutor reflejando en su cara el desaliento.

Pero como si no hubiera oído su amarga queja, digo:

– Ayer tuve una noticia de algo que me lleno de alegría, siquiera fuera por un momento. Usted que anda de un lugar a otro, sabe que el campo se despuebla, se queda abandonado, sin hombres que lo desenvuelvan, lo fecunden y le hagan producir. Por un lado, me alegro; por otro, lo siento. Me alegro pensando que los terratenientes tendrán que darse cuenta de que no les van a servir de nada sus tierras si brazos campesinos no las cultivan, para lo cual tendrán que tratarlos como a hombres, como a iguales, como a personas que les ayudan a vivir; lo siento porque el abandono de los campos traerá la pobreza a los españoles, a todos, por mucho que se esfuercen en industrializar a España. Machaca es su campesino rudo, analfabeto, que sabe filosofar, quiero decir que es un filósofo que de su dignidad, que la tiene bien despierta, ha hecho conciencia, como usted dijo antes. Pues bien, volvía ayer del trabajo, azada al hombro, cuando en un recodo del camino se encontró con el cura del lugar, que andaba de paseo. El cura es un hombre rico en este medio aldeano: tiene casa, tierras, monte, viñas y buenos animales de labranza. Pero ayer se le despidió un mozo de mulas. ¿A dónde va? A la ventura o a la aventura. Le pesa ya el trabajo del campo, no lo quiere, o lo que quizá no quiera, aunque

no lo confiese, sea la situación de esclavitud en que aquí vive, trabajando todos los días de estrella a estrella, haga sol, lluvia o nieve, y teniendo que ir a misa forzosamente todos los domingos y fiestas de guardar, con la agravante de tener que escuchar obligatoriamente el sermón del cura predicando bondad, siendo como es un mal sujeto. Pero vamos al cuento, que es historia. Lo que nunca había hecho antes, el cura don Hilario saludó muy amablemente a Machaca. Contestó al saludo el campesino, pensando para sus adentros que algo quería el señor cura para saludarlo con la obsequiosidad con que lo hacía. “Buenas tardes, Machaca”, dijo el tonsurado. “Buenas tardes, don Hilario”, contestó Machaca. “¿De dónde se viene?” “De regar unas patatas”. “Y ¿qué tal, cómo vives? Aunque ya sé que eres un herejote. Nunca vas a misa”. “Como vivir, vivo bien, don Hilario, pues por no querer alquilarme nadie una casa para que viviera, me he hecho una cueva en el cerro, que es caliente en invierno y fresca en verano, además de no tener que pagar alquiler a nadie. Allí tengo a la mujer y a los hijos, y como el campo da de todo, de él voy sacando para comer: ahora unas collejas, luego unas uvas, cuando las hay, unas bellotas, mañana una liebre, el otro día unos palomos... Y de la misa, vale más que no hablemos”. “¿Cómo es eso? ¿Por qué no hemos de hablar?”, preguntó el sacerdote alarmado. “Porque conozco a todos los que a ella van y muy pocos me merecen confianza”, dijo Machaca. “No querrás decir que son todas malas personas”, objetó el señor cura. “No, yo no he dicho que sean malas, pero lo que sí le digo es que muy pocas son buenas”. Y tocándose la frente con el dedo índice, agregó: “Aquí los tengo a todos ellos”. Como anduvieran un trecho en silencio, despidiéndose, dijo: “Bueno, don Hilario, me voy, que me esperan mi mujer y mis hijos. Que usted lo pase bien”. “Gracias, hombre, gracias. Pero espera un momento, que tengo algo que decirte”. “Usted dirá”, dijo el campesino acortando el paso. Y alcanzándolo don Hilario, éste le preguntó: “¿Quieres trabajar conmigo?” “¿En qué?” Y había no sorna en la pregunta, pero sí cierto engallamiento, porque empezaba el trato de tú a tú de hombre a hombre. “Gelasio -dijo el cura-, se ha despedido, porque creo que quiere ir a Madrid, y me ha dicho que busque mozo para las mulas que él lleva. ¿Quieres ocupar su lugar? Son buenos animales, mansos y de mucho poder”. Ya no era el cura quien hablaba, sino el terrateniente; como no era Machaca el ser despreciado que no iba a misa, sino el hombre fuerte y buen labrador que podía dar buen rendimiento. Por eso preguntó: “¿Y qué jornal?” “Cinco pesetas diarias y la aniaga todos los meses: un almud de trigo, otro de centeno, dos libras de tocino, media arroba de patatas y el vino”. “¿Cuánto vino?” “Un azumbre los días de trabajo”. “Y el día que tenga que ir a misa, o no pueda salir al campo por nieves o por lluvias, no hay ni cinco pesetas ni vino, ¿no es eso, señor cura?” Callaron ambos, hasta que Machaca rompió el silencio, diciendo: “No me conviene. Estoy mejor en mi casa a media ración que trabajando para usted por un poco más de comida. Hasta luego”. Y se disponía nuevamente a marcharse, cuando el cura le preguntó: “¿Y cuanto quieres ganar?” “Nada y todo, porque quiero que lo que trabaje sea para mí, mío”. “No te entiendo”. “Pues mire -explicó Machaca-, usted pone las mulas, las tierras y las simientes y yo mi trabajo, y cuando se coseche, de cada cien fanegas de trigo, cincuenta serán mías”. Se asombró don Hilario y retrucó: “En esas condiciones, las dejo de rastrojo toda la vida”. “Y hará usted muy bien, así sabrá usted dentro de poco tiempo lo que es el hambre, y yo tendré todo el año pasto para mi burra y para mis conejos, y tomillos para mi lumbre y setas que me tendrá que comprar usted si quiere comerlas”. “Ya me habían dicho que eras un anarquista descreído y cínico”, dijo el cura molesto e irritado. Y Machaca, que perdía muy pronto la paciencia, replicó al señor cura: “Don Hilario, tenga usted muy presente que no acostumbro a permitir que me insulte nadie”. “¿Me amenazas?, ¿amenazas a un ministro del Señor?” “Aquí no hay más que dos hombres: uno rico y otro pobre. El rico quiere comprar el trabajo del pobre, y el pobre, que es el que va a trabajar, le pone precio, precio que no quiere pagar el rico, al que le sobra el dinero, siendo, como es el rico, ministro del Señor. No nos entendemos, señor cura, porque lo que en la iglesia dice aquí lo desmiente. Que usted lo pase bien”. Y se echó al hombro la azada, que tenía en la mano, jugando con ella, y, riéndose, salió a paso ligero hacia su casa.

Callé y mi visitante permaneció mudo.



– ¿No le dice a usted nada ese cuento, que es historia? -le pregunto transcurridos unos momentos.

– Sí, que es un cuento muy bonito y muy moral -contesto el forastero-. Pero el pobre se ha ido a su cueva a reunirse con su mujer y sus hijos, que se acostarán sin cenar, y el rico a la suya, en la que todo sobra, y que con esa actitud del pobre continuará la misma situación por los siglos de los siglos, porque los ricos no dan nada. Si el pobre quiere tener algo, es preciso que se lo quite al rico, que se lo arranque.

– Pero eso es la guerra de todos contra todos -interrumpo-, porque aquél a quien se trata de despojar, se defiende.

– Que se defiendan, porque cuando uno se defiende es porque ha sido atacado. Y de lo que se trata es de atacar, que es como únicamente pueden ganarse el pan y la libertad los desvalidos. -Y ha pronunciado esas palabras enardecido, sobreexcitado.

– Calma, amigo, que estamos hablando, o sea publicando, como usted dice. ¡Calma!... Tomémonos un trago de vinillo fresco, que eso nos sosegará, y hablemos después con tranquilidad, con dulzura, como deben hablar dos hombres interesados en lo mismo: en que nuestros hermanos, nosotros incluidos, tengamos todos pan, libertad y paz.

Voy a mi jaraíz, saco de la mejor tinaja un buen jarro de vino, tomo unos chorizos, que aso en las parrillas, y cuando hemos terminado de tomar nuestro refrigerio, volvemos a lo nuestro, ya serenos, razonando.

– De modo -empiezo-, que usted considera que si España se arregla algún día ha de ser por medio de la violencia, imponiendo la libertad, quitándole a unos lo que les sobra y dando a otros lo que les falta; al estilo, más o menos, de José María *El tempranillo*, ¿no es eso?

– Es y no es eso -contesta sonriéndose-. Es, en cuanto considero que sin la fuerza que se lo prohíba, el poderoso no dejará de ejercer su poder, y que el que todo lo tiene no le dará nada al que no tiene. El cuento de usted, el del campesino y el cura, lo comprueba.

– Si nos fijamos detenidamente -digo-, el cuento del cura y Machaca prueba lo contrario. Físicamente, Machaca es más fuerte que don Hilario el cura. Pudo muy bien, al llamarle cínico, haberle dado un buen puñetazo, y, si se hubiera defendido, un azadonazo que le hubiera roto la crisma. Y después, ¿qué hubiera sucedido? ¿Se habrían acabado los curas terratenientes que no pagan al trabajador lo que se merece? No. Si el cura hubiera sido herido o muerto, al día siguiente habría habido otro en su puesto, pero Machaca, separado de sus hijos, estaría en la cárcel, el pueblo, todo el pueblo, sus mismos convecinos, en contra suya, y su acto de violencia no sólo no hubiera sido fecundo, sino contraproducente. Su publicación, como usted dice, habría sido negativa. Si fuéramos pregonando la violencia por campos y ciudades, los resultados serían como en el hipotético acto de Machaca: infructuosos.

– ¿Y dialogando amablemente con los terratenientes serían fructíferos los diálogos hasta el punto de cambiar la vida española? ¿Cuántos siglos o cuántos milenios serían necesarios para que por la dulzura y la persuasión se cambiaran las costumbres hasta el punto de que se limaran las uñas de las garras de la fiera? -me pregunta mi violento visitante.

– Me va a perdonar que me valga de eso que llamamos circunloquio y que no es más que un rodeo para poder llegar más seguramente al fin. Hace dos mil quinientos años, o todavía más, que en el Atica, con cien mil habitantes apenas, había sesenta mil esclavos. Desde entonces, por medio de la violencia, con revoluciones o sin ellas, pero siempre imponiéndose unos hombres a otros, hemos llegado a esta situación: en un pueblo como el nuestro, con treinta

millones de seres, veinticinco millones viven esclavos de los otros cinco. Quiero decir que en cuanto a libertades y seguridades personales estamos peor que en el Atica de hace tres mil años. De seguir así se llegará, al cabo de otros tres mil años de violencia, a cazarse unos a otros para mutuamente esclavizarse, no teniendo nadie seguridad de vida libre, pues si los cristianísimos señores de no hace mucho tiempo cazaban negros en África para venderlos en América, al paso que va la humanidad serán todos cazadores pero también todos cazados. Y tenga en cuenta que mi amigo Machaca no pretendió esclavizar al cura, pues lo que hizo fue no atarse a él, no permitir que lo convirtiera en su asalariado, en su siervo, en su esclavo. ¿Me explico?

– Sí, expone usted bien su idea, pero no veo nada claro. Porque vamos a ver: si tengo hambre, uno está comiendo a mi lado, le pido y no quiere darme, tendré que quitárselo si no me hallo dispuesto a morir de inanición. Y esta es la situación del pueblo español: no come -argumenta este hombre.

– Cuando decimos pueblo, como cuando decimos España, perdemos de vista a los individuos que componen ese pueblo o viven en esta España, y para tenerlos presentes, es preciso nombrarlos. Porque no es el pueblo el que sufre y no come, de modo que no es un sufrimiento, sino millones de seres sufriendo, como no es uno el que no come, sino millones de criaturas humanas que están a media ración. Y eso no se remedia, como en su ejemplo, con un manotazo, arrebatándole el pan al que come, porque a varios manotazos es a lo que se llama revolución, teniendo muy en cuenta que los que han de ser despojados tienen las armas y han de defenderse.

– ¿Revolución ha dicho? Eso es lo que hace falta, esa idea es la que hay que alimentar, para que llegado el día, una explosión de justiciero odio dé al traste con todo, empezando después nueva vida -exclama con ardor, con arrebató.

– Bien, bien. Dicho así, como usted lo dice, parecería que una revolución es como un papirotazo que se le da a una pajarita de papel que los muchachos han puesto encima de la mesa en que trabajamos y nos estorba. Y es algo peor, mucho peor. Porque revolución no es sólo una palabra terrible, sino que es la destrucción de preciosas vidas, y de preciosas riquezas, y de una no menos preciosa cultura en la que van envueltas preciosos y nobilísimos sentimientos de honradez y de respeto. Cuando se pronuncia la palabra revolución y no se es un pasional, sino un hombre razonador y sereno, se ven con los ojos del corazón pillajes y saqueos y muertes, y debemos preguntarnos nosotros aquí, en este porche, serenando nuestro ánimo y teniendo puestos los ojos de la inteligencia en nuestros hermanos, si consideramos honradamente que será ésa la mejor forma de alcanzar un estado de mejoría, de salvación. Además, los que en las revoluciones perecen son siempre los más desgraciados, los más impreparados para la lucha por la vida, y éstos, cuando logran salvarse, continúan sin comer después de la revolución triunfante. Las revoluciones violentas son siempre negocio para unos cuantos y miseria para una gran mayoría.

– Entonces tendremos que estarnos quietos, dejando que mañosamente nos unzan al yugo, ¿no es así? -protestó.

– No, no es eso -contesto-. Es no obrar con ellos como ellos obraron con nosotros, como lobos; es no descender de la hombría a la baja animalidad; es sentir el gusto de la propia estimación para mantenerse siempre en posición de hombre. Machaca nos ha dado una lección de hombría: más fuerte que el cura, no quiso aplastarlo de un manotón, pero no coopera con él, no le ayuda a que sea más rico, no le paga el diezmo. Si diez mil Machacas con diez mil conciencias alerta obraran con diez mil curas de esa manera, tendrían que cerrarse las iglesias, porque ellos no pueden bastarse a sí mismos. Y conste que a mí no me estorban ni abiertas ni cerradas, porque no entro en ellas. Es verdad que no les pongo puntal cuando las veo hundirse,

pero tampoco una bomba para que se hundan. Para mí no existen. ¿Cree pequeña revolución la que harían veinticinco millones de españoles que llevan la marca del ominoso yugo, con sólo tratar a los curas como a hombres, nada más que como a hombres, y dejar de asistir a las iglesias, negándose a pagarles el diezmo?

– A usted no le estorban las iglesias abiertas, pero a mí sí, porque en ellas se fraguó y se forjó la revuelta que dio al traste con las pocas libertades de que disfrutábamos los españoles, porque tomadas las torres como fortalezas, desde ellas dispararon curas y sacristanes contra los aldeanos para aterrorizarlos. ¡Y se quejan de que muchas fueron quemadas! Más debieron de haberlo sido, pues no hubo campanario desde el que no se hiciera fuego contra gente indefensa. Si no hubiera quedado una en pie, no habría podido tomar el auge actual que tiene la clerecía -dice, desahogándose, mi visitante.

– Tiene usted razón, buen hombre, pero a medias, sólo a medias, o sea que no tiene toda la razón. El auge de la clerecía no se debe a haber dejado en pie las iglesias, porque hay pueblos en que desaparecieron y se han vuelto a edificar, pues iglesia no es solamente piedra, sino familia católica, y ese sentimiento familiar católico lo llevan muchos hombres en su conciencia. Con albañiles como Machaca, que no hubieran cooperado por no llevar la iglesia en su corazón, no se habrían levantado nuevamente, téngalo a buen seguro. Pero hurgando en la historia vemos que los esclavos romanos, que no tenían iglesias, convirtieron las catacumbas en un inmenso templo en el que rezaban y se ayudaban, y es que de cada esclavo convertido al cristianismo desbordaba la fe en una nueva doctrina que les hablaba de amor y de esperanza. Aquella fe acabó con los Nerones, a los que dejaron de tenerles miedo. Y tenga usted en cuenta que no hubo martirio que no se ensayara con aquellos infelices. Si tuviéramos hoy fe en la hombría de bien nuestra, cada uno en la suya, como los esclavos de entonces la tuvieron en Cristo...

Guardé silencio porque mi interlocutor permanecía mudo y como ausente, y no me proponía abrumarlo con mi oratoria de la no violencia. Por eso hube de decirle:

– Hable, amigo, hable: sostenga con fuertes argumentos su teoría de la violencia, justifíquela, lo que haría que fuera justificada también la violencia de estos actuales amos de España...

– La violencia no se razona, no se justifica, se estalla en ella, se muere con ella -afirma.

– Eso decía Unamuno al hablar de la fe y la razón: la fe no se razona...

Y sin prestarme atención, continúa:

– Si razono el acto violento, "lo enfrío", y lo que necesita es la calda del entusiasmo, el fuego. Para ser revolucionario no se debe pensar ni en los hombres que caen ni en lo que se destruye, sino en los que vivirán mañana mejor vida, en la justicia que se busca, en la transformación que se anhela, en el mal que muchos sufren. Al revolucionario se le hincan en el alma los dolores de sus semejantes, queriendo no sólo aplacar los ajenos, sino el suyo propio. Por eso es fuego, sin importarle ser consumido por él. Vislumbra allá a lo lejos un paraíso y hacia él va, avanzando sin volver la cabeza, sin fijarse en lo que pisa, aunque alguna vez pise cadáveres de sus amigos...

– Es verdad, sí, de esa manera obra el violento: ciego de ira, aunque quizá también de justicia, para que ésta triunfe con ayuda de aquélla, mata, importándole muy poco si los que caen son compañeros suyos o no lo son. Así obraron siempre los violentos: para imponer su idea, mataron hombres. Así han obrado los del Movimiento Nacional que llevaron a los españoles a esta situación de desamparo: para que su idea, el catolicismo, triunfara, mataron a un millón de españoles, no sintiendo en sus corazones ni aun a los mismos suyos que murieron.

– Entonces, sabiendo que obran así, ¿por qué recomendar que se crucen de brazos los hombres y no se opongan al mal que a todos nos agobia y adolora? -pregunta.

– Yo no recomiendo que se crucen de brazos; al contrario, les digo que obren, si bien de diferente manera a la que usted aconseja. ¿Se acuerda de Gandhi, el hombre que predicó la resistencia pacífica contra los ingleses, logrando, cuando la resistencia pasiva llegó a tener estado de conciencia en los hombres de su pueblo y de su raza, que su pasividad se transformara en desobediencia activa, no cooperando ningún indio con ningún inglés? Para aquella actitud decidida, hermosa y heroica, sin disparar un solo tiro ni cometer ningún atentado, los ingleses se vieron obligados a abandonar la India, en la que mantenía un ejército poderoso. Nadie les tiró una piedra, ni los injurió; pero nadie tampoco los saludaba ni les servía un vaso de agua. Se ahogaba aquel ejército en la soledad y en el desprecio y con su poderío y su soberbia a costas tuvieron que embarcarse generales y soldados para Inglaterra.

– Sí, pero ya ve en lo que ha terminado el gandhismo.

– El gandhismo no es Gandhi -le interrumpo-. Gandhi murió, o más claramente, lo asesinaron los violentos, los que a sí mismos se llamaban revolucionarios. De haber vivido, no se puede conjeturar lo que aquel hombre valiente, activo y bueno hubiera logrado para su pueblo.

– Pero aun aceptado el caso de Gandhi como revolucionario, o si usted quiere, como transformador, podría decirse que fue único en la historia, por lo que no marca una línea de conducta a la humanidad. Los gandhistas de hoy hacen lo que las demás gentes, aplicar la violencia cuando les conviene. ¿No ve cómo declaran guerras y forman alianzas con otros guerreros?

– Vuelvo a decirle, amigo, que no hablo de los gandhistas, sino de Gandhi y del valor de su teoría de la no violencia, que tan maravillosos resultados dio en su momento. Además, no necesita ir tan lejos para dar con otro movimiento pacífico de resultados humanos positivos. ¿Ha olvidado la proclamación de la República aquí, en su pueblo? ¿No se acuerda de aquel 14 de abril de 1931, cuando por medio de una pacífica y consciente votación los españoles le dijeron al rey que se fuera de España?

– ¡Para lo que valió la tal República! Empezaron los monárquicos a tirarle piedras en seguida, y a poco, los mismos republicanos se las tiraban unos a otros, porque todos querían ser gobernadores y ninguno gobernado.

– No abandonemos el tema para irnos por vericuetos que nos lo harán perder de vista -le digo un tanto molesto, aunque esforzándome por conservarme sereno-. El argumento de que se valieron y se valen los falangistas para justificar su atropello a los hombres de la República y a los de España entera, es éste: que los republicanos reñían entre sí, unos con otros, que todos querían gobernar y que había veinte partidos, todos aspirantes a la dirección política de España, y usted no puede utilizar esos razonamientos porque son falsos en boca de los falangistas, aunque sean verdaderos en boca de los republicanos. Falsos en los falangistas, porque el pretexto para levantarse en armas contra la República no fue éste, sino el de la separación de la Iglesia y el Estado que los republicanos decretaron, con lo que, según Roma, empezaba la descatolización de España, que había que detener, costara lo que costara; verdadero, aunque disculpable, en los republicanos, porque tomaron a la República como los muchachos el juguete que el padre les regala, queriendo tenerlo todos en sus manos y terminando por estropearlo. Tenían tantos deseos del juguete, que algunos se habían pasado su vida entera soñando con él, y cuando lo tuvieron, lo deslustraron en fuerza de manosearlo. Y eso no fue un crimen, sino una impremeditación, un cariño mal interpretado, si se quiere, una tontería. Crimen fue el de Falange, que para apoderarse a *las malas* de la República que los españoles habían entregado *buenamente* a los republicanos, mataron a un millón de españoles,

robando sus libertades a los que pudieron sobrevivir, situación a que inexorablemente conduce la violencia.

– Sin embargo, a pesar de sus razonamientos, con violencia será como se cambiará en España lo que haya que cambiar, porque de otra manera Franco se morirá de viejo y el estado actual continuará hasta quién sabe cuándo -contesta.

– La historia de estos últimos tiempos que usted, como yo, ha vivido, le dice que no todos los tiranos mueren de viejos, por ejemplo, Hitler y Mussolini. Y le confieso que no quisiera que Franco terminara sus días colgado de una encina de *El Pardo*.

Al oírme, se levanta, se pone delante de mí, me mira como asombrado y exclama:

– ¿Pero es posible?... ¿Usted defendiendo a Franco, conocedor, como es, de todos los crímenes que ha cometido y continúa cometiendo contra los españoles?

– No confunda, amigo, no confunda. Franco me interesa muy poco; los españoles me interesan muy mucho, por lo que no quisiera que ni uno de ellos fuera homicida, aunque el homicidio lo cometiera en la odiada persona de Franco. La horrible muerte de Mussolini no honra a la humanidad, aunque tampoco aquel déspota supiera honrarla, y lo que yo deseo, como español y como hombre perteneciente a la humanidad, es que cuanto hagamos las criaturas humanas nos honre a todos. ¿Comprende?

– No, no he comprendido -dice-. Estoy como abrumado; mejor dicho, decepcionado. Me habían hablado de usted, y, sorteando peligros, vine lleno de alegría y de esperanza, a que concertáramos un pacto de lucha, porque España entera está llena de hombres, que, ocultos, trabajan por la revolución, que ha de estallar en cualquier momento.

– Y quería usted que yo me encargara de soliviantar a las gentes de estos pueblos para que, en el momento oportuno, oportunidad que usted me indicaría, formar con ellos escuadrón de ataque, ¿no es eso? Pues se ha equivocado. En el monte, a la sombra de unas carrascas, o gozando del frescor de la viña, bajo una oliva, yo abro escuela de amor y de respeto, pero no desato a las furias en los trigales que tanto trabajo les costó sembrar a estos hombres. Yo, como mejor puedo y sé, enseño a amar, no a odiar. Y enseño a amar, amando, por tener la firme convicción de que sólo amándonos unos hombres a otros podemos establecer, cada uno a su manera, pactos de respeto y de trabajo que nos permitan ser felices o nos aproximen a una vida feliz.

Visiblemente molesto, se levantó, diciéndome:

– Me voy, permítame que me vaya, y le diré a quien me recomendó que viniera a verlo que usted no es un revolucionario...

– Siéntese, se lo ruego, siéntese -le digo tomándolo amigablemente del brazo-. No me gustaría que saliera de mi casa disgustado. Siéntese, volvamos a tomar unos sorbos de este vinillo de pocos grados, que no emborracha, sino que hace el efecto de las flores cordiales, y continuemos hablando.

Se ha sentado, hemos bebido, él ha fumado y yo, vaciando el contenido de mi pensamiento, que era, a la vez, sentimiento, le he dicho:

– Esta situación no puede perpetuarse, lo sé. Cambiará, no hay duda, y no por arte de birlibirloque, sino porque la cambien los mismos españoles, no gente extraña. ¿Cómo? No puede predecirse, aunque yo no deseo que sea violentamente, por medio de una acción

guerrera, sino pacíficamente con una perseverante acción de resistencia, no cooperando con los que hacen mal, al mismo tiempo que con una ayuda amistosa, y si fuera posible fraterna, hacia los que nos quieren bien. Verdad que las brutalidades de una policía inhumana, que este gobierno teocrático absolutista utiliza como arma contra los españoles, incuban odios en los corazones de los maltratados, ya que contra ellos se ensayaron y se ensayan todas las formas de atropello que se les ocurre a algunos cerebros romos. Pero ni aun conociendo eso, invitaré nunca a que mis hermanos desaten sus iracundias y dediquen sus fuerzas y sus inteligencias a cometer desmanes. No, no lo haré. Acallados, pero en latencia, vivos, están los apetitos de poder de muchos de nuestros paisanos, y cuando broten, y un día han de brotar; cuando en uno de estos pueblecillos sea alcalde el que fue atropellado por otro alcalde, y en la capital de la provincia gobernador el que fue vejado por otro gobernador, y ministro en Madrid el que sufrió despojo de poder por otro ministro, nadie puede saber lo que sucederá, pues todo odio quiere cobrarse en odio de lo que el odio le arrancó, no conformándose con aplicarle al caído y odiado la ley del Talión, que considera ya en desuso, sino, como algún violento recomendó, cortándole la cabeza a quien le arañó y arrancándole una mandíbula a quien le saltó un diente de una pedrada. Además, en los insurreccionados triunfantes que antes fueron maltratados y despojados y encarcelados, se despiertan, con el apetito de poder, irreprimibles codicias, no trepidando ante nada para satisfacerlas por considerar que sus sufrimientos pasados deben tener su justa recompensa en los placeres, para lo cual no sólo quieren, sino que exigen gozar de privilegios, hasta del privilegio de matar, por lo cual descargan sus irreprimidas iras contra los que de cerca o de lejos los encarnecieron, llevando a la práctica no sólo los castigos más inicuos de que tienen noticias, sino los más refinados que les aconseja su imaginación movida por el odio. Y yo no deseo que eso les suceda a los hombres de estos pueblos, mis paisanos, aunque esos hombres, por cambio de situación, fueran los que actualmente cometen, uno tras otro, mil atropellos, ya que en el caso de una revolución, si vejados y perseguidos hay ahora, vejados y perseguidos habrá mañana, por lo que no ganaría nada España, ni los españoles, ni la humanidad, pues no es ganancia que rían hoy los que ayer lloraron, viendo llorar a los que ayer rieron. La ganancia consistirá en que en ningunos ojos haya lágrimas porque no haya penas en ningún corazón; en que trascurrido el tiempo, todos podamos dedicarnos en paz y en alegría a nuestros quehaceres y a nuestros amores, manteniendo en la holgura a nuestras familias.

– Le he estado escuchando mientras tejía sus ideas, y le confieso que nunca pude imaginarme que fuera usted un cándido utopista, porque utopía, y no otra cosa, es pensar que los que tienen el poder en sus manos lo suelten bonitamente para entregárselo a los que podrían exigirles responsabilidades -dice, dibujándose en sus labios una sonrisa entre sarcástica y burlona.

– Lamento mucho que desvirtúe usted mis ideas, con lo que no ganan nada la claridad de los conceptos al deslustrarlos y emborronarlos ni tampoco la posibilidad, aunque remota, de que los hombres de España, unos y otros, todos, olviden sus odios, lo que no es utopía, sino deseo, anhelo de que todos podamos vivir tranquilos y en concordia. Porque si me ha escuchado con interés, habrá notado que yo no hablo jamás de gobierno, sino de bondad, de amor, de convivencia hermosa, a la que sólo se podrá llegar por los lisos caminos del respeto, que son también los caminos de la moral.

– Lo que, a fin de cuentas es utopía -me interrumpe-, y si usted sabe que todas las utopías fracasaron, esta suya, si hubiera gente dispuesta a trabajar por ella, fracasaría. Aunque la cabeza se tenga en las nubes, los pies deben tenerse en el suelo, que por él andamos.

– Yo creo, mi amigo, que el señor de la violencia que usted pregona, es el utópico -le digo-. Y creo más: que si mi utopía, caso de haber quien trabajara por hacerla realidad, no causaría muchos males a los españoles, la suya, si llegara a tener adeptos que trataran de llevarla a la práctica, daría lugar a grandes trastornos y grandes males. Y si me lo permite, puesto que

vamos a dar por terminada esta conversación, le diré por qué es usted y no yo el utopista o el utópico. ¿Me lo permite?

– Hable, le escucho -dice, a la vez que se acomoda bien en su sillón, con lo que me quiere dar a entender que ha de tener paciencia.

– Dijimos que de treinta millones de españoles, veinticinco millones están uncidos contra su voluntad al yugo del Estado y que cinco millones llevan en la mano la aguijada con la que les pican como a los bueyes, lo que significa que de cada cinco españoles, uno está al servicio incondicional del Estado, bien como militar, ya como sacerdote, policía, juez, portero, o carcelero. Esos cinco millones, que tienen en sus manos todas las armas, hasta las más terribles y destructivas, están dispuestos a vender muy caras sus vidas por saber que en una revolución, no sólo se juegan su pitanza, sino su pellejo. Acometerlos frente a frente sería locura, y los locos que lo hicieran, perecerían, no teniendo, como no tienen, armas superiores a las de ellos. Porque no tienen esas armas, los enloquecidos por esas propagandas de violencia, caen hoy aquí y mañana allá, siendo doblemente víctimas, ya que lo son de los que los azuzan y del los que, policías o jueces, los torturan y aniquilan. Y dicho así, no parece tan espeluznante como lo sería en la realidad, porque las escenas de matanzas y despojos volverían a tener actualidad, y los hombres, enfierecidos, a actuar otra vez como lobos.

– Pero usted me vuelve loco, me desarma, afloja mis resortes, me despoja de mis furores.

Y sin hacer caso a sus lamentos, continuó:

– Siéntese, siéntese; no se levante y no se vaya, que tenemos mucho que hablar todavía. -Y tras una pausa, continuó:- Ha venido usted a hablar conmigo, no a convencerme, y es bueno que hablemos. Porque hablar no es convencer a dos hombres que queremos lo mismo: que termine esta situación de iniquidad en que viven los hombres de nuestro pueblo. Usted propone como remedio una revolución violenta, una guerra; yo, una revolución pacífica, aunque activa, en la que entren como armas la voluntad y la inteligencia, o sea, una lucha humana y noble para mejoramiento de los españoles, de todos los españoles.

– Veamos.

– No podemos enfrentarnos con un ejército al poderoso ejército de Franco. No lo tenemos. Y no hay hoy en el mundo, afortunadamente, quien quiera poner en nuestras manos unos cuantos miles de millones en armas, ya que, por pobres, nos consideran insolventes. Pero dado el caso de que hubiera un consorcio de millonarios que se atreviera a ello, los intereses que pedirían por el préstamo serían de tal magnitud, que los sobrevivientes de la catástrofe y hasta los nietos de los hijos de sus hijos quedarían hipotecados de por vida a los prestamistas. Además, en esa revuelta preparada y llevada a término de acuerdo a un plan no humano; en esa guerra, que llevaría el infame sello de un comercio infame, porque sería comercio de criaturas humanas, hermanas nuestras, moriría, por lo menos, otro millón de españoles, los más jóvenes y quizá los mejores, y todo ello serviría para que unos señores dominaran y explotaran en nombre de bellas e incumplidas doctrinas a otros que sufrirían pobreza porque caerían en vasallaje.

– Si, pero...

– No me interrumpa, se lo ruego. Quiero darle a conocer mi pensamiento "revolucionario", puesto que pronto vamos a separarnos.

Franco fue un traidor, conformes; pero no sólo lo fue, sino que lo es, que continúa siéndolo y lo será mientras viva y se conserve su nombre, así que todo cuanto desde su triunfo acá viene sucediendo en España, lleva su marca y su sello, el de la traición. Y traidor, usted lo sabe bien,

es falsario, porque es el que jura en falso cometiendo el acto infame que había prometido no cometer, de modo que el falsario es, por traidor, un ser *no* bueno, *no* noble, *no* digno, *no* honrado. El hombre falso vicia todo cuanto toca; el traidor lo corrompe. Por eso Franco, en nombre del Vaticano, de cuyas órdenes es ejecutor, ha viciado y corrompido a los españoles. Y ése es el resultado de su vil traición, de su ominosa infamia.

Al salteador de caminos que mata y roba en despoblado, se le llama forajido; al que juró por su honor respetar a sus hermanos y no cumplió su juramento, llenando de dolor y de horror a los hombres de su patria, aunque se le llame traidor, no hay en verdad nombre en nuestra lengua que pueda darle el calificativo que se merece. Por lo que traidor, en este caso tan especial, es peor que forajido, y que malvado, y que protervo, porque el que roba y mata por desesperación o por venganza a dos o a diez, no puede compararse al que roba y asesina y vilipendia y escarnece a un pueblo, pues si aquél es sencillamente un asesino que busca el botín con su asesinato, sin que entren en su crimen otras agravantes que las que lleva en sí el crimen mismo, el que traiciona a un pueblo que había jurado respetar en su total integridad, es, además de desleal, vil, pérfido, felón, porque mata y despoja de sus bienes a un millón de criaturas que querían vivir.

Ahora bien, si el que traiciona a los hombres de su pueblo, causando, por su traición, un millón de muertos, al que puede agregarse otro u otros dos o tres millones de criaturas ultrajadas y expoliadas, más los que han ido pereciendo en el exilio, dejando sus vidas por todos los caminos del mundo, se le considera como un protervo, que es tanto como malvado en grado superlativo, a quienes lo siguen y reverencian; a quienes, jueces o verdugos, cumplen sus órdenes de opresión y exterminio; a quienes, maestros rurales o universitarios, enseñan lo que una inteligencia roma y viciada les ordena enseñar; a quienes, al dictado de un traidor escriben la prensa nacional, sin que puedan incrustar en ella un pensamiento luminoso y noble; a quienes, sacerdotes, explotan miserablemente a sus conciudadanos, viviendo a sus expensas, oficiando de soplones de los esbirros del tirano e imponiendo contribuciones a su capricho, por lo que gozan de la opulencia que dan los privilegios sin que se condueñan de sus demás hermanos que viven sin libertad y en la indigencia, a esos desgraciados que cometen a diario pecado de abyección, obedientes a la terrible condena del mutismo, hay que tenerles lástima, porque habrán llorado, maldiciéndose en la soledad de sus hogares, acusados de cobardía por sus madres, por sus novias, por sus esposas, por sus hijas y hasta por ellos mismos.

– ¿Pero a dónde va usted?... ¿Qué se propone?... -me interrumpe como si estuviera asustado y levantándose de su asiento como si hubiera sido lanzado por un resorte.

– ¿A dónde? -contesto, poniéndome yo también de pie-. ¡A salvarlos! A salvar, si puedo, a todos los españoles, ¡a todos!, porque sin españoles sanos no puede haber España sana. Los más desgraciados y miserables son los que necesitan de más ayuda, y precisamente esos más desgraciados son los que, no siendo lobos, obraron como lobos.

– No lo entiendo a usted; no lo entiendo -exclama, aunque le veo esforzarse en penetrar en mi pensamiento, porque me mira con gran fijeza.

– Salvar a los buenos carece de valor, porque los han salvado ya su entereza y su bondad; el trabajo valedero, por digno y por humano y por hermoso es el de salvar a los forajidos, a los protervos, despojándolos de sus maldades y curándolos de su virulenta enfermedad.

– ¿Pero cómo?

– Con bondad, que es firmeza, único remedio que puede emplearse contra el mal.

– Los malos se ríen de la bondad -afirma.



– Pero lloran en soledad cuando obran con maldad. Si nos fuera posible asomarnos a las conciencias de los que, azuzados, mordieron como lobos rabiosos, ¡cuántas negruras veríamos y cuántas acusaciones escucharíamos! Y ello nos demostraría que si supieran ser buenos, si se les enseñara a ser buenos, dejarían un día de ser malvados, porque no quieren serlo.

– Pero...

– Eso de la bondad -continúo sin permitirle la interrupción que quiere hacerme- no se enseña en las universidades, lo sé, se practica y enseña, como usted dijo al principio, de hombre a hombre, de boca a oído. Aquí, en este pueblecillo hay dos en uno, y como todos nos conocemos, sabernos sobradamente quién es cobarde, o sea malo, y quién es bueno, o sea valeroso, ya que se necesita más valor para hacer bien cuando los demás muerden, que para hacer mal cuando, rugidores, muchos se entregan a hacer maldades. Pues bien, si todos nos conocemos, podemos ir aproximándonos, hablándonos, queriéndonos, prestándonos ayuda, visitándonos, enseñándonos, protegiéndonos. La soledad de los caminos lugareños es propicia a las confesiones, y la compañía agradable y confiada en los tajos se presta al ofrecimiento de amistades. Podemos, pues, con bondad, valor y tesón, ir formando "nuestro" pueblo dentro de este otro, y formarlo para el bien, así como los otros lo formaron para el mal, pueblo que irá ensanchándose conforme vayamos creciendo nosotros en bondad. Y si nosotros podemos y debemos formar un pueblo de hombres honrados, dentro de un pueblo cuyos habitantes se entregaron por miedo o lo que fuera a cometer tropelías, también puede formarse una España de hombres generosos y nobles dentro de otra España de curas y esbirros. El que quiera ser alcalde, que lo sea, pero no con nuestros votos, y si en la torre de la iglesia cae un rayo y la hunde, que la levanten los que de ella viven, pues nosotros tendremos bastante trabajo en nuestras tierras y en nuestras huertas, que cuidaremos con todo esmero.

– Sí, eso es muy bello, todo es muy bello; pero ¿para cuándo el disfrute, para cuándo la cosecha de paz y de sosiego? -pregunta nuestro amigo.

– El que siembra, y usted que anda entre campesinos lo sabe, goza sembrando, y si cuando granado su trigo cae un pedrisco y le destroza su sembradío, y eso es la guerra, vuelve a sembrar, entregándose al trabajo con la esperanza de cosechar pan para los hijos. ¿Para cuándo la cosecha?, pregunta, para cuando seamos hombres buenos, y debemos empezar ya a trabajar para serlo.

– Nos moriremos sin haberlo logrado.

– Pero lo verán y lograrán los hijos. Por nosotros y por ellos, hagamos todos los ensayos nobles menos el de la guerra, menos el del pedrisco, que no deja espiga sobre caña. Y aun la guerra es peor que el pedrisco, porque éste corta y desgrana la espiga y deja vivo al sembrador, pero la guerra mata al sembrador y destroza la espiga. Todo menos la guerra, repito, porque una guerra deja en los corazones posos de odios que ennegrecen, dando lugar a otra y a otras, porque los perdedores no se conforman nunca con haber perdido.

– Pero el mundo nos llamará maricas, babiecas y otras lindezas, creyendo que nos hemos vuelto un pueblo de cobardes.

– Al contrario. El mundo se asombrará cuando nos vea obrar. Sí, se asombrará y nos aplaudirá, porque nos verá emprender una obra humana que nadie emprendió nunca.

Y como se levantara para la despedida, estrechándole ambas manos, le repetí:

– Todo menos la guerra, hermano; todo menos la guerra. Hacer un mundo nuevo en el que podamos vivir todos, ¡todos!, en concordia y en respeto; pero sin colaborar todavía con ellos que aún tienen zarpas por manos porque continúan siendo como lobos.

Por si le sirviera para algo, allá va una idea:

Si nos propusiéramos, y hacerlo sería quererlo, la palabra traidor, que tanto asusta a los traidores y a sus cómplices, podría llenar España desde Valencia de Alcántara hasta Valencia del Cid y desde Santander hasta Tarifa, marcada en las piedras de sus ríos y caminos, escrita al pie de las cruces levantadas en las encrucijadas, dibujada en los brocales de los pozos campesinos, colgada en las ramas de las carrascas y los pinos de sus montes, y hasta pegada en las espaldas de los alcaldes y guardias civiles. En los paños de los altares, gritando la traición, puesto que allí tuvo lugar el primer grito de rebelión contra la libertad del pueblo español, traidor por partida doble, y en las casullas de sus curas y monagos, como en las mitras de sus obispos, con tinta indeleble para que no pueda borrarse, traidor y siempre traidor. En las alcaldías, llenando la sala de los cabildos, traidor, y en las canchas de futbol y en las plazas de toros enormes carteles que lo llenaran todo con la palabra terrible y ominosa. En la frente de la estatua del caudillo, grabada a cincel para que el tiempo no lo borre, traidor, y traidor en los cuadernos escolares, en las fuentes de las plazas, donde van a beber las caballerías y abrevan los labriegos, traidor, y traidor donde van a lavar la ropa las mujeres de los pueblos y a llevarse su cántara de agua para que beba la familia. Cavada en la roca del Monumento a los Caídos, hasta tapar para siempre las puertas de entrada, la palabra traición, ya que aquella mezcla fue amasada con sangre de hombres. Y traidor en las fachadas de los palacios de justicia, cárceles, bancos, cuarteles, universidades y teatros. Pero con letras grandes en los tejados de los cementerios, que fue donde quiso enterrarse la traición, aunque no pudieron si no esconderla, y así como no hay un metro de tierra que en España no tape una osamenta de un muerto a traición o por la traición, que no haya un palmo de ella donde no se levante esa palabra como un anatema de execración.

No es necesaria la guerra, disparando balas, pues las balas matan hombres pero no paren sentimientos; es mejor sembrar palabras que den cosechas de pensamientos y de sentimientos que arraigan siempre en las razas. Así, cuando llena o casi llena con la palabra traición nuestra casa, que es España, si un valiente o unos valientes embadurnan con la palabra ominosa el gran portón del Palacio de *El Pardo*, no habrá médicos que salven ya al Caudillo, porque habrá muerto asfixiado de la vergüenza de sí mismo.

Y ahí tiene una idea, y bien revolucionaria, que no necesita de fusiles ni cañones. Aunque, verdad es, que para llevarla a cabo hace falta más valor que para matar, desde lejos, hombres con ametralladora.

Y le he dicho. ¡Salud!

## **TEXTO ÍNTEGRO DEL CONCORDATO ENTRE ESPAÑA Y LA SANTA SEDE**

El Concordato firmado entre la Santa Sede y España el 28 de agosto de 1953, consta de 36 artículos y de un "Protocolo final", en el que se precisan las condiciones de aplicación de cinco de ellos. He aquí el texto íntegro de este importante documento diplomático que ha sustituido al Concordato de 1851, restableciendo oficialmente entre la Santa Sede y España relaciones que estaban interrumpidas desde hacía veintidós años.

En el nombre de la Santísima Trinidad.

La Santa Sede Apostólica y el Estado español, animados del deseo de asegurar una fecunda colaboración para el mayor bien de la vida religiosa y civil de la nación española, han determinado estipular un Concordato que, resumiendo los convenios anteriores y completándolos, constituya la norma que ha de regular las recíprocas relaciones de las Altas Partes contratantes, en conformidad con la Ley de Dios y la tradición católica de la nación española.

A este fin Su Santidad el Papa Pío XII ha tenido a bien nombrar por su Plenipotenciario a:

Su Excelencia Reverendísima Monseñor Domenico Tardini, Prosecretario de Estado para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, y su Excelencia el Jefe del Estado español, don Francisco Franco Bahamonde, ha tenido a bien nombrar por sus plenipotenciarios al Excelentísimo señor don Alberto Martín Artajo, Ministro de Asuntos Exteriores, y al Excelentísimo señor don Fernando María Castiella y Maíz, Embajador de España cerca de la Santa Sede, quienes, después de entregadas sus respectivas Plenipotencias y reconocida la autenticidad de las mismas, han convenido lo siguiente:

### **ARTÍCULO I**

La Religión Católica, Apostólica, Romana, sigue siendo la única de la nación española y gozará de los derechos y de las prerrogativas que le corresponden en conformidad con la Ley Divina y el Derecho Canónico.

### **ARTÍCULO II**

1. El Estado español reconoce a la Iglesia Católica, el carácter de sociedad perfecta y le garantiza el libre y pleno ejercicio de su poder espiritual y de su jurisdicción, así como el libre y público ejercicio del culto.
2. En particular, la Santa Sede podrá libremente promulgar y publicar en España cualquiera disposición relativa al gobierno de la Iglesia y comunicar sin impedimento con los prelados; el clero y los fieles del país, de la misma manera que éstas podrán hacerlo con la Santa Sede.

Gozarán de las mismas facultades los Ordinarios y las otras autoridades eclesiásticas en lo referente a su clero y fieles.

### **ARTÍCULO III**

1. El Estado español reconoce la personalidad jurídica internacional de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano.
2. Para mantener; en la forma tradicional las amistosas relaciones entre la Santa Sede y el Estado, continuarán permanentemente acreditados un Embajador de España cerca de la Santa Sede y un Nuncio Apostólico en Madrid. Este será el Decano del Cuerpo Diplomático, en los términos del derecho consuetudinario.

### **ARTÍCULO IV**

1. El Estado español reconoce la personalidad jurídica y la plena capacidad de adquirir, poseer y administrar toda clase de bienes a todas las instituciones y asociaciones religiosas, existentes en España a la entrada en vigor del presente Concordato, constituidas según el Derecho Canónico; en particular a las Diócesis con sus instituciones anejas, a las Parroquias, a las Ordenes y Congregaciones religiosas, las sociedades de vida común y los institutos seculares de perfección cristiana canónicamente reconocidos, sean de derecho pontificio o de derecho diocesano, a sus provincias y a sus casas.
2. Gozarán de igual reconocimiento las entidades de la misma naturaleza que sean ulteriormente erigidas o aprobadas en España por las autoridades eclesiásticas competentes, con la sola condición de que el decreto de erección o de aprobación sea comunicada oficialmente por escrito a las autoridades competentes del Estado.
3. La gestión ordinaria y extraordinaria de los bienes pertenecientes a entidades eclesiásticas o asociaciones religiosas y la vigilancia e inspección de dicha gestión de bienes corresponderán a las autoridades competentes de la Iglesia.

### **ARTÍCULO V**

El Estado tendrá por festivos los días establecidos como tales por la Iglesia en el Código de Derecho Canónico o en otras disposiciones particulares sobre festividades locales, y dará, en su legislación, las facilidades necesarias para que los fieles puedan cumplir en estos días sus deberes religiosos.

Las autoridades civiles, tanto nacionales como locales, velarán por la debida observancia del descanso en los días festivos.

## ARTÍCULO VI

Conforme a las concesiones de los Sumo Pontífices San Pío V y Gregorio XII, los sacerdotes españoles diariamente elevarán preces por España y por el Jefe del Estado, según la fórmula tradicional y las prescripciones de la Santa Liturgia.

## ARTÍCULO VII

Para el nombramiento de los Arzobispos y Obispos residenciales y a los Coadjutores con derecho de sucesión, continuarán rigiendo las normas del acuerdo estipulado entre la Santa Sede y el gobierno español el 7 de junio de 1941.

## ARTÍCULO VIII

Continuará subsistiendo en Ciudad Real el Priorato Nullius de las Ordenes Militares.

Para el nombramiento del Obispo Prior se aplicaron las normas a que se refiere el artículo anterior.

## ARTÍCULO IX

1. A fin de evitar, en lo posible, que las Diócesis abarquen territorios pertenecientes a diversas provincias civiles, las Altas Partes contratantes procederán, de común acuerdo, a una revisión de las circunscripciones diocesanas.

Asimismo, la Santa Sede, de acuerdo con el Gobierno Español, tomará las oportunas disposiciones para eliminar los enclaves.

Ninguna parte del territorio español de soberanía de España dependerá de Obispo cuya sede se encuentre en territorio sometido a la soberanía de otro Estado, y ninguna Diócesis española comprenderá zonas de territorio sujeto a soberanía extranjera, con excepción del Principado de Andorra que continuará perteneciendo a la Diócesis de Urgel.

2. Para la erección de una nueva Diócesis o provincia eclesiástica o para otros cambios de circunscripción diocesana que pudieran tratarse necesarios, la Santa Sede se pondrá previamente de acuerdo con el Gobierno Español, salvo si se tratara de mínimas rectificaciones de territorio reclamadas por el bien de las almas.
3. El Estado español se compromete a proveer a las necesidades económicas de las Diócesis que en lo futuro se erijan aumentando adecuadamente la dotación establecida en el artículo XIX.

El Estado, además, por sí o por medio de las Corporaciones locales interesadas, contribuirá con una subvención extraordinaria a los gastos iniciales de organización de las nuevas diócesis; en

particular subvencionará la construcción de las nuevas catedrales y de los edificios destinados a residencia del Prelado, oficinas de la Curia y Seminarios diocesanos.

## **ARTÍCULO X**

En la provisión de los beneficios no consistoriales se seguirán aplicando las disposiciones del acuerdo estipulado el 16 de julio de 1946.

## **ARTÍCULO XI**

1. La autoridad eclesiástica podrá libremente elegir nuevas parroquias y modificar los límites de las ya existentes.

Cuando estas medidas impliquen un aumento de contribución económica del Estado, la autoridad eclesiástica habrá de ponerse de acuerdo con la competente autoridad del Estado, por lo que se refiere a dicha contribución.

2. Si la autoridad eclesiástica considerara oportuno agrupar, de modo provisional o definitivo, varias parroquias, bien sea confiándolas a un solo párroco, asistido de uno o varios coadjutores, bien reuniendo en un solo presbiterio a varios sacerdotes, el Estado mantendrá inalterable las dotaciones asignadas a dichas parroquias. Las dotaciones para las parroquias que estén vacantes no pueden ser distintas de las dotaciones para las parroquias que estén provistas.

## **ARTÍCULO XII**

La Santa Sede y el Gobierno Español regularán, en acuerdo aparte y lo antes posible, cuanto se refiere al régimen de Capellanías y Fundaciones Pías en España.

## **ARTÍCULO XIII**

1. En consideración de los vínculos de piedad y devoción que han unido a la Nación española con la Patriarcal Basílica de Santa María la Mayor, la Santa Sede confirma los tradicionales privilegios honoríficos y las otras disposiciones a favor de España contenidos en la Bula “Hispaniarum fidelitas” del 5 de agosto de 1953.

2. La Santa Sede concede que el español sea uno de los idiomas admitidos para tratar las causas de beatificación y canonización en la Sagrada Congregación de Ritos.

## ARTÍCULO XIV

Los clérigos y los religiosos no estarán obligados a asumir cargos públicos o funciones que, según las normas de Derecho Canónico, sean incompatibles con su estado.

Para ocupar los empleos o cargos públicos necesitarán el "Nihil Obstat", de su Ordinario propio y el del Ordinario del lugar donde habrán de desempeñar su actividad. Revocado el "Nihil Obstat" no podrán continuar ejerciéndolos.

## ARTÍCULO XV

Los clérigos y religiosos, ya sean éstos profesos o novicios, están exentos del servicio militar, conforme a los cánones 121 y 614 del Código de Derecho Canónico.

Al respecto, continúa en vigor lo convenido entre las Altas Partes contratantes en el acuerdo de 5 de agosto de 1950 sobre jurisdicción castrense.

## ARTÍCULO XVI

1. Los prelados de quienes habla el párrafo 2 del canon 120 del Código de Derecho Canónico no podrán ser emplazados ante un juez laico sin que se haya obtenido previamente la necesaria licencia de la Santa Sede.
2. La Santa Sede consiente en que las causas contenciosas sobre bienes o derechos temporales en las cuales sean demandados, clérigos o religiosos sean tramitadas ante los tribunales del Estado, previa notificación al Ordinario del lugar en que se instruye el proceso al cual deberán también ser comunicadas en su día las correspondientes sentencias o decisiones.
3. El Estado reconoce y respeta la competencia privada en los Tribunales de la Iglesia en aquellos delitos que exclusivamente violan la ley eclesiástica, conforme al canon 2198 del Código de Derecho Canónico. Contra las sentencias de estos tribunales no procederá recurso alguno ante las autoridades civiles.
4. La Santa Sede consiente en que las causas criminales contra los clérigos y religiosos por los demás delitos previstos por las leyes penales del Estado, sean juzgados por esos tribunales del Estado. Sin embargo, la autoridad judicial, antes de proceder, deberá solicitar, sin perjuicio de las medidas precautorias del caso y con la debida reserva, el consentimiento del Ordinario del lugar en que se instruye el proceso.

En el caso en que éste, por graves motivos, se crea en el deber de negar dicho consentimiento, deberá comunicarlo por escrito a la autoridad competente.

El proceso se rodeará de las necesarias cautelas, para evitar la publicidad.

Los resultados de la instrucción así como la sentencia definitiva del proceso, tanto en primera como ulterior instancia, deberán ser solícitamente notificados al Ordinario del lugar arriba mencionado.

5. En caso de detención o arresto, los clérigos y religiosos serán tratados con las consideraciones debidas a su estado y a su grado jerárquico.

Las penas de privación de libertad serán cumplidas en una casa eclesiástica o religiosa que, a juicio del Ordinario del lugar y de la autoridad judicial del Estado, ofrezca las convenientes garantías, o, al menos, en locales distintos de los que se destinan a los seglares, a no ser que la autoridad eclesiástica competente hubiera reducido al condenado al estado laical.

Les serán aplicables los beneficios de la libertad condicional y los demás establecidos en la legislación del Estado.

6. Caso de decretarse embargo judicial de bienes, se dará a los eclesiásticos lo que sea necesario para su honesta sustentación y el decoro de su estado, quedando en pie, no obstante, la obligación de pagar cuanto antes a sus acreedores.

7. Los clérigos y los religiosos podrán ser citados como testigos ante los tribunales del Estado; pero si se tratara de juicios criminales por delitos a los que la ley señale penas graves, deberá pedirse la licencia del Ordinario del lugar en que se instruye el proceso. Sin embargo, en ningún caso podrán ser requeridos por los Magistrados ni por otras autoridades, a dar informaciones sobre personas o materias de las que hayan tenido conocimiento por razón del Sagrado Ministerio.

## **ARTÍCULO XVII**

El uso del hábito eclesiástico o religioso por los seglares o por aquellos clérigos o religiosos a quienes les haya sido prohibido por decisión firme de las autoridades eclesiásticas competentes, está prohibido y será castigado, una vez comunicado oficialmente al gobierno, con las mismas sanciones y penas que se aplican a los que usan indebidamente el uniforme militar.

## **ARTÍCULO XVIII**

La Iglesia puede libremente recabar de los fieles las prestaciones autorizadas por el Derecho Canónico, organizar colectas y recibir sumas y bienes, muebles e inmuebles, para la prosecución de sus propios fines.

## **ARTÍCULO XIX**

La Iglesia y el Estado estudiarán, de común acuerdo, la creación de un adecuado patrimonio eclesiástico que asegure una congrua dotación del culto y del clero.



2. Mientras tanto el Estado, a título de indemnización por las pasadas desamortizaciones de bienes eclesiásticos y como contribución a la obra de la Iglesia en favor de la nación, le asignará anualmente una adecuada dotación. Esta comprenderá, en particular, las consignaciones correspondientes a los arzobispos y obispos diocesanos, los coadjutores, auxiliares, vicarios generales, los cabildos catedralicios, y de las colegiaturas, el clero parroquial así como las asignaciones en favor de seminarios y universidades eclesiásticas y para el ejercicio del culto.

Por lo que se refiere a la dotación de beneficios no consistoriales y a las subvenciones para los seminarios y universidades eclesiásticas, continuarán en vigor las normas fijadas en los respectivos acuerdos del 16 de julio y 8 de diciembre de 1946.

Si en el futuro tuviera lugar una alteración notable de las condiciones económicas generales, dichas dotaciones serán oportuna mente adecuadas a las nuevas circunstancias de forma que siempre quede asegurado el sostenimiento del culto y la congrua sustentación del clero.

3. El Estado, fiel a la tradición nacional, concederá anualmente subvenciones para la construcción y conservación de templos parroquiales y rectorales y seminarios; el fomento de las órdenes, congregaciones, etc.
4. El Estado prestará a la Iglesia su colaboración para crear y financiar instituciones asistenciales en favor del clero anciano, enfermo o inválido. Igualmente asignará una adecuada pensión a los prelados residenciales que, por razones de edad o de salud, se retiren de su cargo.

## **ARTÍCULO XX**

1. Gozarán de exención de impuestos y contribuciones de índole estatal o local.

a) Las iglesias y capillas destinadas al culto y asimismo los edificios y locales anexos destinados a su servicio o la sede de asociaciones católicas. b) Residencia de obispos, canónigos y sacerdotes con cura de almas, siempre que el inmueble sea propiedad de la iglesia. e) Locales destinados a oficinas de la Curia diocesana y oficinas parroquiales. d) Las universidades eclesiásticas y los seminarios destinados a la formación del clero. e) Las casas de las órdenes religiosas; los colegios u otros centros dependientes de la jerarquía eclesiástica que tengan la condición de benéfico-docentes.

Están comprendidos en la exención los huertos, jardines y dependencias de los inmuebles arriba enumerados, siempre que no estén destinados a industria o a cualquier uso de carácter lucrativo.

Todos los demás bienes de entidades o personas eclesiásticas, así como los ingresos de éstas que no provengan del ejercicio de actividades religiosas propias de su apostolado quedarán sujetos a tributación conforme a las leyes generales del Estado, en paridad de condición con las demás instituciones o personas.

Las donaciones, legados, herencias, destinados a la construcción de edificios del culto católico o de casas religiosas, o, en general, a finalidades de culto o religiosas, serán equiparados, a todos los efectos tributarios, a aquellos destinados a fines benéficos o benéfico-docentes.

## **ARTÍCULO XXI**

En cada diócesis se constituirá una comisión que, bajo la presidencia del Ordinario, vigilará la conservación, la reparación y las eventuales reformas de los templos, capillas y edificios eclesiásticos declarados monumentos nacionales, históricos o artísticos, así como de las antigüedades y obras de arte que sean propiedad de la Iglesia o le estén confiadas en usufructo o en depósito y que hayan sido declaradas de relevante mérito o de importancia histórica nacional.

## **ARTÍCULO XXII**

Queda garantizada la inviolabilidad de las iglesias, capillas, cementerios y demás lugares sagrados, según prescribe el canon 1160 del Código de Derecho Canónico. Queda igualmente garantizada la inviolabilidad de los palacios y curias episcopales, de los seminarios, de las casas y despachos parroquiales y rectorales y de las casas religiosas canónicamente establecidas.

Salvo en caso de urgente necesidad la fuerza pública no podrá entrar en los citados edificios para el ejercicio de sus funciones, sin el consentimiento de la competente autoridad eclesiástica.

Si por grave necesidad pública, particularmente en tiempo de guerra, fuera necesario ocupar temporalmente alguno de los citados edificios, ello deberá hacerse previo acuerdo con el Ordinario competente. Si por razones de absoluta urgencia no permitieran hacerlo, la autoridad que proceda a la ocupación deberá informar inmediatamente al mismo Ordinario.

Dichos edificios no podrán ser demolidos sino de acuerdo con el Ordinario competente, salvo en caso de absoluta urgencia, como por motivo de guerra, incendio o inundación. En caso de expropiación por utilidad pública será siempre previamente oída la autoridad eclesiástica competente, incluso en lo que se refiere a la cuantía de la indemnización. No se ejercitará ningún acto de expropiación sin que los bienes a expropiar, cuando sea el caso, hayan sido privados de su carácter sagrado.

## **ARTÍCULO XXIII**

El Estado español reconoce plenos efectos civiles al matrimonio celebrado según las normas del Derecho Canónico.

## **ARTÍCULO XXIV**

1. El Estado español reconoce la competencia exclusiva de los tribunales y Dicasterios eclesiásticos en las causas referentes a la nulidad del matrimonio canónico y a la separación de los cónyuges en la dispensa del matrimonio rato y no consumado y en el procedimiento relativo al Privilegio Paulino.

2. Incoada y admitida ante el tribunal eclesiástico una demanda de separación o de nulidad, corresponde al tribunal civil dictar, a instancias de la parte interesada, las normas y medidas precautorias que regulen los efectos civiles relacionados con el procedimiento pendiente.
3. Las sentencias y resoluciones de que se trate, cuando sean firmes y ejecutivas, serán comunicadas por el tribunal eclesiástico al tribunal civil competente el cual decretará lo necesario para su ejecución en cuanto a efectos civiles y ordenará -cuando se trate de nulidad, de dispensa "super rato" o aplicación del Privilegio Paulino- que sean anotadas en el Registro del Estado Civil al margen del acta de matrimonio.
4. En general todas las sentencias, decisiones en vía administrativa y decretos emanados de las autoridades eclesiásticas en cualquier materia dentro de su competencia, tendrán también efecto en el orden civil cuando hayan sido comunicados a las competentes autoridades del Estado, las cuales prestarán, además, el apoyo necesario para su ejecución.

## **ARTÍCULO XXV**

1.-La Santa Sede confirma el privilegio concedido a España de que sean conocidas y decididas determinadas causas ante el Tribunal de la Rota de la Nunciatura Apostólica, conforme al "Motu Proprio" pontificio del 7 de abril de 1947 que restablece dicho tribunal.

2.-Siempre formarán parte del tribunal de la Sagrada Rota Romana dos auditores de nacionalidad española que ocuparán las sillas tradicionales de Aragón y de Castilla.

## **ARTÍCULO XXVI**

En todos los centros docentes de cualquier orden y grado, sean estatales o no estatales, la enseñanza se ajustará a los principios del Dogma y de la Moral de la Iglesia Católica.

Los ordinarios ejercerán libremente su misión de vigilancia sobre dichos centros docentes en lo que concierne a la pureza de la Fe, las buenas costumbres y la educación religiosa.

Los ordinarios podrán exigir que no sean permitidos o que sean retirados los libros, publicaciones y material de enseñanza contrarios al Dogma y a la Moral católica.

## **ARTÍCULO XXVII**

1. El Estado español garantiza la enseñanza de la Religión Católica como materia ordinaria y obligatoria en todos los centros docentes, sean estatales o no estatales, de cualquier orden y grado. Serán dispensados de tales enseñanzas los hijos de no católicos cuando lo soliciten sus padres o quienes hagan sus veces.
2. En las Escuelas primarias del Estado, la enseñanza de la religión será dada por los propios maestros, salvo el caso de reparo por parte del ordinario contra alguno de ellos por los

motivos a que se refiere el canon 1381, párrafo 39 del Código de Derecho Canónico. Se dará también en forma periódica, por el párroco o su delegado por medio de lecciones catequísticas.

3. En los centros estatales de enseñanza media, la enseñanza de la religión será dada por profesores sacerdotes o religiosos y, subsidiariamente, por profesores seculares nombrados por la autoridad civil competente a propuesta del Ordinario diocesano. Cuando se trate de Escuelas o Centros Militares, la propuesta corresponderá al Vicario General Castrense.
4. La autoridad civil y la eclesiástica, de común acuerdo, organizarán para todo el territorio nacional pruebas especiales de suficiencia pedagógica para aquellos a quienes deba ser confiada la enseñanza de la religión en las universidades y en los centros estatales de enseñanza media.

Los candidatos para estos últimos puestos, que no estén en posesión de grados académicos mayores en Ciencias Sagradas (doctores o licenciados o el equivalente en su orden si se trata de religiosos), deberán someterse también a especiales pruebas de suficiencia científica.

Los tribunales examinadores para ambas pruebas estarán compuestos por cinco miembros, tres de ellos eclesiásticos, uno de los cuales ocupará la presidencia.

5. La enseñanza de la religión en las Universidades y en los centros a ella asimilados se dará por eclesiásticos en posesión del grado académico de doctor, obtenido en una universidad eclesiástica o del equivalente en su Orden, si se tratara de religiosos. Una vez realizadas las pruebas de capacidad pedagógica, su nombramiento se hará a propuesta del Ordinario diocesano.
6. Los profesores de religión nombrados conforme a lo dispuesto en los números 3, 4 y 5 del presente artículo, gozarán de los mismos derechos que los otros profesores y formarán parte del claustro del centro de que se trate.

Serán removidos cuando lo requiera el Ordinario diocesano por alguno de los motivos contenidos en el citado canon 1381, párrafo 3º del Código de Derecho Canónico.

El Ordinario diocesano deberá ser previamente cído cuando la remoción de un profesor de religión fuera considerada necesaria por la autoridad académica competente por motivos de orden pedagógico o de disciplina.

7. Los profesores de religión en las escuelas no estatales deberán poseer un especial certificado de idoneidad expedido por el Ordinario.

La revocación de tal certificado les priva, sin más, de la capacidad para la enseñanza religiosa.

8. Los programas de religión para las escuelas, tanto estatales como no estatales, serán fijados de acuerdo con la competente autoridad eclesiástica.

Para la enseñanza de la religión no podrán ser adoptados más libros de texto que los aprobados por la autoridad eclesiástica.

## ARTÍCULO XXVIII

1. Las Universidades del Estado de acuerdo con la competente autoridad eclesiástica, podrán organizar cursos sistemáticos; especialmente de Filosofía Escolástica, Sagrada Teología y Derecho Canónico con programas y libros de texto aprobados por la misma autoridad eclesiástica.

Podrán enseñar en estos cursos profesores, sacerdotes, religiosos seculares que posean grados académicos mayores otorgadas por una universidad eclesiástica, o títulos equivalentes obtenidos en su propia Orden si se trata de religiosos, y que están en posesión del "Nihil Obstat" del Ordinario diocesano.

2. Las autoridades eclesiásticas permitirán que, en algunas de las universidades dependientes de ellas, se matriculen estudiantes seculares de las Facultades Superiores de Sagrada Teología, Filosofía, Derecho Canónico, Historia Eclesiástica, etc., y asistan a sus cursos, salvo a aquellos que por su índole estén reservados exclusivamente a los estudiantes eclesiásticos, y que alcancen en ellas los respectivos títulos académicos.

## ARTÍCULO XXIX

El Estado cuidará de que en las instituciones y servicios de formación de la opinión pública, en particular en los programas de radio y televisión, se dé el conveniente puesto a la exposición y defensa de la verdad religiosa por medio de sacerdotes y religiosos designados de acuerdo con el respectivo Ordinario.

## ARTÍCULO XXX

1. Las universidades eclesiásticas, los seminarios y las demás instituciones católicas para la formación y la cultura de los clérigos y religiosos, continuarán dependiendo exclusivamente de la autoridad eclesiástica y gozarán del reconocimiento y garantía del Estado. El Estado procurará ayudar económicamente, en la medida de lo posible, a las casas de formación de las Ordenes y Congregaciones religiosas y en especial a aquéllas de carácter misional.
2. Los grados mayores en Ciencias eclesiásticas conferidos a clérigos o a seculares, por las Facultades aprobadas por la Santa Sede, serán reconocidos, a todos los efectos, por el Estado español.
3. Dichos grados mayores en Ciencias eclesiásticas, serán considerados título suficiente para la enseñanza, en calidad de profesor titular, de las disciplinas de la Sección de Letras en los centros de Enseñanza Media dependientes de la autoridad eclesiástica.

### **ARTÍCULO XXXI**

1. La Iglesia podrá libremente ejercer el derecho que le compete, según el canon 1375 del Código de Derecho Canónico, de organizar y dirigir escuelas públicas de cualquier orden y grado, incluso para seculares.
2. En lo que se refiere a las disposiciones civiles relativas al reconocimiento, a efectos civiles, de los estudios que en ellas se realicen, el Estado procederá de acuerdo con la competente autoridad eclesiástica.
3. La Iglesia podrá fundar Colegios Mayores o Residencias, adscritos a los respectivos distritos universitarios, los cuales gozarán de los beneficios previstos por las leyes para tales instituciones.

### **ARTÍCULO XXXII**

1. La asistencia religiosa a las fuerzas armadas seguirá regulada conforme al acuerdo del 5 de agosto de 1950.
2. Los Ordinarios diocesanos, conscientes de la necesidad de asegurar una adecuada asistencia espiritual a todos los que prestan servicio bajo las armas, considerarán como parte de su deber pastoral proveer al Vicariato castrense de un número suficiente de sacerdotes celosos y bien preparados para cumplir dignamente su importante y delicada misión.

### **ARTÍCULO XXXIII**

El Estado, de acuerdo con la competente autoridad eclesiástica, proveerá lo necesario para que en los hospitales, sanatorios, establecimientos penitenciarios, orfanatos y centros similares, se asegure la conveniente asistencia religiosa a los acogidos, y para que se cuide la formación religiosa del personal adscrito a dichas instituciones.

Igualmente procurará el Estado que se observen estas normas en los establecimientos análogos de carácter privado.

### **ARTÍCULO XXXIV**

Las Asociaciones de Acción Católica Española podrán desenvolver libremente su apostolado, bajo la inmediata dependencia de la jerarquía eclesiástica, manteniéndose, por lo que se refiere a actividades de otro género, en el ámbito de la legislación general del Estado.

## ARTÍCULO XXXV

1. La Santa Sede y el Gobierno español procederán de común acuerdo en la resolución de las dudas o dificultades que pudieran surgir de la interpretación o aplicación de cualquier cláusula del presente Concordato, inspirándose para ello en los principios que lo informan.
2. Las materias relativas a personas y cosas eclesíásticas de las cuales no se ha tratado en los artículos precedentes, serán reguladas según el Derecho Canónico vigente.

## ARTÍCULO XXXVI

1. El presente Concordato, cuyos textos en lengua española e italiana hacen fe por igual, entrará en vigor desde el momento del canje de los instrumentos de ratificación, el cual deberá verificarse en el término de los dos meses subsiguientes a la firma.
2. Con la entrada en vigor de este Concordato, se entienden derogadas todas las disposiciones contenidas en leyes, decretos, órdenes y reglamentos que en cualquier forma se opongan a lo que en él se establece.

El Estado español promulgará, en el plazo de un año, las disposiciones de derecho interno que sean necesarias para la ejecución de este Concordato.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios firman el presente Concordato. Hecho en doble original. Ciudad del Vaticano, a 28 de agosto de 1953. (Firmado): Domenico Tardini, Alberto Martín Artajo, Fernando María Castiella Maiz".

A esto debe ser agregado todo cuanto para la mayor gloria de Dios y esplendor de su Iglesia ha sido legislado de entonces acá.

Octubre de 1967.